

espol
Escuela Superior
Politécnica del Litoral

Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual





espol
Escuela Superior
Politécnica del Litoral

Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual



ILUSTRACIÓN: JULIO HERRERA

Autoridades

PhD. Cecilia Paredes Verduga

Rectora

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

PhD. Paúl Herrera Samaniego

Vicerrector

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

PhD. Marcelo Báez Meza

Decano FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Mg. Luis Rodríguez Vélez

Sub-Decano FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Consejo Editorial

MSc. Alla Kondratova

MSc. Ariana García

MSc. Víctor Cantos

MSc. Daniel Castelo

MSc. Omar Rodríguez

Comité Externo

Raúl Vallejo
Universidad de las Artes

Raúl Serrano
Universidad Andina Simón Bolívar

Cecilia Vera de Gálvez
Universidad Católica Santiago de Guayaquil

Vicente Robalino
Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Galo Torres
Universidad de Cuenca

Wilfrido Corral
Universidad de Davis, California

Claudio Pozzani
Universidad de Génova

Paola Ricaurte
Tecnológico de Monterrey

Staff

Marcelo Báez, PhD.
Director Ejecutivo

JD Santibáñez, MSc.
Editor General
Director de Arte

Daniel Castelo, MSc.
Jefe de Redacción

Ariana García, MSc.
Jefe de Diagramación

Asistentes de Diseño

Valentina Suárez
Melissa Lozada

Ilustradores

Kimberly Piuri
Wendy Simancas
Julio Herrera
Diego Franco
Sahdi González
Arianna Palma
Gabriela Oñate
José Cruz
Fabiola Meza
Daniel Yáñez

Mikaela Espinoza (Portada)
Ericka Sánchez (Contraportada)

Informática

Diego Carrera, PhD.

<http://www.revistas.espol.edu.ec/index.php/pixelettras>

La sinergia entre letra y pixel crea arte

La revista *Pixelettras* es una publicación de arte y literatura de la flamante Facultad de Arte, Diseño y Comunicación Audiovisual. Su objetivo es presentar textos literarios: poemas, relatos, fragmentos de obras de teatro, novelas y guiones, ilustrados por artistas que hacen una interpretación visual de esos escritos.

Esta sinergia entre el texto y la imagen es la propuesta que recorre cada una de las páginas de esta revista digital. La ilustración no repite iconográficamente lo que ya está en el texto, sino que hace una lectura personal que no raya en la redundancia.

La intención de esta revista es darle la misma importancia al texto y a la imagen. Al poner a la misma altura al arte y a la literatura se consigue una publicación que no solo refleja el espíritu de la facultad sino también el de una época en la que la obra de arte pierde cada vez más su aura. En este sentido, *Pixelettras* busca recuperar ese estatus perdido de la obra de arte en sus dos dimensiones: la pictórica y la literaria.

En un medio en el que las revistas culturales suelen tener poca vida, nos proponemos no solamente cumplir con las apariciones semestrales, sino también con la difusión de escritores nacionales consagrados, nuevas voces literarias e ilustradores talentosos de nuestra facultad.

Larga vida a *Pixelettras*.

Marcelo Báez, PhD

Decano

Facultad de Arte, Diseño y Comunicación Audiovisual

ESPOL



ILUSTRACIÓN: KIMBERLY PIURI

Contenido

Poesía

Escucha. Amanda Pazmiño 12

Hands-App. Zully Ordóñez 14

Cuatro Poetas Ecuatorianos. Muestra de Poesía Bilingüe 16

Novela

Fragmento

Bulevar Manigua. Fernando Nieto Cadena 28

Teatro

Tatuajes para el Alma. Jorge Velasco Mackenzie 44

Entrevista

Cuestionario Proust-Pivot. Responde Raúl Vallejo 88

Cuento

Mujeres a Dos Tiempos. Fernando Naranjo 94

Funeral. María Leonor Baquerizo 106

El Mundo estará ahí afuera. Solange Rodríguez 110

Síndrome de Calisto. Leonardo Wild 116



POE
SIA

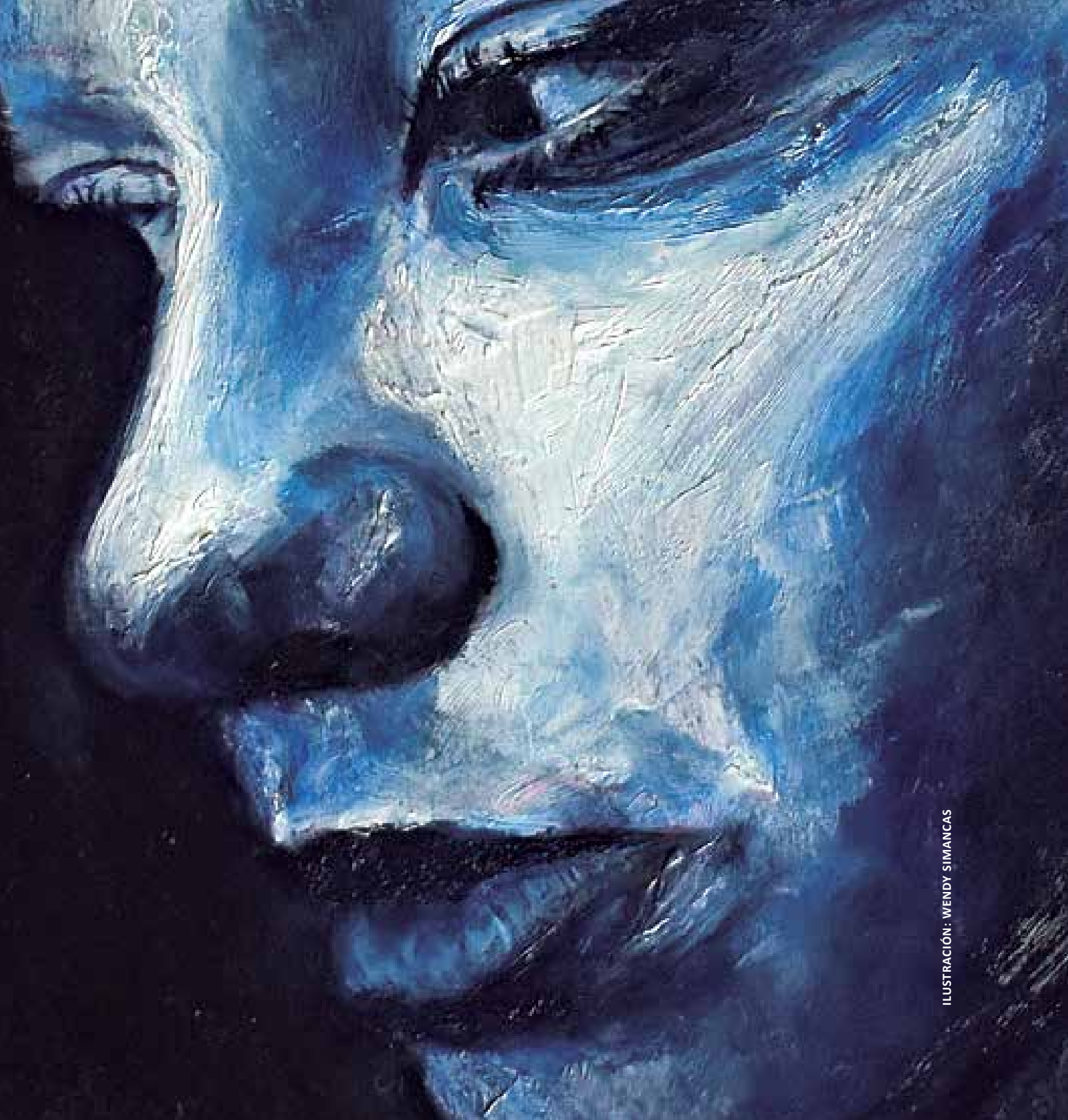


ILUSTRACIÓN: WENDY SIMANCAS

Escucha

Amanda Pazmiño

Cuídate de los seres puros
cuídate de sus lenguas de flor en llamas
de su exacta melodía
desclasificada de este mundo
cuídate del oxígeno que guardan en su boca
por si la asfixia de aniquila
cuídate de sus lianas
de sus gitanas, troncos y jabalíes
cuídate de todos los colores
que atrapan antes de tocarte
de la prisa robada de un rayo
con la que te roban el remiendo que te queda
de corazón
de sus promesas, palabras y flores
de la desesperación con la que aman
de sus delirios
de sus infancias sagaces y caminos
pero cuídate con más ahínco
de los que no

de los que dejaron morir su corazón
después de haber roto su pacto con la vida
y con ello, lo que más amaban de sí mismos.

HANDS-AIDP

Zully Ordóñez



ILUSTRACIÓN: DIEGO FRANCO

Me pregunto cómo serán en un millón de años
nuestras manos

¿Seguirán sosteniendo mejillas tristes o senos
lácteos?

¿O se volverán insensibles como las mías?

Mis manos son débiles, no soportan la presión de
otras
Ni el jabón para trastes, ni el sol...
Y el pulgar, tecnología natural

Que nos evolucionó hacia el futuro,

Ahora solo es necia imagen con nombre **Laik**

Me pregunto para qué sirven mis manos

En el metro cayeron hoy cinco hombres y un títere
Todos iban agarrados a la Madre
De la nueva realidad **Virtual**
Habían descargado manos
Manos y algunos otros, alma
La desgracia ocurrió: esas manos no son de esta
vida
La vida en la que se camina y se come...

Si es que aún se come o si es que aún se vive,
Si es que aún no existe
Una aplicación para comer sin comer
O respirar sin respirar...
¿Qué es una mano? ¿Por qué tengo dos? Me dije-
ron hoy en un supermercado: Llévelo, no necesita
usar sus manos,
Use la voz...
Hoy marqué a mi novio con un comando de voz

¿Para qué tengo manos?

¿Para ducharme, para darme placer, para golpear?
Hoy vi a cinco jóvenes, solo uno usaba las manos...
Sostenía un teléfono,
El resto veía el porno

También vi a alguien usando el pulgar para decir
Te Amo y a una madre
Para presionar nota de voz
Hoy quise tocarle la mano a alguien, se enojó

Quise escribir una carta, pero me dolieron los
dedos
Y aquel niño superdotado de cinco años
Ya no quiso más aprender lo manuscrito
Mis manos, pobres manos...
Yo sí las uso, pero se cansan
Manos...
El hombre del campo las tiene rotas,

El mecánico las tiene nubladas por la grasa,
Mi madre las tiene secas de tanto lavar...
La muchacha de Instagram no tiene manos, solo
largos brazos
Bajé una hands-app para saludar a mi hija italiana
Recordaba sus manos como dos máquinas,
Me devolvió el vacío saludo como un dibujo
Amarillento y mal formado
Me sorprende aún pensar en las manos y los
monos
Y cómo una a nos cambia y nos hace humanos
¿Qué seremos después sin las manos?

Cuatro Poetas Ecuato RIANOS

Muestra de
Poesía Bilingüe

Traducción de Marcelo Báez Meza

ILUSTRACIÓN: JOSÉ CRUZ



Los amantes de sumpá (fragmentos)

Para Gloria

*¿Y por qué no es tu guerra más pujante
Contra el Tiempo tirano sanguinario?
William Shakespeare*

I
Diez mil años contra la sal perdura
tendido el abrazo que la tierra protege
del deseo
la frágil escultura
la muerte
constelación de los huesos
echada al azar
sobre las dunas
¿rastros de amor?
huesos proféticos
(es sólo tuyo el ritual junto a la Tumba.)

II
diez mil años
el abrazo defiende
el agónico gesto
contra la afrenta del óxido
con que el Tiempo conspira
despojados de rictus y de máscaras
sólo huesos
fémur del hombre
sobre pelvis de mujer
y sobre el húmero
duro reposa la calavera
en el abrazo yerto.

Sumpá Lovers (fragments)

For Gloria

*But wherefore do not you a mightier
way
Make war upon this bloody tyrant,
Time?
William Shakespeare*

I
Ten thousand years against the salt
endures
laid down is the embrace that the ground
protects
from desire
the fragile sculpture
death
constellation of bones
tossed to chance
on the top of the dunes
traces of love?
prophetic bones
(it`s only yours the rite beside the Grave.)

II
ten thousand years
the embrace defends
the dying gesture
against the affront of rust
with which Time conspires
man and woman robbed of sneers and
masks
just bones
femur of man
upon pelvis of woman
and upon hard humerus
lies the skull
in a stiff embrace.

Iván Carvajal
(San Gabriel,
1948)

Poeta y ensayista. En poesía ha publicado, entre otros, *Del avatar* (1981), *Parajes* (Premio Aurelio Espinosa Pólit, 1984), *Los amantes de Sumpá* (1984), *Ópera* (1997) y la muestra publicada por Visor, *Tentativa y zozobra: antología 1970-2000* (2001). En ensayo, entre otros, es autor de *A la zaga del animal imposible. Lecturas de la poesía ecuatoriana del siglo XX* (2005).



ILUSTRACIÓN: JULIO HERRERA



III

ninguna rosa
ninguna agua benéfica
en el caldeado mediodía

sólo arena y sol
el cementerio

¿qué lejana huella
de la pasión aún provoca?

V

ya nada puede el sueño de perpetuidad
aun si los cuerpos al abrazo se aferran.

XVII

la plenitud no está en la eternidad
reposa breve en el instante de invención
cercano a lo mortal estalla el gozo
bien puede el Tiempo arrasar y ser per-
verso
logrará acabar con tu amor y con mi
cuerpo
mas qué importa si ya la rosa vivió su
esplendor.

III

no rose
no benevolent water
in the midday heat

just sand and sun
the cemetery

what distant trace
of the passion does it still provoke?

V

the dream of eternity can do no more
even if the bodies cling to the embrace

XVII

plenitude is not in eternity
it rests briefly in the moment of inven-
tion
close to the ephemeral it shatters the joy
Time can devastate so well and be per-
verse
it will end your love and my body
but who cares if the rose already lived its
splendor

Javier Ponce Cevallos (Quito, 1948)

Poeta, ensayista y novelista. Sus poemarios más destacados son *Los códices de Lorenzo Trinidad* (1984), *Texto en ruinas* (1999) y *Afuera es la noche* (2000).

También ha incursionado en la narrativa larga con las siguientes obras: *El insomnio de Nazario Mielles* (1990), *Es tan difícil morir* (1995) y *Resignate a perder* (1998).

Alguien está en la Sombra

1

Alguien te escribe desde alguna voz
lejana

En el fondo de algún pozo

Alguien inventa tus dos manos delgadas.

Alguien no encuentra sino muerte dentro
de tu fosa.

Alguien tiene un dolor que le murmura
y pasa.

2

Alguien te ama desde su lágrima.

Desde la oscura puerta de su casa.

Desde ese enorme miedo con el alba.

Alguien te tarda, te retiene en la escritura

Que se desmorona entre palabras.

Alguien se quiebra en la terraza

Y sólo encuentra vida muriendo

A lo largo de su vida. Tiempo que transcurre

O que naufraga.

Alguien este año amó y murió.

Fugaz alegoría, claroscuro.

La muerte y el amor se aferran a él

Y él buscará tus dos manos delgadas al
borde de un café

3

Alguien está que no puede aquietar el ojo

Y se resiste a caminar un destierro distin-
to cada día.

Los escorpiones asedian su frío y su
temblor

Muerden su piel sílaba a sílaba.

Alguien te encuentra y enmudece el fuego.

En el fuego tus ojos nombran a alguien y
tus brazos

No pueden con el tiempo.

Someone is in the Shadows

1

Someone addresses you from some dis-
tant voice

From the bottom of a well

Someone is inventing your thin hands.

Someone finds anything but death inside
your grave.

Someone's got a pain inside that whispers
as it passes by.

2

Someone loves you from her tear.

From the obscure door of her house.

From the enormous fear of the dawn.

Someone holds you, someone keeps you

in the act of writing

That collapses among words.

Someone breaks down in the terrace

And just finds life that is dying

All through her life. Time that flows

Time that cast away.

Someone loved and died this year.

Brief allegory, chiaroscuro.

Love and death is clenched onto him.

And he will find your two thin hands at
the edge of a coffee

3

Someone can't calm down his glance

And is resisting to walk in a different exile
every day

The scorpions besiege his cold and shuders

They bite his skin syllable by syllable

Someone finds you and silence the fire.

In the blaze his eyes mention someone
and your arms

Can not cope with time.

Entrega

Para amarte soy mestizo, negro, blanco,
aceitunado.
Para ir hacia ti
soy el agua de agosto que bebe ansioso al
laurel.

¡Tan poco tiempo del corto tiempo de la
vida
para los acontecimientos de amor!

No vaya a ser que estas hipérboles se
evaporen lejos de ti,
cuando el viento definitivo
riegue su arena en el silencio.

Suceso

Miré las luces de la ciudad
que intentaban doblegar la mancha ne-
gra del volcán.
Era la hora de la contemplación,
cuando las palabras se apresuran
con sus alas y licores,
y desnudan y agolpan
en la región de la zozobra.

Pedía la ciudad un pedazo de alma,
de la mía, lámina de niebla;
sus voces plañían como pichones huér-
fanos.

No resistí,
pero mi cuerpo hizo una curva en el vacío
y desparramó su sangre en el ocaso.

The Giving

In order to love you I am mixed race,
black, white, olive-skinned
In order to go to you
I am the water of August that anxiously
drinks the laurel

So little time of the short time of life
For the events of love!

It won't be that these hyperboles evapo-
rate far from you
When the definitive wind
Spreads out its sand in the silence

Celebration

I watch the lights of the city
that tried to humble the black stain of
the volcano,
It was the hour of contemplation,
when words are in a hurry
with their wings and liquors,
and they get undress and cluster
in the region of uneasiness.

The city was asking for a piece of soul,
of mine, sheet of fog;
their voices wailed like orphaned chicks

I did not resist,
but my body made a curve in the
emptiness
and spilled its blood in the twilight.

Julio Pazos

(Baños, 1944)

Autor de *La ciudad de las visiones* (Premio Nacional de Literatura Aurelio Espinosa Pólit, 1980), *Levantamiento del país con textos libres* (Premio Casa de las Américas, 1982), *Mujeres* (Premio Nacional de Poesía Jorge Carrera Andrade, 1988), entre otros. Ha publicado ensayos en *Arte de la memoria* (1998) y libros de gastronomía como *La cocina del Ecuador, recetas y lecturas* (2005) e *Historia de la cocina quiteña* (2008).

El Ganador

De cierto teócrata se dice que bebía el
brebaje en una taza de oro
colocada sobre el cráneo del enemigo
derrotado.

Piénsese en un dardo de luz que flota en
el líquido:

odio puro,
venganza,
orgullo,

sabores frecuentes en las bocas de la
gente de hoy.

El artefacto se guarda en un canasto con
discreción.

¿Es una práctica cultural o una bárbara
acción íntima?

No se sabe,

pero este acontecimiento provoca un
desconcierto similar a la caída
de recias alas en la espalda en medio de
la noche

cuando las letras se hunden en la niebla.

The Winner

A certain theocrat, it is said, who drank
the magic potion in a golden cup
placed over the skull of the defeated
enemy.

Think of a dart of light that floats in the
liquid:

Pure hate
Revenge,
Pride

Frequent flavors in the mouths of the
people of today

The artifact is kept inside a basket with
discretion.

Is it a cultural practice or an intimate
barbaric action?

One does not know

but this event provokes a bewilderment
similar to the fall

of strong wings on the back of midnight
when the letters sink in the fog.



ILUSTRACIÓN: JULIO HERRERA

Alexis Naranjo
(Quito, 1947)

Profesor, traductor, dibujante y pintor. Sus títulos más importantes son: *Profanaciones* (1988), *Ontogonías* (1990). *El oro de las ruinas* (1994), *Interregnum* (1996). *La piel del tiempo* (Premio Jorge Carrera Andrade, 1988) y *Sacra* (Premio La Lira de Oro, I Certamen de Poesía Hispanoamericana Festival de la Lira, 2005).

Miamense

Por un instante captas la opresiva y
lujuriosa
Grandeza del conjunto.
Luego, ya estás ocupado en acelerar por
la I-95

Black Box

Pantallas de alta resolución
Compradas con el rebaño:
Certidumbres de cristal líquido
Vivencias fractales
Resposos clónicos
(tus pasos vas recogiendo
–caliginoso–
En los moldes divinizados)

Holy Shit!

Multitudinarios aplausos al unísono
truenan:
En punto a contribuciones
El filántropo zopilote ha subido en picada.
Se habla de su inconmensurable influencia
entre las súper estrellas.
Para el infierno de los pordioseros, ¡han
visto qué donación!
Such an amazing thing!

Floridian

For a moment you capture the oppressive
but lustful
Greatness of the sight.
Next, you are busy enough to accelerate
in the I-95 highway

Black Box

High resolution screens
Shopped with the flock
Certainties of liquid crystal
Fractal experiences
Clonic prayers for the dead ones
(as you go recollecting your steps
–caliginous–
In the deified molds)

Holy Shit!

Multitudinous claps of hands like an
unison thunder:
As for contributions
The philanthropic bird of prey has reached
the sky.
Everyone talks about his immeasurable
influence among the super stars
For the beggars inferno, have you seen
the donation?
Such an amazing thing!

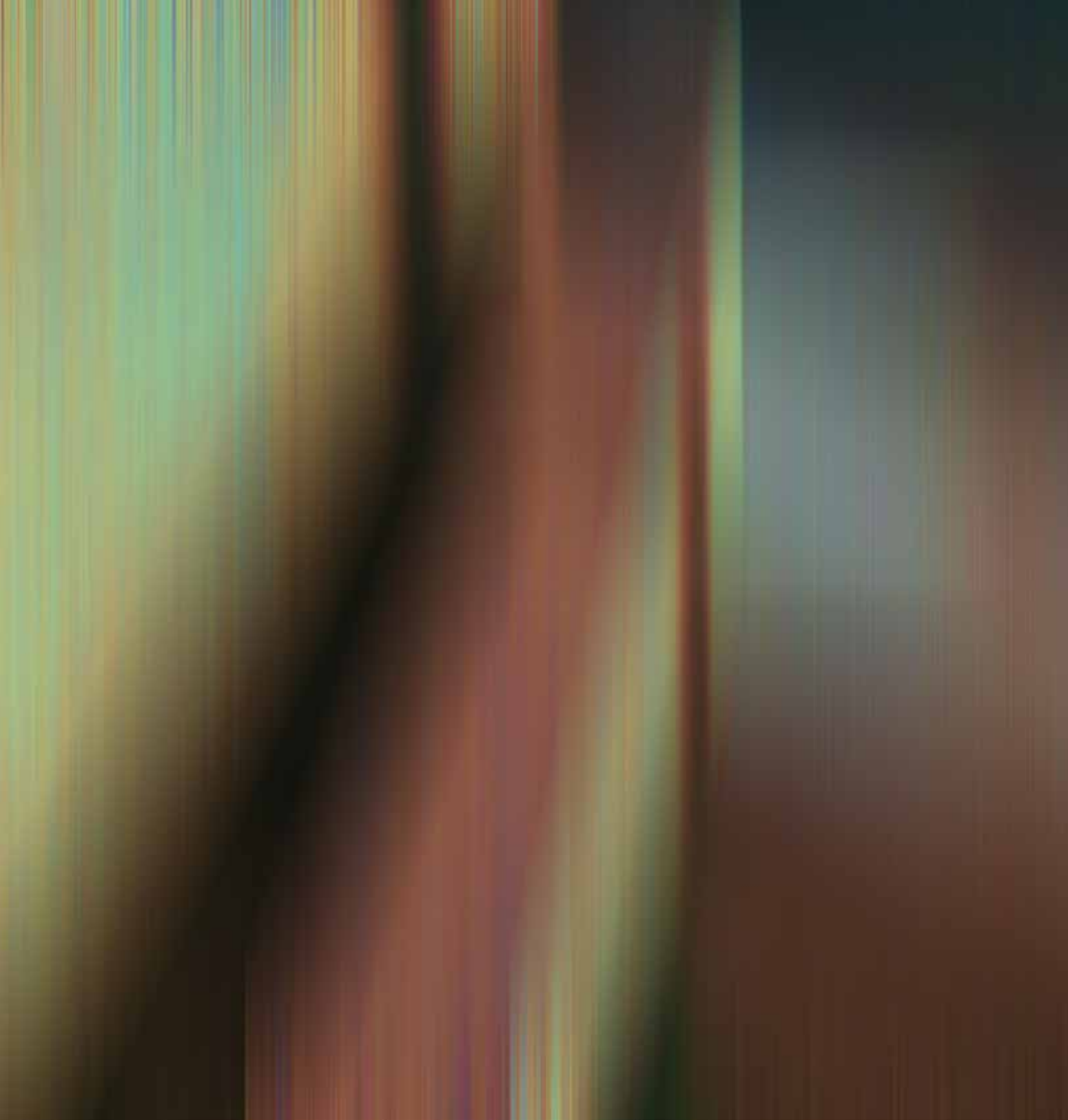
Ciclópea Paciencia

Ciclópea paciencia
A la entrada de los hornos:
Flamboyanes, banderas, banderolas
Y cucardas y el insomnio
Y tu codicia.
Tantos documentos
Para justificar tu inexistencia.
Y la molicie
Cosiéndote los párpados
A la piedad de tus bolsillos:
Tickets 2000
Cash 2400
Visa 1500
Aexp 683
Son: 6583

Patience of a Cyclops

Patience of a Cyclops
At the door of the crematorium:
Flamboyans, flags, banderoles
And hibiscus and the insomnia
And your greed
So many documents
To justify your inexistence
And laziness
Sewing your eyelid
To the mercy of your pockets:
Tickets 2000
Cash 2400
Visa 1500
Aexp 683
Total: 6583





NOV
EIA

FRAGMENTOS



ILUSTRACIÓN: SAHDI GONZÁLEZ

Bule
var.
Mani
gua

Texto con y sin Personajes

Fragmento de Novela

Fernando Nieto Cadena

*Nocturno de celaje deslumbrante
Tu encanto rememoro a cada instante
Romance de un momento que viviera
Con el alma iluminada
Descubriendo en tu mirada
Un amor que nadie tuvo para mí*

*Fatalidad, Laureano Martínez,
versión de Julio Jaramillo.*

Lo sé. Hay un tipo por ahí que se la pasa escribiendo sobre desamores y soledades bajo mi nombre. Debe ser un caso de homonimia o una poco y nada feliz coincidencia. Mucho de lo que escribe me ha pasado a la misma hora, en el mismo lugar y con la misma gente. Él, viviéndolas en su triste condición humana; yo, en lo que siempre he sido, personaje de mi única y propia novela, la que estoy ¿describiendo? ¿viviendo? Que quede claro, nada tengo que ver con ese tal Fernando Nieto. Yo, al contrario, soy Fernando Nieto.

De vez en cuando me ha dado por leer poesía. Debo confesar que soy poco talentoso para descifrar eso que los poetas encuentran en las palabras y hacen emocionar a las mujeres. Un ruso escribió cántale a la mujer que se entrega a otro. Desde mi punto de vista –algo así como depositario del chisme, comunicólogo, y promotor del rumor, periodista– el ambiente de la cultura tiene su gracia. En apariencia se trata de gente alivianada, cuidadosa del lenguaje y con ideas superiores al resto de los mortales. Basta una sola tarde o noche alrededor de una mesa para descubrir que son tan iguales a cualquier hijo de vecino. Son: léperos como carretonero de mercado, beodos como cagaletas de policiales y puritanos como siervos de Provida. Claro, también hay de los otros pero son pocos. Ah, y las florcitas de invernadero, qué tiernas y dulces al hablar de Kundera, Paz y Corian; hacen muecas si hablan de Efraín Huerta o Juan Gelman. Confieso que he leído sólo a Huerta y eso porque en la prepa un maestro de los del 68 quiso –decía– desarrollar nuestra creatividad y nos obligó a leer un chingo de poetisos y poetitas de los que sólo me acuerdo algunos nombres y ningún verso. Bueno, debo hacer un breve mutis. Alguien está llamando a la puerta y, no falla, empieza a sonar el teléfono. Al mismo tiempo, por supuesto.

Si alguien pregunta a Fernando Nieto qué es Guayaquil para él, con seguridad parafraseará a quién sabe qué poeta ruso diciendo que es como una mujer a la que no me alcanzará toda la vida para amarla. Por fortuna en la isla no hay calle de músicos, vagabundos y poetas como en Moscú, Nueva York o París. Bueno pues, yo tengo la culpa por lo que solicito me disculpen, pero no se trata de hablar de ese escritor sino de contarles la historia de mi existencia azarosa e indescifrable por culpa de los avatares que todo buen personaje de novela debe experimentar en cada capítulo. Trataré que este relato sea lo más preciso y fiel a los hechos. Por ejemplo: Cómo vine a estos manglares si estaba a punto de convertirme en la celebridad menos afortunada de la comarca defesina. Esta es la primera vez que digo por qué salí del Desmadre Fenomenal y recalé en los trópicos húmedos del golfo mexicano. Esta rumbita dice.

I La Isla

*Yo no sé cuán radical es usted,
ni cuán radical soy yo.
Seguramente
yo no soy suficientemente radical;
es decir,
uno debe ser siempre tan radical
como la realidad misma.*

Lenin

*Una simple repetición,
una simple forma de sobrevivirme
convertido en una especie de autorrecuerdo.*

José Revueltas

A la mitad de la tarde el viento empezó a soplar con su acostumbrada precisión. La amenaza de lluvia era cada vez más visible. La gente comenzó a buscar refugio justo cuando los primeros toldos de los puestos de chucherías empezaron a volar sobre las cabezas de la gente que no tuvo más remedio que ampararse en el Casino del Mar, milagrosamente abierto porque había no sé qué espectáculo del Comité de Feria, la Casa de la Cultura o algo así. Antón, con la cerveza en la mano, se dedicó a mirar las exposiciones fotográficas. Una era de niños de La Manigua. Oyó que unas chicas entre doce o trece años mentaban madres a todo pulmón porque les habían fotografiado sin su permiso y las estaban exhibiendo y que esas fotos no permanecerían mucho tiempo que antes de que termine la feria ya habrán desaparecido que la chingada madre de ese puto fotógrafo que las agarró desprevenidas. Subió los escalones y se encontró con un escenario con cámara negra como si fuera un teatro. Recordaba que este sitio era un salón de baile por lo que no pudo explicarse qué había sucedido. Alguien hacía una presentación. Ah, vaya, pensó. Buscó un lugar donde sentarse. Consiguió una silla y se dispuso a esperar que pasara la lluvia para seguir mirando la feria que estaba muy pobre, tanto que hasta le habían dicho que lo único bueno de verse era lo que presentaba la Casa de la Cultura en el Casino del Mar. Empezó a entusiasmarse con lo que el grupo interpretaba. Canciones que en su juventud ya eran viejas. Ritmos que se habían perdido entre los recuerdos azarosos de una adolescencia empeñada en demostrar una hombría que nadie cuestionaba pero que era necesario ratificar a cada momento. Se dejó llevar por el contagioso desliz de percusiones y violines que le hablaban de un manisero vendiendo su cucurucho de maní, de la pregunta eterna por saber mamá de dónde son los cantantes mientras Amalia Batista, mami, sacude a los hombres. Se vio en el patio de su casa, después sabría que a eso los cubanos le llaman solar, con los primeros pasos que la vecina del segundo piso intentaba enseñarle sólo para estarlo abrazando y besuqueando en lo oscuro bajo la escalera mientras el vecindario organizaba la próxima fiesta de año nuevo. Y se vio bailar sin saber por qué las lágrimas negras duelen más que las otras, las normales. Y la vecina que sigue metiéndole mano por donde no debe porque si el marido nos ve nos abarraja una cantata de balas y ella que no, que no está aquí, que tiene guardia en su trabajo que vámonos a mi cuarto para que sepas lo que es más dulce que el dulce. Vuelve al presente cuando el grupo hace la presentación de sus integrantes, músicos profesionales que se reunieron para difundir la música caribe y se percata que dejó de llover, que de todas maneras se queda porque la música está chévere y le removió el corazón, se le agitó la sangre y lo puso a soñar y revivir todo lo vivido en esos años cuando era feliz y aprendiz de comunista. Cosas tiene la vida, asere.

Ahora camina evitando chocar con la gente que deambula sin preocuparse de los charcos. Sus amigos tenían razón, la feria no tiene ningún atractivo, salvo lo del Casino,

porque hasta el palenque tronó con todo y su firmamento de pacotilla. Los juegos mecánicos repetitivos y traqueteantes por los muchos servicios prestados siguen interesando a los muchachos para quienes sentir el vértigo debe ser una aventura semejante a una guerra mundial. La gente pasa y pasa, se detiene en algún puesto, pregunta el precio y se va sin comprar, todo está caro y es de mala calidad, se justifican porque sí, porque no tienen por qué justificar nada.

Antón Sierra Brown decide que la noche es una noche perdida, no como la famosa bala y sin la perfidia de esa mala mujer que abusó de nuestro amor. Es una noche sin ángel, sin emoción. Rutinaria y sórdida. Eso. Sórdida como todas las noches que solapan amores clandestinos y pasajeros que bien se merecen otro bolero a lo Álvaro Carrillo y en la cúspide de la pasión vernácula una ranchera a lo José Alfredo Jiménez, que ya son palabras mayores. Busca un taxi y pide que lo lleven para el café en el parque que tiene su nombre pero que todos ignoran que existe y pocos saben por qué se llama así. Se dirige a la esquina de siempre. Los jugadores de dominó siguen en lo mismo, como que no se percataran que llegó julio, que la feria está en marcha, que hay algo más en la vida que ponerse a subvertir el azar con las fichas de marfilina. Pide una orden de melón y una limonada sin azúcar. Saca una libreta y empieza a escribir algunas anotaciones que en el lapso de la feria hasta el café le fueron gatillando durante el viaje. Descubre que, a pesar de todo, estos son sus mejores tiempos. Y empieza. Una tarde Antón de Alaminos bajó del ADO y se dirigió resueltamente al embarcadero de las lanchas para cruzar el canal que lo llevaría a la ciudad, a la que regresaba dispuesto de una vez por todas a conquistarla y hacerla suya.

Antón Sierra Brown bajó del camión y se puso a mirar las lanchas. La mar serena. La panga lejos. Se decidió justo cuando el resto de pasajeros empezaba a empujar para que los dejara pasar. Le habían contado muchas cosas de la ciudad, a la que llegaba por primera vez. La información se cumplía al pie de la letra. Tras el cruce en lancha caminó hacia el parque Zaragoza, preguntando se llega, se dijo. Siguió las instrucciones y caminó hacia la izquierda al salir del muelle. Los recuerdos salen a su encuentro ¿por qué venía? Pensó que debía conquistar la isla. Hizo un gesto teatral de posesión diciéndose que llegaba para siempre. Enfermo de melancolía y de nostalgia, este será su cementerio igual que los elefantes buscan la tierra sagrada donde morir. Antes, se dijo, debo realizar la singular hazaña de inmortalizar mi nombre, por la que seré recordado en los textos escolares y por la que pondrán mi nombre a cafés, calles, hospitales y mercados. Decidió hospedarse en uno de los hoteles que dan al parque, supo que era barato y algo cómodo. Después de bañarse buscó un puesto de periódicos. En el parque hay un quiosco le dijeron. Trama un plan como los de su niñez cuando lenta e inexorablemente soñaba adueñarse de la isla y en poco tiempo ser su Gran



ILUSTRACIÓN: ARIANNA PALMA

Adelantado y Marqués de las Occidentales Tierras aledañas al Reyno de su Graciosa Majestad Imperial. Él. En la Universidad puede estar el vórtice de mi aventura. Al fin y al cabo, su llegada es por la propuesta de trabajo como Maestro de Tiempo Completo. Debo comportarme con seriedad y solemnidad. Regresó al hotel y leyó los diarios y revistas locales para tener una idea de lo que piensa y siente la gente de la isla. Vaya, nada ha cambiado. Sobre la cama se puso a escribir algunas estratégicas anotaciones. Habrá que buscar manceba en quien depositar simiente. Lo primero, un cuadro de apellidos con abolengo y fortuna, después la lista de apellidos con fortuna y sin abolengo y al final los apellidos con abolengo sin fortuna. Los demás no le interesaban. Resumió su pasado en una sola y amplia sonora expresión: ¡al carajo! Hizo el borrador de su currículo para entregar en Rectoría. La carta de su amigo invitándolo a colaborar con el engrandecimiento de este solar patrio, textual, la puso junto al resto de papeles que avalaban y hasta garantizaban la idoneidad para el cargo que desempeñaría. Incluso descubrió un posible antecedente familiar sino en la ciudad sí en el estado. Hizo un rápido inventario de los libros, discos, revistas, carpetas que pudo traer en la maleta con la maltrecha ropa que no pudo mandar a lavar. Dio una vuelta por la calle que bien podría ser un fabuloso malecón que rivalizara con los mejores del mundo. Se le ocurrió que con un poco de ambición la isla podría ser un estado más de la Unión y hasta en un raptó de locura divina convertirse en país, libre, soberano e independiente, a la altura de las grandes naciones del concierto mundial.

Antón Sierra Brown camina sobre el terroso estacionamiento universitario. Pregunta por el señor rector. A la secretaria pregunta por su amigo, conocido entre los cuates como Epifonemo de la Voz Quebrada. Con sonrisa a flor de dientes se presenta como el Doctor Perpetuo Encandilado del Saber Sublime; es una broma, aclara, ante la mueca de fastidio. Soy el Doctor en Economía y Licenciado en Derecho, Antón de Alaminos, futuro y próximo descubridor de esta ínsula, con algunas maestrías de consanguinidad científico-administrativa. La secretaria en la más pura babia, sin saber si reír, llorar o mentarle la madre por mamón, le pide que se siente mientras avisa al también doctor e ingeniero. Vuelve feliz la secretaria para decirle que fíjese que sí está, pero no lo puede atender este momento, que le espere tantito y que se siente para que no se canse.

Saca de su portafolios, oscuro como remordimiento, un libro más negro que su alma. Lee con voracidad de intelectual a punto de entrar al baño. Pasa las hojas y los ojos con velocidad centrípeta. Al chico rato se aburre y guarda el libro. Se levanta, ve los grabados, bonitos, ¿no? le dice la secretaria. Mucho, pero de una calidad poco confiable en cuanto a su duración, digo, por el material empleado. Mi señora esposa y doctora tendría mucho que objetar y sugerir ya que ella es (fanfarrias celestiales) licenciada en Matrices Ortopédicas para la Conservación de Obras de Arte, y tiene Maestría, por supuesto, en Discursos Preposnatales. Disculpe señorita ¿será que todavía se dilata y pueda ir al sanitario para satisfacer mi dosis básica de descomposición humana? Gracias.

Antón Sierra Brown baja del taxi. Paga y se dirige al restorán de ambiente familiar donde deben estarle esperando sus amigas. A la entrada una pizarra anuncia el fenomenal show travestí que ha conmocionado a Europa, China y América. No cover. Entra. No sabe qué le aturde más, si el ensordecimiento por el ruido infame con más de quinientos o mil wats de potencia o la agresiva impetuosidad de los juegos de luces. A tropezones con meseros, mesas y meretrices, da vuelta a la pista como quien da vuelta al ruedo. A medio camino se encuentra con rabo y oreja, con sus amigas que ya instaladas ante una mesa beben como si el día del juicio final estuviera por llegar. La frase es un lugar común, pero me da la gana, joder. Se acerca, saluda de besito y se sienta. Ve que no están solas. Las acompaña una flor de invernadero que entre apenado y risueña (apenada y risueño) le extiende la mano con languidez para que se la bese en rito caballeresco ¿Y este puto feo y pobre? dice suponiendo que lo ha hecho caca. El puto feo y pobre respinga la nariz y con voz de alondra susurra, ay además de mamón eres un hijo de la chingada, y se levanta con la susceptibilidad herida entre las nalgas, concluyendo con un dolido ¿para esto me invitaron? Se ríen los tres. Él y ellas. Adiós Chulis le gritan en coro mientras se va meneando su culito estrecho (lo de estrecho hace relación a una expresión muy popular en el norte de América del Sur, y no a una experiencia previa de auscultación perimetral del ya citado culo). Sus amigas le llenan un vaso. Hielo primero, ron después, cuentan hasta quince porque sino la casa pierde si cae más trago. Estás bien loco, alcanza a escuchar antes de cerrar pesadamente los ojos. Despierta. Una sed marca cruda de campeonato mundial le revienta la cabeza, el hígado, el estómago. Su sistema nervioso a la miseria (a cambio de esta última expresión argentina podría decirse con mayor sencillez y decencia, a la mierda).

Antón Sierra Brown recibe un sobre en la recepción del hotel. Sube presuroso al cuarto. Lee. el desencanto le cobija. Pura publicidad partidista de un taller de corte y confección de la ideología militante para confeccionar el -su- futuro político. Está visto que estos güeyes ya costuraron su futuro económico. Se interroga ¿debo ir? Se cuestiona ¿iré? Como los cruzados que cruzaron la mar océana para embutirse de oro a cambio de canicas ¿debo ir a estos santuarios de la mediocre cursilería partidista? reconoce que es tautológico ya que toda cursilería es mediocre. Iré como adelantado summa cum laude con la bisutería de mis conocimientos benedictinos para brillar entre las zarzamoras de la ciencia. Y recita como si fuera ayer que escribió: la primera vez que me deslumbró el avariento resplandor de los tesoros de indias fue en las tabernas de Sevilla; un gitano de postín que en su dura menda sólo caben aretes y pañuelos, mostraba a la concurrencia dijés de oro y plata que pudo rescatar de la voracidad filibustera de los hijos de puta de Albión.

A la primera señal de cansancio hizo su tradicional gesto de fastidio y se puso



a leer las memorias de aquel anciano actor que descubrió una tarde al pasar frente al kiosko de revistas. Se entusiasmó sin percatarse que empezaba a vivir una triple vida. Las dos que ya cargaba, evidente, no eran muchas y podía cargar con otra más, por lo menos. Sin vacilamiento se dio a la tarea de explorar el más remoto pasado de ese individuo con quien estableció un oculto parentesco que le imponía una nueva rama a su árbol genealógico.

Lo primero. Ubicación cronológica de quien deviene bisabuelo. Antecedentes familiares. En cada familia distinguida nunca falta un santo, un ladrón, un loco y una puta. Al bisabuelo le corresponde el alto honor de ser el ladrón. Los otros cargos estaban por cubrirse, en particular la de la puta que es una mezcla de festivos infortunios. En el caso del santo sólo era cosa de encontrar un güey para proceder a la canonización. La locura él la asumió ya que no en balde sus parientes y amigos le llamaban el loco porque el mundo es así.

Segundo. Historias. Tras una fracasada empresa naviera, desfalcos y transas varias de por medio, supuso que lo mejor era abandonar la ingrata tierra que lo vio nacer y buscar cobijo allende la mar océano donde esperaría a los osados colonizadores abierta como piernas de viuda desolada una tierra ansiosa de ser poseída. Repitió engaños que hoy sí le dieron resultados y pronto pasó a merecer el respeto de los pobladores de la isla que no ha mucho en su nombre llevaba la penitencia. Ahora su apelativo era la invocación de un cantar nacido en el mar. Isla del Encanto. Isla del Ensueño. Un descomedido blasfemo: Isla de Mierda. De todas maneras florecieron sus negocios que le autorizaban a exigir honestidad a sus vecinos y colaboradores. Es más, se escandalizaba con los esporádicos escandaletes de mujeres ebrias de mar y ron tras los muelles, cuando los vaporinos descargaban su lastre de tejas francesas en trueque por los palos de tinte. En su vejez, como todo buen buey, olvidó que alguna vez fue becerro.

Tercero. Documentos comprobatorios del feliz parentesco. Como sucede en estos casos la memoria siempre es frágil y promiscua. Después de todo, la historia se ha hecho de presuntas averiguaciones cuyos comprobantes son incompletos, poco fiables y desconocidos. De la mayoría se sabe por referencias cultistas que no ofrecen el dato exacto para la adecuada configuración del hecho in situ. Esto le permitió imaginar un romance otoñal con una damisela en flor. Como un Virgilio cualquiera tuvo su Beatriz para descender al infierno. Esta vez el infierno no fue metafórico. Fue real. Tan real como los descarnados cuernos que intuía crecer en sus sienes ya plateadas por hilamentos de luna por sus avariciosos celos cada vez que ella se levantaba la falda para treparse a los cielos de los orgasmos en su marital ausencia. Dispuso que su bisabuelo debió hurgar en el orgullo familiar y restituir la honra al apellido. Acuchilló, pues, a quien en lechos de pluma mancillaba su honor en lides de amor. Se contaron, contabilizó, 137 heridas en un diámetro no mayor a los 4.5 centímetros. El juez encontró que la acción de su, ya para entonces, honorable pariente había sido justa y merecedora de

aplauso. Lamentó -eso sí- que no haya ejercido justa venganza en el cuerpo del amante de turno quien logró huir hacia el pueblo de Villadiego.

Falta sólo completar el romance de la reputa bisabuela para que el árbol genealógico se complete. De mis orates circunstancias ya se recopilará la información en su debido momento, vamos, ya habrá noticias. Entre tanto hemos de prepararnos con unción cristiana para el próximo entronizamiento de mi abuelo mayor a los altares, quien desde la próxima cuaresma será santo y una estrella más rilará en la corte de los cielos inmortales.

Ella te mira desde su escondite tras las persianas, cuando su cuñado con los tragos de rigor se debate con la guitarra para serenarse por el día de las madres a su suegra de entonces. Oye las interminables discusiones sobre arte, cultura, la realidad nacional con las que los pomos pasan de mano en mano ya hartos de vasos y buenos modales. Ella desde el bunker de sus doce años permanece en espera de tus palabras porque, te lo dijo siete años después, iba perfilando lo que sería al crecer. Han pasado otros siete años y sigues recordando lo que te dijo hoy que la tienes a tu lado, en ese rincón de tu cama que también lo es de tu alma para no encontrarte solo y te parece mentira que no lo estés y te levantas y vas al baño para la primera ablución, recapacitas en la palabra que aunque no venga bien al caso y aunque sí, la usas cada mañana para resumir tu primera visita al Niagara Falls Water Closed y te reconviene, como siempre, tanto ruido barroco para cagar aguado light. Ella te mira desde sus quince años cuando te despidas porque te cambian de taller. Son los últimos brindis en la capital mundial del calzado y la divina salsa para empujarte los pasitos rechéveres de tu afrocaribeñidad nunca desmentida. Ella te dice que si bailas con ella este danzón, pero me enseñas, y qué remedio le dices. Pero nos vamos de cachetito para no perderme le aclaras. Ese danzón fue un bolearazo que hizo historia porque te dejó el recuerdo de sus florecientes senos que entre ingenuos y osados se te restregaban y tú sin saber qué nota pana, qué onda con esta chavita que se te da y no pero quién sabe si sólo es su estilo de bailar un danzón abolerado para que su mami no se dé cuenta que lleva tiempo con la danza contemporánea y sus pininos teatrales. Ella buscaba en las carteleras de la Casa de la Cultura los anuncios de las presentaciones de libros, conferencias, lectura por si tu nombre aparecía. Y un día apareció y estuvo con su novio. Después de la lectura te acompañan a cenar y te cuentan de su grupo, del trabajo que están haciendo con títeres, marionetas y narrativa oral pare reelaborar mitos prehispánicos y continuarse hasta la época actual. Ella insiste en que si se dedicó al teatro fue por esas charlas en la casa de su mamá cuando ibas con su excuñado a tomarse los primeros tragos de la noche antes de salir hacia los que llamas centros culturales nocturnos. Ella escucha

todo lo que discuten mientras su futuro aún sin horizonte moldea su vocación. Con nerviosismo la liberas de la sábana y ves su cuerpo, trigo quemado al sol, qué cursi pero es cierto y le besas los hombros reteniendo sus senos con la punta de tus dedos mientras bajas por su espalda y te instalas en el nacimiento de sus nalgas y una de tus manos bajas hacia el ombligo, juegas un rato y bajas hasta la creciente humedad de su vagina que se abre al tiempo que se despereza y te pide que subas para el beso primero y subes sin soltar su pecho ni su sexo y te acomodas entre sus piernas en un leve y apremiante serrucho para sostener el beso largo con esgrima de lenguas, tu pecho sobre su espalda, se ladean para que las caricias sean más intensas. Ella se aferra a tu erección y baja y sube sus manos colocándose en posición de ataque reclusivo que es como más le gusta, te lo ha dicho y te lo sugiere y tú entiendes el reclamo y haces como que no pero la sorprendes y entras y sales y empieza a gemir como si llorara, le preguntas si está llorando, te dice que no que está gozando y tú con la confianza de no lacerarla entras de lleno y como en las viejas rumbas de siempre te sacudes para agonizar mientras tus dedos son apretados por su coño y ella respinga el culo para que la penetres más y la levantas sin salirte para permanecer arrodillados y le besas la nuca y mordisqueas su oreja derecha y pasas a la izquierda y te busca para otro beso de lengua y tu manos se reparten pezones y labios vaginales. Ella te mira. Te cuenta otra vez por qué se dedicó al teatro, lo mucho que le ayudaste al hablar con su mamá para decirle que no obstaculice sus inicios y cómo casi se hizo del grupo porque les cose el vestuario y les prepara todo lo que necesitan para la escenografía con su habilidad artesanal. Te pregunta si volverán a verse, que cuando vayas a México le hables para empezar otra vez esta breve historia de encuentros y desencuentros. Que sí le dices, que ojalá pudieran ser más seguidos estos acuestes y recuestes. Ella se ríe. Te besa. Debo irme. Se va. Ella te mira desde las persianas de la puerta que separan la sala del comedor, desde su escondite de doce años. Ella te mira y recuerdas por qué hace teatro. Afuera Bronco norteñiza el tango yo la quise muchachos y la quiero/y jamás yo la podré olvidar.

TEA
TRO



ILUSTRACIÓN: GABRIELA OÑATE



Tatuajes para el Alma

Obra de Teatro

JORGE VELASCO MACKENZIE

Personajes

La Mina
(Mujer madura, algo vulgar)

Trista
(Mujer vieja de manos brillantes)

Actor
(Hombre alto, edad adulta)

Acto Primero

(Una habitación. Algo oscura, o bien oscura. En el centro de la mesa se encuentra servido un desayuno pobre: dos panes viejos y duros, una taza de café humeante. Hay un jarrón con flores visiblemente marchitas, el mantel tiene rombos rojos. Hacia un lado, contra una pared blanca reluce un tocador antiguo, con espejo oval y taburete pequeño. Un mueble de sala cubierto con una sábana blanca. De la pared pende un reloj sin horas...las horas)

(La escena descubre abandono y sobre todo soledad, esa que ha atacado a Trista Gálvez toda la vida. Viste un viejo salto de cama, de preferencia floreado; calza sandalias y tiene el pelo enrulado, usa lentes que no ocultan sus ojos aguados, de lechugines del río. La Mina lleva una bata de dormir blanca, con un gran lazo en el pecho. Está descalza.)

La Mina

(Aparece sentada, hojeando un diario del día, o de la tarde, qué más da.)

Clasificados, clasificados. ¡Ya, aquí están! Veamos, veamos. Casas venden. Piezas alquilan. Departamentos, chozas. ¿Dónde se educarán sus hijos? Polaris, la mejor elección, veamos, veamos. *(Bebe un sorbito de café)* Villas. Si pudiera comprar una. ¡Vean esto! Bosques del Salado. ¡Pero si ahí no hay bosques! Todo está lleno de lodo. ¡Qué horror! Y ¿cuánto pedirán?... ¡Me muero! *(Se toca impulsivamente los rulos que lleva en el pelo)*. Empleos, empleadas, putas. ¡Ya, aquí está!

47

Trista

(Entrando, cojea, se limpia los ojos con las manos.

Mira a su alrededor como si quisiera saber dónde está.)

Mamá, mamaMina, buenitos días. ¡Bah! Qué buenos pueden ser, para nosotras solamente es otro día. ¿Hallaste algo? Creo que debemos comprar otro diario, pero con qué plata, madre. ¿Se te están acabando las esquinas? ¿Los Udres? ¿Has encontrado algo?... ¡Responde! Le debemos al santo y al diablo. Esto de ser mujer...Vamos, dame una parte. *(Le entrega la mitad del diario, sin mirarla)* El puente. ¡Qué nos importa el puente! Que se caiga y nosotros con él, al fondo del lodo pudre.

La Mina

(Sorprendida)

¡Mira esto! Importante empresa necesita impulsadoras. Edad: 18 a 25 años. De preferencia universitarias. Buena presencia... Bueno, de tan buena tú no, pero de tan mala tampoco, con tus ojos... Anda, bebe tu café. ¡Oh no! No sirve. Experiencia mínima, un año. Tú nunca has impulsado nada, ni siquiera un marido.

(Los gatos han comenzado a corretear por el techo de la casa. Rabos lamen el piso, como si fueran lenguas. Azotados, perseguidos por las gatas que quieren venganza, algo se cae con el sonido de un golpe seco).

Trista

(Molesta)

Ya vas a empezar. Zacarías nunca me miró porque quiso que fuera así, y punto. Vamos, sigue leyendo. *(Se interesa en la lectura)* Modelos y ventas. Compañía de modas busca modelos para feria. Cita al 611277. Otra vez. ¿Recuerdas la última vez, mamá? El tipo ése, ¡qué se habrá creído!

La Mina

¡Nada, pues!..., lo que se creyó. Que te podía coger, nada más. Y tú dejarte. Eso es lo que es. *(Se detiene, baja el diario, se quita los lentes. Luego tatea la mesa como un ciego tantearía la calle con un bastón).* ¡La Mina! *(suspira)*... ¡Han pasado tantos años! Y yo sola contigo, en este cuarto, de quinta.

Trista

¡Ismed! Requiere vendedoras de productos de belleza. Personal con experiencia, se preferirán personas que dispongan de vehículo. Y yo, ¿qué tengo? Las piernas que mueven mi cuerpo, este cuerpo que ni siquiera Zacarías quiso conocer.

(Se pone de pie y se acerca al tocador. Se sienta. Abre la boca gesticulando frente al espejo. Recorre la cara con los dedos buscando arrugas; se estira la boca, el pelo. ¿Harán esto las actrices en sus camerinos?, se pregunta. No, las arrugas son cubiertas con cremas y perfumes. Ella lo sabe, ha visto tantas películas que se limpia la cara con un lienzo empapado en la sangre de un macho cabrío).

Mamá. ¿Qué tal se vería si me pinto el pelo de rojo? O tal vez si me hago rayitos, o me lo rizo. No tanto, no tanto. *(Se levanta los senos con las manos)* Para que nunca nadie los haya tocado, no están mal, ¿verdad mamá?

La Mina

(Desde detrás del diario)

Eso mismo fue lo malo, que nadie te los tocó. Empleada doméstica para cuidar niño y cocinar. Tú ni siquiera sabes hervir agua. Y de niños, nunca hubo ninguno en esta casa. Escucha: cocinera, doscientos dólares, no está mal. Iré yo misma. ¡Oh no! Ya me he pasado toda la vida detrás de las ollas, y en las esquinas. *Costureras buen sueldo. Maneje máquina.* Yo soy como las viejas de antes, a mano, todo a mano. Recuerdo que me hincaba los dedos, cuando tu padre volvía me encontraba toda parchada y me

preguntaba qué me había pasado. Yo le mentía diciéndole que era culpa del gato. ¡Ja! nunca se lo creyó, hasta que nos unimos y me vio coser a mano, ya ves, un traje de putanovia todo hecho a mano.

(Trista ahora está de pie. Hace ejercicios de gimnasia con dificultad, se cansa. Tiene 30 años, número de misterios: Cristo fue apreciado en 30 dineros, a esa edad se lo bautizó y empezó a predicar en el desierto.)

Trista

Mamá, si a una se le engordan las piernas, ¿qué será? ¿Y si se le aflojan las tetas? Una vez, una amiga me dijo que eso era señal de que a una se las estaban tocando. Toca que te toca tetitas *(Hablandole a sus senos, mirándolos, bailando un poco)*.

La Mina

Deja ya de hacerte la loca y ven a leer esto: Trabajo real. Tu mejor oportunidad de empleo. Te damos puestos administrativos. Currículo y foto.

Trista

(Acercándose interesada)

Qué, ¿enviar la foto del culo? Ya, ya, disculpa. ¿Qué más piden? ¿Cuánto pagan?

La Mina

¡Doscientos dólares!

Trista

¡Por enviar la foto del culo! ¡No está mal..., nada mal! Que venga Fotomatón, que me haga la foto... creo que solo sabe retratar a los muertos... ¿No?

La Mina

(Poniéndose de pie, enojada)

O te pones seria o mejor me voy. Hay harta gente andando por ahí esperándome, todavía puedo hacer mis buenos puntos. Todas las mañanas, todos los días haciendo lo mismo y tienes que joder...

Trista

¡Ay, perdón mamá!, mamaMina. Ya, ya, va en serio. *(Vuelve al diario, lee)*. Necesito aparador de calzado de mujer. ¿Qué hace un aparador? ¿Apara los zapatos que le tira la gente? ¿Sabes mamá? Una vez tuve un sueño. Yo era una soñadora, o sea que soñaba y me pagaban por soñar. Venía un señor vestido de negro y me pedía que le contara el sueño y yo se lo contaba y él lo escribía en un cuaderno. Le conté sueños de

ranas y lagunas. Una vez le narré que era una monja que se enamoraba de un monaguillo, otra que era Madonna o una mamá flaca que ponía huevos. Los sueños más raros se los conté a él que me pagaba todos los días; hasta que una vez soñé me habían metido presa por soñar sueños. Él se asustó y me dijo que me sacaría en libertad. Y lo hizo, pero se me acabaron los sueños y me vine a la ciudad porque vivía en otra parte. ¡Qué sueño más raro, no mamaMina!... ¡Soñar que una sueña sueños!

La Mina

(Siempre leyendo)

Urgente. Dama de compañía. Asistente de gerencia. 20-30 años. *Puta de compañía* deberían poner mejor. Pero tú no puedes, se te pasó la edad. *(Bebe café)* ¡Uf!... ya está frío. Espera que vuelva.

(Se aleja a interiores con la taza en la mano. Aparece el gato Salvatore por el camino, ella lo patea. Oberón tenía dos gatos: Limoch y Michael; decía que el uno gobernaba los vientos sobre la ciudad y el otro los aguaceros que inundaban las calles, el rayo que una vez cayó y quemó la casa del zapatero).

Trista

(Pensativa un rato, jugueteando con las cucharas)

50 ¡Mami! ¿Quieres que te diga que tengo un tatuaje? *(Señalando el diario)* Aquí dice: aprenda a tatuar. Mariposas y flores. ¡Mamá! ¿Dónde puedo una hacerme un tatuaje?... ¿En la cara? ¿En los brazos? ¿En la nalga? Yo tengo un tatuaje natural. ¿Quieres que te diga dónde está? Ni te lo imaginas. Tengo mi tatuaje en el alma. Es grande y oscuro, me lo hicieron tú y Oberón cuando se juntaron para concebirme; solo ustedes no lo sabían, él te clavó la aguja y tú no sentiste. *(La Mina ha regresado y está de pie detrás de ella, escuchándola)* El viejo sí que sabía dibujar antes de volverse brujo, ni el Guayasamín le quedaba bueno. Le salió perfecto, tanto que ni con el tiempo se me ha borrado. Zacarías nunca lo pudo ver porque está bien adentro, escondido dentro de mí. ¡Mamá! ¡MamaMina!

La Mina

Aquí estoy, loca.

Trista

(Sobresaltándose)

¡Chispas! Me asustaste. ¿No viste que estaba sola? Vamos, dame mi café. ¿Escuchaste lo de mi tatuaje?

La Mina

(Volviendo a sentarse)

Te oí. Lo que pasa es que no te entiendo. Cómo voy a entenderte si cada día estás más loca. ¡Tatuajes para el alma! ¿A quién se le ocurre? A ti no más. Mira: tu padre y yo fuimos normales. Nos conocimos, nos unimos. Te tuvimos. Nada más. Durante el embarazo hice mis dietas, dormí, comí, no trabajé por un tiempo en las esquinas; caminé mucho, eso sí hice, avanzaba hasta el río todos los días, subía la escalera de la casa del cerro despacio, con mis sandalias de cuero puestas, parecía que estaban condenadas a la prisión de mis pasos. Caminé y caminé, contigo en mi vientre. Nada de tatuajes, no me vengas con eso ahora.

Trista

(Ahora vuelve a estar de pie y mira el reloj sobre la pared)

Me pregunto: ¿Cuándo fue que se rompió? ¿Cuántas veces hemos vivido esa hora muerta que marca? Un reloj roto solo sirve en ese momento, cuando se detuvo. Es curioso, ¿verdad, mamá? Un reloj que puede dar una hora exacta en todo el día.

La Mina

Lo más curioso es saber que ese reloj se detuvo cuando a tu padre le fallaron las piernas, el pobre, cómo iba a saber que eso pasaría. Nunca lo envié a reparar, ni a él ni al reloj, lo dejé así para que me lo recuerde; cojo, sí, tienes razón, para eso me sirve, como un puro recuerdo. ¿Seguiste buscando? *(Se sienta)*

Trista

Hallé esto, escucha: *¡Baile! Salsa, merengue.* No importa su edad. Matrícula gratis. Y es cerca, mamaMina, podríamos ir juntas. ¡Bailar, bailar, que el mundo se va a acabar! Trista y La Mina, las reinas de la rumba. ¡Luces!

(Se levanta y baila sin música. Paso izquierdo adelante, paso derecho hacia atrás, un dos, dos tres, música del secreto amor. Los vecinos piden silencio golpeando las paredes. ¿De dónde brotó esa música en el patio de la quinta?)

La Mina

Reinas de la tumba querrás decir. Ni siquiera de joven pude aprender a bailar, a mi padre no le gustaba, y el tuyo; era tan torpe, ni borracho bailaba, por eso jamás aprendí.

Trista

(Ha vuelto a sentarse, continúa hojeando el diario)

Mira esto: *¡Otra vez virgen! Inmediatamente con virginal prudentus. Producto americano. Sin dolor cierre su herida.* ¡A mí nadie todavía me ha herido! ¿Es eso una herida? Tengo la vagina clausurada hasta el anillo nupcial. Si dudan, vengan a verla.

La Mina

¡Te has vuelto loca, mujer! ¿Quién va a querer hacer eso? Solo Zacarías, pero él te olvidó por esa causa, total, era como todos. Yo, lo que sí quisiera saber es cuánta plata nos queda en el banco, el fin de mes está lejos, el tiempo es cada vez más lento. Mi madre decía que el frío conoce al desnudo... Yo me paso la mitad del día desnuda, pero tengo mi pensión de trabajadora sexual jubilada... 33 años, como la edad de Cristo.

Trista

Y nosotras, ¿estamos desnudas? ¡Que venga el frío y me abraza, que me bese con sus labios helados, con su pasión de hielo, que me congele aquí mismo y me haga un hijo que nacerá temblando, lleno de escarcha! ¡Adoro el hielo que busca a los desnudos! ¡Lo amo!

La Mina

(Golpea la mesa, haciendo voltear el florero)

¡Ya basta! Tú eres como esas flores marchitas, te falta agua, te falta vida, ni con toda el agua del río renacerás ni reflotarás; estás ahogada en tus horas, puedo saberlo bien porque te concebí, aunque sea de ese brujo cojo, el del carrito, te parí, te crié. ¿Lo oyes?

Trista

(Desde detrás del diario)

Ya cálmate, es solo un decir. Escucha: *Masajista. Joven de edad madura. Mano grandes, pero blancas. Buen trato y buena paga. ¿Madre, cómo son mis manos? ¿Podrán dar masajes? (Se las mira) Yo creo que sí, probemos. (Da la vuelta y comienza a dar masajes en la espalda de su madre) ¿Qué tal va? A ver, a ver..., el cuello, ieso es!...rico... rico.*

La Mina

(Se deja hacer, reconfortada)

¡Ah, qué bien, qué bueno! Sigue, sigue *(Echa la cabeza hacia atrás) Más acá, más acá, sigue, sigue, es duro estar parada toda la tarde en una esquina, el trabajo más antiguo... ¡Ah!, sigue (Trista comienza a quitarle el salto de cama) ¿Qué haces, loca? (Se pone de pie de un salto) ¡Ya déjame!*

Trista

(Apartándose)

Pero los masajes se dan sobre la piel desnuda. No dices que el frío... ¡Oh! Esa palabra. Una vez leí que la palabra desnuda estaba en sí misma desnuda, fue en un cuento que leí en el colegio, era la historia de una ropa de payaso que sufría como si

fuera gente, no recuerdo quién lo escribió, un escritor debió ser, claro...

(Comienza a escucharse una melodía extraña que sale de un callejón, el callejón Zaruma que es el lugar de las ratas donde Oberón ejecuta un conjuro para ganar el juego. Un grupo de mujeres vestidas con trajes escotados que han salido de un casino lo rodean y gritan: Agios ischiros athanatos ibel daber chabel, illénanos la bolsa! Todas lucen en el cuello una bolsita negra que contiene un trébol. Oberón, que se rastra en su carrito de madera reza: Señor que habéis querido que vuestras vestiduras fueran rasgadas lánzanos a la aventura, danos la gracia de que alcancemos buena suerte en el azar, atiende mi súplica. Se oye como una cascada metálica, el ruido de monedas cayendo libres por la boca de un tragamonedas que ha marcado cinco tréboles negros.)

Trista

(Sigue leyendo)

Cambia tu imagen. Maquillaje, cremas reductoras, limpieza total. ¡MamaMina! Aquí me pueden limpiar el tatuaje. ¿Será muy caro? No puedo vivir con este tatuaje en el alma toda la vida. ¡No señor! Iré mañana mismo..., o no, mejor cuando regreses de cobrar en la pensión. ¿Verdad, mamá, me prestarás?

La Mina

(Pensativa)

Tú dices que ese tatuaje en tu alma es oscuro y grande, pero nunca contaste qué forma tiene. ¿De mariposa? ¿Como un trébol? Te advierto, yo soy una de esas mujeres que creen que el hombre nunca muere sino la muerte. Mira a Malaria, se lo quité a Gloria, la punto de oro; el muy cabrón murió cosido a puñaladas, y ahora estamos hablando de él.

Trista

¡Madre, tú también estás loca! ¡Y más todavía! Loca de hambre y no como yo que estoy loca de hombres. *(Prueba el café)* ¡Uff!, ha vuelto a enfriarse. *(La Mina comienza a levantarse)* Espera, voy yo, así no podrás decir que soy buena para nada. *(Se aleja a interiores)*.

La Mina

(Sola, como murmurando)

Tatuarse... tatuajes... ¿Dónde leí eso? *(Revisa los diarios que están desordenados sobre la mesa, se apura)*. No hay nada, tal vez lo inventó, pobre, está tan sola desde que Zacarías se fue, creció, la olvidó; él sí le dejó tatuado en el alma su desprecio.

Trista

(Entrando con las dos tazas de café en las manos)

¿Sabes, madre? En uno de esos sueños que soñé para el señor que me compraba los sueños, vi escorpiones suicidándose, estaban rodeados de un círculo de fuego y se clavaban los agujones con veneno; después me dijeron que eso era verdad, los escorpiones se matan cuando están en peligro. Creo que mi tatuaje tiene forma de escorpión porque ese es mi signo, no lo olvides.

La Mina

Y por eso te suicidarás. Pero tú no tienes agujón, ni te ha cercado el fuego. ¿Es ese fuego del que hablaba el viejo brujo cuando ponía una cazuela de barro en la candelita diciendo: “yo te invoco para que los fantasmas que pudieran dañarme se alejen de mí.” ¿Es ése?

Trista

No temas, al menos no hasta que un hombre venga a clavarme su agujón hasta el fondo, entonces; herida, moriré feliz, rodeada de fuego pasional. Olvídalo. Estuve pensando hace un momento en lo que una mujer puede hallar en la cocina, sí, allí, entre ollas y platos, la cazuela de barro de Oberón. Una mujer puede encontrar un tesoro, no en las sobras de la comida, sino en los estrechos caminos que van del fregadero a la nevera; de la nevera al hornillo; un tesoro, por eso en los avisos siempre dicen que necesitan cocinera honrada, dan buen trato, comida y casa, por eso, para que no se roben el tesoro.

La Mina

¿Cuándo se te ocurrió eso? ¿Hace un momento? ¿Cuando te fuiste a calentar el café? Yo creo que a cada rato estás peor, te llevaré al dispensario, a la consulta externa de Lucas Mora en el manicomio, a ver si detiene esa rueda loca que da vueltas en tu cabeza. Vamos, terminemos con esto de una vez.

(Comienza a recoger las tazas y arregla el florero. Sabe que en la quinta donde transcurre todo no hay flores, nunca se vio ninguna, ni siquiera marchita, desde que la dueña se murió todas también se murieron, o las cortó el padre de Zacarías que vivió allí escondido, escribiendo.)

Trista

(Insistiendo)

¿Tú nunca, durante tantos años, entre vapores de tantos guisos, has descubier-to el tesoro mamaMina? *(Se pone de pie y da vueltas en el escenario con los brazos*

abiertos) Tesoro, tesorito, ¿dónde estás? (*Sigue girando*) ¡Perlas, diademas, anillos, los encontraré! (*Se acerca al sofá y levanta la sábana que lo cubre, se mete debajo de ella y habla con la voz impostada*) Soy un fantasma que viene a revelar que hay un tesoro escondido en la cocina de La Mina y su hija Trista, pero antes deberá declarar algunas cosas. ¿Cuántas comidas hacen en el día? Mina, declare: ¿cuándo se le suspendió el mes? Trista: ¿Cuántos novios ha tenido? Las dos: ¿qué esperan vivir de la vida? (*Se descubre*) ¿Lo ves, mamá? Es fácil, sólo tienes que declarar y nos dirán bajo qué losa, dentro de cuál anaquel está nuestro tesoro.

La Mina

¡Uff!, ¡esta sí que está rematada!, y pensar que es mi hija. Primero salió con lo de los tatuajes, ahora con ese tesoro en la cocina, qué más vendrá después.

(Música, cualquier clase de música tocada con guitarra y cantada con una voz de borracho. Daniel Santos, Julio Jaramillo jurando en vano cuando las campanas de la iglesia de San Agustín llaman a misa.)

Trista

¡Este es el tesoro! (*Se toca el cuerpo, la región del pubis*) ¡Esto que nadie nunca tocará! (*Al público*) ¿Por qué nadie lo tocará? ¡Nadie, nada, nunca...!

55

La Mina

¡Un tesoro! ¿De qué nos servirá a las dos tu tesoro? Mira a ver. Aquí hay otro, aunque sea algo viejo todavía sirve, es una mina. (*Se palpa al igual que Trista*). Por aquí saliste tatuada. Por aquí regresarás olvidada. Yo sí creo a veces que no es tu locura, creo que es verdad, estamos tatuadas hasta en el hueco del alma.

Trista

¿Lo crees, mamá Mina? ¿Qué hicimos para que esa mano de Dios nos abandone, nos deje marcas, manchas...?

La Mina

¡Oh! No es tanto, no es Dios, soy yo. ¡Yo y tu padre, tatuados!

Trista

(Se levanta y corre hacia ella)

¡Madre! Yo no quise decir eso, yo no...

La Mina

Pero tu padre sí lo hizo, después se fue y me dejó contigo. Mírate..., sola.

(Hay un lapsus en que las dos mujeres se quedan estáticas. Se siente un ambiente de soledad y angustia. No debería ser más de medio minuto porque la escena va a terminar y en el cielo resuenan truenos, truenos sobre la ciudad y el río que Zacarías no ve, no verá nunca porque no llegará al malecón.)

Trista

¿Dijiste algo, madre?

La Mina

¡Oh no! Yo nunca puedo decir nada.

Trista

Yo tampoco, eso lo heredé de ti. ¿Acaso cuando Zacarías...?

La Mina

(Interrumpiéndola)

¡Zacarías, vaya con Zacarías! De él no deseo saber nada, ¿escuchaste? Nada...

Trista

Yo sí, sí. Fue a él a quien le conté mis sueños de soñadora. ¿Sabes por qué me metieron en la cárcel? Porque una vez soñé con dos beatas que llegaban juntas al cielo. La una era rica y la otra muy pobre, pero las dos eran amantes de Dios y hablaban acostadas en sus ataúdes...

La Mina

¡Loca!... iloquísima!

Trista

¡Sola, solísima! ¡MamaMina, compréndeme! Alguna vez también quise ver qué había dentro de mis silencios, de mis ojos aguados porque siempre están llenos de lágrimas.

La Mina

Esa debe ser otra de tus locuras. ¿Ves? Mejor anda, sigue leyendo, busca algo por favor, algo que te libere de los tatuajes, de ese escorpión que ya debe haberte picado la cabeza.

Trista

Mamá, de verdad yo no estoy loca, es que me veo a mí misma entre sueños. Yo misma me veo soñando, como una caja de muerto dentro de otra caja, esas que llevan a La Fronda para que Zacarías guarde allí los cadáveres, así es, un sueño dentro de otro sueño, pesadilla ha de ser.

La Mina

Y... ¿cuánto te pagaban por hacer eso?

Trista

No lo sé, nunca conté el dinero, después que él escribía el sueño en un cuaderno, me entregaba el dinero que yo guardaba en mi corpiño y me iba. Ni siquiera sé para qué los quería. ¿Para venderlos? ¿Ofrecérselos a esos locos que paran en el Montreal para que los pinten, les pongan música?

La Mina

En los avisos nunca he visto nada de eso, nunca piden una señora profesional graduada en una cama. Fuera bueno, así al menos trabajarías en algo, traerías dinero. Soñar y cobrar por soñar, ¡vaya cosa! Oye, Trista, ¿hasta cuándo vamos a estar sentadas aquí? Esto ya no parece desayuno, sino almuerzo. Es tarde, tan tarde que ya casi no queda nada...

Trista

¡No! Todavía tenemos los tatuajes, los escorpiones de Dios. Ellos también atormentaron a las beatas, te imaginas: cilicios formados como una diadema de escorpiones vivos, eso sí le hubiera gustado a Dios.

La Mina

¡Calla, mujer! ¿Acaso no es suficiente que hayas pecado con la mente y ahora lo haces con la boca? Esas mujeres que dicen fueron siervas de Dios, renunciaron a todo para buscarlo, para acercarse a él. ¿Te parece poco? (*Mirándola con severidad*) Escorpiones, tesoros, sueños, debiste soñar con un tesoro de escorpiones en lugar de hablar de ese tesoro tuyo escondido entre las piernas, como el mío que ofrezco todo el tiempo para poder comer. El tuyo nadie lo ha visto, ni siquiera Zacarías...

Trista

Yo creo que mi prisión fue injusta. Solamente soñé con esas mujeres llegando delante de Dios todas ensangrentadas. A ellas debieron haberlas juzgado, no a mí. Fueron ellas quienes hablaron, dijeron sus vidas, yo fui solamente una voz, una voz en la memoria del juez que las juzgaba.

La Mina

(*Protestando*)

¡Pero tú las inventaste!

Trista

(También protestando)

¡No, la vida las inventó! O ellas mismas se inventaron, la una a la otra... Le dije que ellas habían llegado antes Dios bailando, era en un campo abierto y las dos se abrazaron, así. *(Va hacia La Mina y la abraza)*. Tará, tará, tarí, tará. *(Se mueve frente a ella y la obliga a levantarse mientras ella se niega, tropiezan, caen, Trista casi la arrastra.)* Tarí, tará, tarí, tará *(Sigue bailando con torpeza)* Tarí, tará, tarí....

(En su deambular Zacarías ha llegado al otro lado del parque Centenario donde dos viejos condecorados pelean gruñendo, agarrándose los brazos, los metales resuenan en el pecho, se brillantan con el fulgor de la noche. Subido en una banqueta de hierro, otro héroe de la guerra del 41 da un discurso: “La patria no es una si no dos que están en guerra...”, grita, robándole descaradamente el verso al poeta Humberto Vinuesa, el gallinazo cantor. En el asiento de hierro, gastado de tanto sentarse, un lisiado, sin piernas sonríe mostrando la boca también lisiada de dentadura. Es lo único que puede hacer y los dos viejos dejan de pelear y se reconcilian abrazándose. “Por la vieja patria”, brinda el prócer que se ha ataviado con una banda tricolor que tiene tejidos en cada franja huesos de ratas. Zacarías no puede distinguir bien a otro que se acerca en un carricoche, es Oberón que se ha tapado la cara y lo único que alcanza a escuchar de su boca es una oración: In nomine Patris et Filli et Spiritus Sancti y hace silencio. La calle se ha quedado vacía, da un paso para bajar la calzada y otra vez se pierde.)



ILUSTRACIÓN: WENDY SIMANCAS

Acto Segundo

(Un recinto como el de un juzgado. Aspecto tétrico. Hacia el fondo hay una silla de madera cruda y un mesón donde reposa un martillo de juez. En el centro, dos tablonces inclinados, separados un metro el uno del otro. Atrás, una cortina blanca rasgada, igual a la de la entrada a los baños del Montreal. La Mina es ahora Beata Uno y solo viste una larga bata blanca manchada de sangre. Trista es Beata Dos y luce igual. Ambas mujeres están descalzas. Aparecen de pie en el centro del escenario, entrelazadas como si estuvieran bailando)

Beata Uno *(Recorre el lugar con mirada temerosa)*
Hemos llegado.

Beata Dos

¡Sí, hemos llegado! Después de todo, el viaje no fue tan malo. Hombros, carrozas, manos, discursos, flores...

Beata Uno

¡Y tanto humo! Parece que fumaron demasiado. ¡Oh! ese olor. Era como de pena.

Beata Dos

Incienso, querida, incienso. Yo no pude distinguir a nadie. ¿Y tú?

Beata Uno

Tampoco, hermana, a nadie. Era como si el humo les hubiera borrado los rostros; solo vi cuerpos de negro, viejas con vestidos oscuros, putas de caras tapadas..., y nadie lloraba, solo rezos y rezos. Los rosarios se les caían de las manos, o los tenían cosidos en la lengua.

(Un actor entra avanzando con pasos largos. Es parecido a Zacarías, parece Zacarías, pero no lleva mandil. Ceremonioso. Está ataviado con un traje rojo repugnante. Sostiene una cruz en la mano, como si fuera un bastón. Voz chillona. Desagradable)

Actor

¡Ah, son ustedes! ¡Pero qué flacas están! Llegaron temprano, no las esperaba

hasta el atardecer; pero eso no importa, tenemos todo el tiempo posible, el imposible también. ¡Vamos, embáquense! (señala los tablones). De pie no puede estar, deben estar cansadas, el viaje fue largo, sin agua ni alimentos, pero ¡qué digo! Hasta Dios se puede equivocar. Ustedes han pasado muchas jornadas ayunando, están acostumbradas. ¿Cuál de las dos ayunaba más?

Beata Uno

¡Ella, señor! En su casa, aún antes de volverse sierva, no había comida en las ollas. Desde pequeña se le pegó la barriga a la espalda. ¿No ve?

Beata Dos

¡Ya va a empezar! Me molesta allá todo el tiempo y ahora, ya comienza aquí. Pero ahora no podrás, aquí está él (*señalándolo*). Él nos juzgará, deberá decidir...

Actor

(*Sentándose ceremoniosamente*)

¿Decidir qué, sierva mía?

Beata Uno

¡Cuál de nosotras sufrió más! Quién merece tu brazo, un lado en tu cama, un lugar junto a la silla...

Actor

Para ello tendrán que demostrármelo. ¿Y si es verdad que esa loca de Trista solamente las soñó? ¿Y si no hay nada cierto y ustedes nunca existieron? (*Gritando*). Entonces sí morirán de verdad. Con esta mano (*la mira*) les tatuaré una marca en el Alma. Nunca podrán quitársela, ni con fuego, ni con agua. El tatuaje terminará con ustedes, con su piel, con su cuerpo; ése será el castigo: el tatuaje.

Beata Uno

Yo prefiero vivir condenada antes de que hagas eso. Mira, yo siempre creí que con la muerte se nos iba la vida y ha sido al revés. Todas las mañanas me arrastraba en el piso de mi celda, lo pulía con sargas que herían mis manos, quebraba las uñas. Metía los brazos en el agua helada y sentía como si me abrieran la carne. Después, me acercaba a la mesa pero nunca pasaba bocado, solo sorbitos de agua y nada más...

Beata Dos

Yo, en cambio, tuve solo amaneceres sangrantes. Dormía con el cinturón de herirme, colocado entre el calzón y la bata de dormir, todo por él, para el hijo de Dios...

Actor

Mi par de putas. ¿Acaso creen que no sé que en el piso que pulías te revolcabas con hombres: (*A Beata Uno*). Y tú: (*A Beata Dos*) que esa era la sangre de todos tus meses y querías hacerla pasar como heridas para Dios?

Beata Uno

¡No! Nunca mi celda fue un burdel. Venían hombres, es verdad, pero todos traían su aureola de santos, y dinero, claro...

Beata Dos

Y mi sangre siempre salió de mis llagas, de mi cuerpo, nunca fue de mi sexo. Las siervas de Dios no tienen fuego menstrual. ¿Acaso no lo sabes? Tú, como encargado de las causas de los santos, deberías saberlo. ¿No te lo han enseñado?

Actor

Yo lo sé todo, no hay nada en el mundo que no pueda ver. Tengo la mirada de Dios porque soy su juez. Desde las alturas, puedo leer diarios y vidas: vigilar las calles, los parques, los burdeles, las quintas. ¡No me engañarán! (*Amenazante*).

Beata Uno

¡No queremos engañarte! Solo que sepas la verdad. Escucha: un día estando en oración, él apareció vestido con una túnica de ese mismo color que la tuya (lo señala), sin costura, cargaba una cruz en medio de una penosa cuesta y desde allí me invitaba a seguirlo, yo lo ayudé, me abracé a su cruz, comprendí que su sufrimiento quería purificar al mundo, después...

Actor

¡No era él! Nunca antes las había visto hasta hoy. Cuando me llamaron para venir a juzgarlas, busqué en mi lista de siervas. No estaban registradas, ni como La Mina, ni como Trista, costurera de pobres...

Beata Dos

Yo siempre comprendí que solo experimentando el dolor en carne propia podía alcanzarlo, por eso no amo el dolor, sino al doliente.

Actor

¡Es falso! ¿Acaso estamos en una carrera? Las 200 millas desde la Tierra hasta Dios. ¿A quien quieres alcanzar? Vamos, me estoy cansando. ¡Embárquense! Si no me hubieran hablado antes de ustedes, tal vez les creería, pero alguien vino a advertirme...

Ya ven, chismosos hay dondequiera, hasta en la antesala de la casa de Dios.

(Las dos mujeres caminan despacio hacia los tablones, se acuestan y cruzan las manos sobre sus pechos. Música suave. El actor desaparece en interiores, se oye un sonido como de una puerta metálica cerrándose. Cambia la luz. Pausa larga).

Beata Uno

(Hablandole a Beata Dos)

¿Lo ves? Te lo dije. No se huye de él, que está en todo lugar. Si no es él, son sus empleados. Éste, que dice ser un juez de las causas de todos los santos.

Beata Dos

(Levantándose un poco en el tablón, como si quisiera liberarse de ataduras)

¡Y cómo supo que pulías tus pisos con el cuerpo de los hombres! ¡Por eso era que rezaba todo el tiempo eso de Dios! ¿Dónde estaba yo cuando te buscaba? Claro, estabas debajo de los hombres y no te podía ver.

Beata Uno

Mira, no es hora de ofensas, es hora de salvaciones. Ni siquiera sabemos a dónde nos llevan en estas canoas prestadas; tampoco si fuimos soñadas, o revividas, nada... Tu sangre, pobre tonta, creíste engañarlo. Tu carne...

63

Beata Dos

¡Me arrepiento de ti! Me arrepiento de haber sufrido la muerte estando viva, por haber tú perdido la vida estando muerta...

Beata Uno

¡Por mí, vuélvete a morir! ¡Pide tus confesiones, trágate tus cirios, enciéndelos en el altar de tus tetas! ¡Haz lo que quieras!

Beata Dos

A diferencia tuya, yo sí tuve novios, pero a todos los dejé plantados en la puerta de la iglesia, les mentí diciéndoles que no había terminado de mi traje de novia, todo para irme detrás de él. Ahora viene con que debemos ser juzgadas... Dicen que en él se había encarnado en alguien... ¿en quién?

Beata Uno

(Está sentada en el tablón, abrazada a sus piernas, mirándose los pies. Recuerda.)

Sabes, alguna vez pensé que entrar a un monasterio era como entrar a un burdel, una deja el exterior para hundirse en el mundo de la noche. Ni la liturgia cambia, así te

vuelvas confesora de las culpas de los hombres. Te desvistes, te flagelas; te clavan en la cruz todas las noches muchos hombres...

(La escena vuelve a silenciarse. Hay un apagón rápido. Al encenderse la luz, las mujeres aparecen en los tabloneros, pero en posición diferente, como en las caminatadas de Manfredo, el hombre péndulo que se cambia de acera.)

Beata Uno

¡Sientes! Nos estamos moviendo. ¡Mira! *(Se sienta, observa a todos lados)* ¿Escuchas? Se oye como si estuvieran rasgando algo. *(Ruido de algo rasgándose)*.

Beata Dos

Sí, dicen que cerca de aquí se escogen los cuerpos para el nuevo viaje, cada uno es único y de un solo uso. Al final, es decir al regreso, se lo desecha. Hay para todos los gustos, de diferente sexo, tamaño y color, hasta raza y género, humano a animal.

Beata Uno

¿A qué te refieres? Loca. Te afectó la mente el viejo ése del juez. No le temas, lo que quiere es atemorizarnos. Confesiones, eso es lo que necesita *(De pronto caen flores sobre su cuerpo)* ¡Flores! ¡Uff, las detesto! ¡Olor de sanidad! ¡Apesta!

Beata Dos

Es el reencarnarse, como el reencaucharse, ¿comprendes? Cuando las llantas de los camiones de tu hacienda se gastaban, ¿no las llevaban a reencaucharlas? Así mismo es... Como tu cuerpo ya se ha gastado, pueden volver a reencarnar, puedes ser perra o zorra; puedes ser beata o puta, rica o pobre...

Beata Uno

(Se levanta, mueve el tablón)

¿Y él lo permitirá? ¿No nos acusarán de cambiar de partido?

Beata Dos

Sí, pero debes estar dispuesta a perder tu memoria. La recuperarás cuando estés en el otro cuerpo. ¿No recuerdas ese perro negro que miraba, como si fuera gente, cuando nos bañábamos desnudas, en pleno frío de la madrugada? Dicen que en él se había encarnado un obispo.

Beata Uno

Pero yo nunca podré olvidar mis dolores, así nada me duela ya. Quisiera ver al viejo este metiéndose clavos en las manos o en la planta de los pies, ayunar. En vez de

tragarse su bocatto di cardinale, ja, quisiera verlo...

Beata Dos

¿Oyes? Siguen rasgando. *(Otra vez se incorpora, busca el sonido moviendo la cabeza)*. ¡Cállense, putas! ¡Estamos muertas! *(Gritando)* Los muertos necesitamos silencio para descansar en paz...

Beata Uno

Descansar, vaya cosa. *(Burlona)* Sabes, yo creo que ella no nos soñó. Estaba también reencarnada y no pudo dejar de recordar. Los recuerdos se meten en los sueños, involuntariamente. Seguro nos había conocido a ti y a tu rosa escarlata: a mí, a mi flor del río turbulento.

Beata Dos

¡Un perro con mirada de obispo! ¡Nunca se me hubiera ocurrido! A pesar de que siempre vi muchos obispos con cara de perro.

Beata Uno

(Se ha levantado y camina por la escena mirando al suelo, como buscando algo).

Calla, hermana, calla. Él puede venir pronto; recuerda que solo fue a hacer sus necesidades...

65

Beata Dos

¡Hermana has dicho! Nuestras madres nacieron separadas, ni siquiera tuvimos el mismo padre. ¿Por qué lo dices? Confiesa...

Beata Uno

(Continúa deambulando por el escenario con la mirada en el piso.

De vez en cuando, se agacha a recoger algo; lo desecha).

Hermanas en el dolor, en los sacrificios, hermanas ante Dios, por eso somos hermanas...

Beata Dos

El dolor no, hermana querida, si no todas en el mundo fuéramos hermanas; desde la puta más rica hasta la virgen más pobre. ¿Mira de qué material eran tus cilicios? Fueron de oro y, cuando más pobres, eran de plata. En cambio yo tuve que hacerlos de hierro oxidado, de latas viejas o de clavos usados.

Beata Uno

(Sigue caminando en la escena)

No te quejes. De oro o de lata siempre causaron el mismo dolor.

Beata Dos

¿Qué buscas en el suelo? Hasta en eso eres tan diferente. Yo no busco, encuentro... que es otra cosa.

Beata Uno

Shhhh... se acerca. *(Apagón. Las dos mujeres vuelven apresuradamente a los tablonos, se quedan muy quietas.)*

Actor

(Entrando, termina de abrocharse el cinturón. Se sienta.)

Bueno, he terminado. Hasta allá adentro, cuando estaba en el trono, en aquel lugar sagrado, las escuché discutir, pero de tanto pujar y hacer fuerza, no entendí lo que decían. Primero, daré las instrucciones para el examen. Cada una me dirá lo que hizo y me mostrará las huellas, se hallaren donde se hallaren; no es lugar ni hora de pudores. ¿Comprenden? ¿Quién lo hará primero? Necesito una voluntaria, que no sea yo quien elija, o prefieren un sorteo, no, eso no le gustará a Dios, odia los juegos de azar, los casinos... ¡Vamos, decidan! *(Las dos mujeres se inquietan, mueven los tablonos, hablan frases ininteligibles)*

Beata Dos

¡Lo haré yo! ¡Yo fui siempre la más valiente!

Actor

¡Lo sabía! Se te nota en la cara. Anda, acércate. ¡Habla!

Beata Dos

(Se acerca, camina despacio, con la cabeza baja)

Una mañana, como de costumbre, fui al confesionario. Estando allí, sentí un trastorno en el alma. ¿Me estarían haciendo un tatuaje? Tuve una visión con horribles figuras obscenas de hombres y mujeres desnudas. Esa visión incitó mi sensualidad y permitió que el demonio tomara posesión de mí. Por todo mi cuerpo ascendió como un hormigueo; el asalto de la pasión estremeció mi alma inocente, la fiebre del deseo me abrasaba, por mis venas no corría sangre, solo fuego. La pasión aparecía, tocándome con su fina mano de terciopelo. Cuando iba a hablar para confesarme y comulgar, quedaba sin moverme, fija en la tierra. El sacerdote se acercó con la forma sagrada entre las manos, pero mi boca permanecía cerrada. Me era imposible abrirla, hasta que él me ordenaba abrir la boca y tocaba mis labios con el cuerpo del Señor; entonces, podía ha-

blar y comulgar. Él me entregó el cilicio para la boca. Una diadema pequeña con puntas que debía colocar bajo la lengua y no me dejaba cerrar la boca porque me hería más... ¿Ves? (abre la boca frente al actor).

Actor

(Sin mirarla, tomando notas en un cuaderno, desentendido)

A ver, figuras obscenas, no... para la boca... Bien, bien... A ver, déjame mirar... *(Se acerca, la inclina, toma su cara y le abre la boca, mira hacia adentro, la mujer cae).*

Beata Dos

¡Espacio! ¡Me haces daño! ¡Ahhhh! ¡Ahhhh! *(abriendo mucho la boca).* ¿Pero no puedes ser tan incrédulo, la huella está ahí?

Actor

Pero puede ser falsa, se han dado demasiados casos de beatas que vienen aquí y dicen que han dormido años en camas de palo o de piedra, cuando en realidad han descansado en lechos de agua, las muy pícaras... Pero tú, no creo que mientes. Se pueden ver las huellas, las palabras cortadas, el rabo del demonio enredado en tu lengua.

Beata Dos

¡Oh, no, todavía está allí!.... *(escupe varias veces).*

67

Actor

No, se ve solo la huella. Pero de haber estado, aquí lo estuvo, eso no lo dudes. Ahora estás revisada, puedes sentarte. Eso sí, antes deberás decirme qué hacían esas figuras de hombres y mujeres desnudas que aparecieron en tu visión.

Beata Dos

Nada, solo se montaban unos encima de los otros, como si cabalgaran. Después, caían al suelo y abrían los brazos, igual que si fueran a crucificarlos. Todo pasaba rápido, como en un cine.

Actor

(Interesado)

¿Pero es que las beatas también van a los cines? Yo creía que se quedaban solamente clavándole las estampitas con sus imágenes a los giles que venían a misa. ¿Para qué iban allá? ¿A ver si en las pantallas aparecía diosito Dios? ¿Las velas encendidas? ¡Falso! Es como imaginar la llama de una vela, pero cuando ya está apagada. ¡Esa es la idea que ustedes tienen de Dios, beatas locas! ¿Y tú? A ver si todo lo que tuviste te servirá de algo. Fuiste tan rica que hasta te compraste un dolor, un dolor de oro macizo,

dolor... Orodolor...

Beata Uno

No te burles, juez. Tú sólo tienes que juzgarnos. Eres el enviado, un policía, un sirviente, no eres él. ¡Mira cómo la dejas! La pobre, con tantos caliches en la boca, ni siquiera puede hablar.

(Adentro sigue rasgando, es un sonido áspero, como de un papel de estraza. Rasga, rasga; ése es el sonido que viene del fondo)

Actor

¡Cálmate beatita! Te falta el grano en la nariz, el diente suelto: los mechones, el chal negro en punto de cruz. ¡A nadie engañas con esa bata ensangrentada, puede ser falsa, sangre menstrual! ¡Bah!

Beata Dos

¡Cárcamo! ¡Escucha!

Actor

¿Cárcamo? ¿Dijiste Cárcamo? ¿Carcajeó? ¿Quién te dijo ese nombre? Dios no me dio nunca ese nombre.

(Los sonidos del rasgar aumentan, casi se vuelven insoportables; las luces en escena parpadean. Pueden haber tonos rojizos, como un incendio. Los tablones ruedan, el mesón cae, con estrépito. Apagón largo; ellas están en el suelo, desarrapadas. Los tablones en desorden y Actor inclinado, en pose de perro, en el lugar donde está el mesón.)

¡Vamos, embánquense! *(Se levanta, enojado)*. ¡Vuelvan a sus lugares! Pronto llegaremos y cuando estemos frente a él, no habrá retorno. Ante Dios todo terminará. Hasta yo, que soy su enviado, terminaré; su voz, tú. *(Hablándole a Beata uno)* ¡Habla!

Beata Uno

¿Me acusas? Nadie pudo amarlo tanto como yo. Lo abandoné todo para irme tras él. *(Recordando pensativa mientras se sienta con las piernas abiertas sobre el tablón.)* Recuerdo... memoria mala...

Actor

¡Pruebas! Necesito pruebas, no palabras; huellas, señales, signos.

Beata Uno

¡Todo en la vida tiene señal de palabras! Hay palabras que no tienen voz, ¡pero son palabras! ¡Escúchalas! (*Hace un ademán*).

Actor

¡Te pido callar! ¡Vamos, pruebas al canto! ¿Qué tienes para mostrar?

Beata Uno

Yo puedo declarar algo mejor que lo que hallas en las manos o en la lengua. Tengo un dolor adentro. Un tatuaje en el centro de mi cuerpo. Un escorpión negro que no deja dormir, ni vivir. Pica todo el tiempo. Arde, ardiente, quema, quemante...

Actor

Aceptas tu pecado. Tu confesor debe haber descubierto que te consumías en la noche para sufrir más en el día. ¿Lo aceptas? ¡Huellas! Quiero huellas. Tu soñadora no te soñó. Te inventó porque estabas en la tierra. Sólo lo que es verdadero se inventa, no lo olvides. ¿Acaso crees creer? Pedí pruebas no soñadas. Lo oyen. Ni soñadas. Ninguna de las dos me ha convencido. Estoy cansado de yo mismo tener siempre que inventarlo todo, desde el día cuando murieron hasta el momento cuando se enfrentaron a él. Aunque no lo puedan creer, él es muy fácil de convencer, por eso me enviaron a mí para escucharlas, para no ser llamado engaño. Pero alguien debe pagar por todo esto, costear este viaje inútil de ustedes hasta acá... ¿Cuánto piensan que cuesta?

69

Beata Dos

¿Y qué voy a hacer yo con mis dolores, con mi lengua partida?

Beata Uno

Y yo con mis sargas, con mis amaneceres helados, mis uñas quebradas...

Actor

Y el burdel. ¿Qué voy a hacer con el burdel? Ni el monasterio me preocupa tanto como el burdel, eso molestaría más a Dios. Imagina, su casa como un burdel y ustedes adentro, pecando, simulando ser castas, santas... Parecería que Dios estuviera por debajo de ustedes, que él no sería nada si no existieran...

Beata Dos

Fue ella quien nos sacó de la tranquilidad de nuestros claustros, de la paz de nuestros sepulcros para empujarnos a ver la luz. ¡Que la condenen! ¡Que la esculquen!

Beata Uno

Sí y que devuelva el sueño completo... Y el dinero, claro...

Actor

Tranquilas, mis siervas ¿Acaso ya no quien servir de siervas a Dios?

(Apagón breve. Las dos mujeres siguen en los tablones, pero están acostadas de manera invertida: la cabeza en la parte baja y los pies, hacia arriba. Actor se halla de pie, con los brazos cruzados, pensativo, desafiante.)

Actor

Yo sé que ustedes siempre querrán estar aquí, pero eso es imposible. Deben partir. Antes, voy a darles gusto. Traeré a la soñadora esa y la condenaré. No tendrá forma de escapar de la fantasía. Nadie puede escapar. ¿Cómo podrá hacerlo si no existe? Sin ella, ustedes no existirían, ni sus llagas, ni sus heridas. ¡Tráiganla! *(Hablando hacia interiores)* ¡Vamos! ¡Que sea pronto! ¡Que venga!

(Se oyen ruidos de cadenas, las dos beatas se sobresaltan en sus tablones)

Voz en off

¡No! ¡No! ¡Por favor, no!
(Siguen escuchándose cadenas.)

Actor

¡Ya, está aquí! ¡Aquí! Cerca de ustedes. ¡Es su fin!



ILUSTRACIÓN: JOSÉ CRUZ

Acto Tercero

(Una celda de cárcel. Paredes sucias desoladas donde están escritos garabatos con leyendas obscenas, sin concluir. Una ventanilla simulada con barrotes. Cárcel. Hacia el fondo hay una estera, diarios viejos diseminados por todo el ambiente. Sobre una mesa pequeña, hojas blancas y una silla. Trista está de pie, viste un batón gris de presidiaria, descalza. Espanta insectos con un trapo sucio. Frente a ella está Actor (Zacarías) sentado en una silla, muy pálido y vestido de negro riguroso, descalzo. Extiende las manos, que se ven muy blancas, empolvadas. Manos de abremuertos.)

(Una voz desastrada repite desde el callejón de las ratas: “¡Humíllame a tus pies para recibir el rayo esplendoroso de tu amor. El hombre que ansío me amaré!” Se rompen botellas, las ratas huyen.)

Trista

(Dejando de moverse, se acerca a él)

Zacarías, te escribo desde este lugar... lejano como el mismo círculo del cielo. Te diré algunas cosas que no se las he dicho a nadie, ni a mi madre, ni a mis amigos, ni a Dios... *(Camina hacia la mesita, se inclina para escribir)*. Tú sabes lo que pasó... Tú, tú que causaste todos mis males... y aquí estoy. ¿Me entiendes? *(Se detiene muy cerca de Actor)*, sé que me entiendes, así mi letra sea mala, escriba sin comas ni puntos porque nunca me han enseñado, pero necesito saber qué pasó, por qué me trajeron aquí, arrastrándome. ¿Lo sabes? Me arrastraron y nadie me defendió, no había nadie allá... Sólo ese par de viejas y él que no eran nadie... A los carceleros no los vi, pero me pusieron cadenas. ¡Condenada!, dijo el juez de las causas de los santos y me mandó a esta celda, a este lugar inmundo, sin aire. *(En este momento, se agita y vuelve a apartarse de la mesita, camina por la escena abriendo los brazos)* ¡Aire! ¡Aire!.. Mal aire el que me dan, y todo por los sueños. Pero te contaré, querido, te diré por qué razón estar aquí no es justo... las novelas de los escritores donde ellos tienen su rincón... ¿Me estás entendiendo la letra, verdad?

¿Verdad? Lo siento, nunca fui buena en caligrafía, me temblaba la mano, me tiembla todavía... Pero cuéntame, primero, como estás tú allá en La Fronda... ¿Verdad que te has hecho Resucitador? ¿Te robas los órganos de los muertos y los vendes a buen precio, después te vas a los burdeles a acostarte sobre tu propia plata...? Porque con mujeres no estarás. Cuando uno paga por acostarse no se acuesta con mujeres sino con su dinero... Me dicen que todos los Resucitadores tienen las manos muy blancas a causa del formol, pero si tus manos siempre fueron blancas y nunca se robaron nada... Ni mis senos.. Ni mi cuerpo, nada... ¿Sabes? nunca te lo dije antes, pero tus manos

siempre me parecieron demasiado frías y arrugadas... Manos de muerto, como decía La Mina, o manos muertas, decían mis amigas... Aún lo recuerdo. Cuando me tocaste la cara la primera vez, eras muy niño. Parecía que me estaban pasando una lija, en vez de una caricia, pero lo soporté (*Se toca la cara, vuelve a sentarse y se inclina para seguir escribiendo. Entretanto, Actor comienza a mover la cabeza y los brazos, sin levantarse de la silla*). A veces pienso que estoy loca... ¿Qué hubiera sido de mí si no te hubiera conocido? Seguro estaría bien sin conocerte, sin extrañarte. Sí, no te asustes. No pienses que estoy loca... Aunque estoy bien loca desde que comencé con los sueños, esos que te conté en la otra carta. ¿La tienes o la tiraste a la basura? En ella te contaba muchas cosas... Que todos los días La Mina y yo leemos los diarios buscando algo, pero no encontramos nada... Ella dice que es por tu culpa... pero qué culpa puedes tener tú, si no hiciste nada, si hasta las flores de las macetas se marchitaban cuando pasabas por delante, sin mirarme allá en la quinta... Ah, me olvidaba lo de los sueños... Las dos beatas me acusaron de haber inventado mentiras, se lo dijeron al viejo ése del juez y el muy cabrón me mandó a traer a rastras y me dijo con su dedo... ¿o fue sin su dedo? que yo había mentado al soñar... Espera, sigo escribiendo (*Ahora el Actor mueve las piernas, se prepara a escuchar –leer en un papel invisible–, la idea es que ella escribe y él lee a la distancia*). No creas que tengo demasiado tiempo... No, no lo creas, ya me duele la mano y el pie. Tuve una amiga que no tenía brazos y escribía con el pie. La vi, no la soñé, pero, vamos, cuéntame todo... Ah, pero espera, antes debo levantarme; me duele la espalda. En esta cárcel piensan que yo soy como las beatas. Debo dormir en cama de piedra, sentarme en silla de piedra. “De piedra ha de ser la cama; de piedra, la cabecera” (*Canta*). Aguarda, ya vuelvo. (*Se pone de pie, da vueltas a la silla, simula que se va a quitar la bata pero la deja otra vez en su cuerpo*) ¡Ya! dijiste, yo creo que de tanto escribirte, me está cambiando la letra... Te cuento, el señor que me compraba los sueños ha desaparecido. Una vez que me trajeron presa, él se fue. Parece que no quería comprometerse... Pero, eso sí, dejó pagado un abogado para que me sacara de aquí y no sé dónde mismo anda. La Mina debe traerlo con la comida, porque aquí no dan de comer... Dicen que las presas no comen, pero, espera, no hay más presas. Soy la única culpable; así lo dictaminó el juez del suelo, no del cielo. ¡Vamos! En la próxima carta, debes contarme todo. Tú dijiste que te ibas de Resucitador, para ganar plata para nuestra boda. Te dije que no te preocuparas tanto, que me iba poner el mismo traje de mi primera comunión, que todavía me queda si le bajo el hilván. Iría sin zapatos, como las hindúes... Eso sí, con muchas flores en la cabeza. La Mina las recogería del cementerio. ¿Y tú? Con el mismo traje negro que le pusieron a tu padre cuando murió. Después se lo quitaron porque era como echarlo a perder si lo enterraban vestido así... Como ves, todo tiene solución, hasta eso. De modo que no debes pensar demasiado. Mejor reza para que salga pronto. De modo que no debes pensar demasiado. Mejor ruega que esté libre cuando vuelvas, pajarito de mar, mi pájaro de mar por tierra... Eso... eso.. eres... ¿Te gusta?... Me pregunto todo el tiempo, ¿por qué Dios tuvo que po-

nerte en mi camino, aceptar que me llevaras a pasear por el malecón? La torre del reloj público nos miraba con su gran ojo de cíclope, cuando pasábamos cerca.... Fue todo, y yo, arrebatada caí en tus redes... En el trasmallo, diría ahora. Así se llama esa red que lanzan en el mar para atrapar los peces, la red que atrapó el cuerpo de tu hijo Adolfo, ahogándolo en el mar. Tiene dos palos cruzados y lo deja al pescador como crucificado... Así (*Se levanta y va hacia el centro del escenario, adelanta los brazos y los eleva lentamente, simulando sostener un trasmallo*) Fíjate, se me está mojando la letra, es gótica ahora, con todos esos rabos del diablo y cuernos de fauno, no sé... Bueno, pero volviendo a los sueños, tuve uno que me gustaba mucho. Era el de esa mamá flaca que ponía huevos, no había polluelos en los cascarones, solo monedas de un centavo... ¿De dólar, estarás preguntando? No tanto; de sucres. Ese perfil metálico del mártir de Berruecos, tan devaluado ahora... Entonces, la madre esa que te digo, iba a las abacerías y se compraba toda la comida que necesitaba y hasta ropa fina. Cuando soñé el sueño, La Mina me dio un golpe en la cara porque le dije que si ella era una buena madre debería poner esos huevos. No, querido, no pienses que deliro, es que desde que estoy en esta celda todo el tiempo me la paso volada... Mejor cuéntame más de ti. En esa carta que me trajeron, no decías nada... Ah, a propósito, uno de esos jorobados que me cargan los muertos se propasó conmigo. Me llamó madrinita, te figuras, yo madrina de ese curco lleno de pelos por todas partes. Espera, no leas esto, o sí, mejor lee... sigue leyendo. Zacarías, en verdad lo que yo creo que nunca quisiste abrir fue mi tesoro. Te asustaban las perlas que podrías hallar adentro; perlas amargas, como almendras amargas... No, no sé en qué libro leí eso... Antes de seguir escribiendo, deja que seque estas manchas en el papel (*Se inclina en lo que está escribiendo, simula borrar*). Tampoco sé de dónde mismo salieron... Ah ya, son mis lágrimas. Pero no creas que lloro; es que me estoy lavando los ojos, debes creerlo, por ti no puedo llorar, no vales un llanto.

(*Actor se pone de pie, mueve mucho las manos al recibir un reflejo de luz que destaca más su blancura. Camina un poco al escenario, con movimientos imprecisos, como si estuviera en el agua*) Zacarías, Zacariano, como te gusta que te llamen, por eso del revolucionario mexicano, Emiliano, que un día me contaste, es de allá, de ese lugar donde vive el poeta desterrado. Quisiera que me dijeras en alguna carta qué esperas hacer cuando vuelvas. Acaso piensas que estaré con vida para recibirte. Mamá Mina dice que jamás vendrás, que te pasarás el resto de tu vida entre los muertos y las piernas de las mujeres; todo porque yo nunca te abrí las mías. Si lo hubiera hecho, igual pasarías de largo sin verme, y, lo que es peor, no hubieras descubierto mi tatuaje, ese que te oculté toda la vida debajo de mi falda. (*Hace un gesto de señalarse algo dentro del cuerpo. Actor ha vuelto a sentarse y cruza las piernas parsimoniosamente*). Por todo lo que te cuento, puedes saber que yo no temo vivir; temo que la vida se olvide de mí. ¿Tatuarse?... Tatuarse las almas. Sólo a mí se me pudo ocurrir. Si el alma de todos nosotros ya viene tatuada con los recuerdos. Los míos que son los tuyos, por ejemplo, o los tatuajes que una trae de la otra vida, cuando fue perra beata o puta como la Mina.

Cuando hablo de otras vidas, tengo miedo que me vuelva el sueño. Me asusta pensar que me podrán aumentar la condena y jamás saldré porque moriré de vieja, de qué entonces me servirá todo esto, dime. Sé que tal vez ya estás muy cansado, pero lo que voy a decirte, antes de despedirme, es que escaparé de aquí. Si el abogado no me saca y el juez ese del cielo no me libera, escaparé. Lo haré por la misma puerta y nadie me verá. Las mujeres podemos transformarnos, cuando en las mañanas nos asomamos al espejo y nos maquillamos para ser otras. Eso haré. Le pediré a La Mina que me traiga otra ropa y... ya verán. Lo que van encontrar aquí adentro será una huella de humo, como en el sueño que me trajo acá, como la vida de esas mujeres que no hicieron daño a nadie, solo a ellas mismas, con todos esos pinchazos, esas diademas de escorpiones, esos cilicios con clavos. *(Trista va hacia el camastro y se acuesta)* ¡Sueños, lárguense! ¡Apártense de mí! *(Gritando)* ¡Vamos, fuera, fuera! ¡Quiero dormir! ¡Dormir sin sueños! Eso es lo que quiero, que Zacarías venga y me vea dormir. *(Actor se acerca a ella, cruza los brazos, la escucha.)* ¡Zacarías, vela mis sueños, por favor!... ¡No dejes que vuelvan, atrápalos como tu hijo fue atrapado en el mar! ¡Anda suelta el trasmallo! *(Actor levanta los brazos sobre ella, mueve mucho las manos y el cuerpo se curva hacia atrás; hace fuerza)*. ¡No, a mí no, a los sueños! ¡Véndelos caros, muy caros mis sueños no tienen precio, son los tatuajes! *(Actor, despacio, se acuesta junto a ella, la cubre con su cuerpo. Trista lo abraza.)* Un sueño, un sueño contigo Zacarías, contigo *(Música suave ruido de olas, agua)*.



ILUSTRACION: FABIOLA MEZA

Acto Cuarto

(El mismo escenario del Acto Primero, pero ahora hay diarios desordenados sobre la mesa y el suelo. Los papeles cubren el servicio del desayuno y las dos mujeres lucen cansadas; se hallan una frente a otra. La Mina, sin lentes, hojea los diarios, Trista la mira, moviendo la cabeza hacia abajo arriba, a los lados, tratando de observar entre las hojas.

Trista

MamaMina, ¿y ahora qué te pasó a ti? No llevas lentes... ¿Qué, se te aclararon las lunas? ¿Dormiste con los ojos abiertos y se metió la luz por los ojos?

La Mina

¡Cállate! Hoy no estoy para nada. Si me dijeran que tu padre está sano, hasta me iría a meter en la cama con él.

Trista

(Sonriente)

¡A esperarlo en la cama, viejita! ¿Desnuda? ¡Todavía puedes! ¡Qué bueno! ¡Y con esos huesitos: trique traque, trique traque! ¡Qué gusto! ¡Besos de calaverita!... Clac clac...

La Mina

(Bajando el diario)

¡Ya empezaste! ¿Acaso no te cansas? Todos los días, todas las mañanas, lo mismo. Falta de todo: comida, ropa, hombres, y tú jode que te jode...

Trista

No es joder, mamá, es inventar. No crees que fue bueno inventarse esas viejas, soñarlas, decirles a todos que en las causas de Dios también se cometen injusticias, como en la vida. ¿Ves, ves?... Como en la muerte.

La Mina

A veces pienso que nunca hallaremos nada que cambie nuestras vidas y tú, solo te la pasas escribiéndole bobadas a Zacarías... Crees que no te escuchaba anoche cuando leías la última carta para él en voz alta... Presa... Condenada... Solo te faltaban los grilletes... Oye... ¿Y ése abogado tuyo que nunca apareció? Yo creo que no saca a los presos ni con la llave *(Enojándose)* ¡Y no vuelvas a meterme en tus locuras de loca! ¡Ni me nombres en tus cartas... ni en tus rezos...!

Trista

No, madre, no digas eso. Zacarías ya comenzará a mandarnos algo, aunque sea esos gusanos que saca de los cuerpos.

La Mina

El gusano de él te mandará. Ese sí te mandará para que nade en tu cueva reseca.

Trista

¡Mamá, mamaMina, pueden oírnos! ¿Qué pensarán? Una vez pensaron que podrían doblegarnos, te imaginas... La Mina y Trista doblegadas ¿Cómo lo irían a hacer? Espera, voy a cerrar. *(Se levanta, camina hacia un lado de la sala, sonido fuerte como si cerraran una ventana)* ¡Ahora sí, volvámonos locas, no locas de atar sino de desatar!

La Mina

Es que a veces estamos tan solas hija, yo creo que si no estuviéramos tan solas no importara tanto lo que nos falta. La soledad es peor que una barriga vacía. Hay tanta gente por ahí vacía, pero sin embargo tan llena. Bailan, aman, roban, matan. Tú cruza nomás por el malecón, y verás. Hasta tú, con tu tesoro, marcharías. Te lo juro; ahí nadie respeta nada...

Trista

Te creo, madre, te creo. Pero a ti también te pueden robar tu viejo tesoro. Esas perlas hechas pasas, esos pasos antiguos de baile... No, mejor no sigo, no quiero herirte...

La Mina

¿Más heridas? No creo, no creo que nada pueda herirme más, ni que vuelva a nacer, a reencaucharme, como dices tú...

Trista

Oye, no te dije que nos volviéramos locas: ¡Anda! ¡Enloquece! Es lo único que nos puede salvar.

La Mina

Anda, loca, sigamos buscando *(Lee el diario)* Se dan clases a domicilio de piano. ¿Que será esto? ¿Una casa en forma de piano? Me muero abrir la puerta y escuchar un acorde, cerrar las ventanas y oír otro, lo que se ve ahora... Sabes, ayer estuve pensando: si estuvieras casada con Teodoro, no estuviéramos así. Él era bueno, rico, algo mayor, pero a ti se te ocurrió...

Trista

(Interrumpiéndola)

¡No empieces otra vez con eso ahora! Ya te he dicho que yo elegí el amor... Venir aquí a decirme, en mi cara, que tendría de todo si me entregaba, si me vendía.

La Mina

(Burlona)

La miseria del amor querrás decir. Qué te costaba cerrar los ojos cuando él entrara y después... todo estaría bien: Mesa servida, tules y randas... ya habría tiempo para otros, Zacarías.

Trista

Me apenas, mamá *(Se sienta, busca la taza, bebe, recorre con el dedo una parte del diario que La Mina está leyendo; murmura)*. Ya verás, te sentirás orgullosa de mi victoria. Teodoro... ¡Espera! El domingo jugarán un clásico del astillero... siguen con eso, carrera loca de hombres tratando de alcanzar a patadas una pelota... No comprendo.

La Mina

(Sigue detrás del diario)

¿Y qué dijeron en el banco? No me digas que solo te pasaste chismeando con tus amigas y no fuiste al banco.

Trista

¡Fui, mamacita, fui! Me senté a esperar en la sala de esperar, hasta que salió un señor y me dijo lo de siempre: Estamos rojas, mamá, quemadas como si nos hubiéramos pasado todo el día bajo el sol.

La Mina

Ya sabía. No sé por qué mismo te lo pregunto... Hija, aquí dice que darán un curso para orar. *(Lee en alta voz)*: Talleres de oración, requisito saber el Padre nuestro, el credo y el Ave María, aspecto de virgen blanca... No, no pagan, pero dan desayuno y almuerzo todos los días. Está bueno, ¿no? Te lavarías la boca y la cabeza de tantas ideas raras que tienes. Catequistas se llaman, sirven a Dios.

Trista

Dios, siempre Dios. Por qué no lo dejan tranquilo allá arriba, o acá abajo, o esté donde esté... vaya.

La Mina

Es que él está en todas partes, en todo lugar. Hasta cuando una pareja se junta,

allá esta Dios.

Trista
(*Burlona*)

Debe ser muy incómodo hacer el amor con alguien mirando, o metido entre los dos cuerpos. O sea que, cada vez que tienes un cliente, él debe bajar para meterse entre los dos... Uff... debe estar muy cansado, ¿no?

La Mina
(*Bajando el diario*)

¡Ya basta! Comenzamos la mañana blasfemando, entonces nos va mal todo el día. Todo el santo día...

Trista

¿Ya lo ves?... Días santos... Semana santa... hora santa... Siempre santos... No podrían ser días diablo... semana diablo.... hora del diablo, nada más para variar.

La Mina

¡Te dije que ya basta! (*Se pone de pie, camina hacia el espejo, se mira en él*). Cuando una se levanta más tarde, parece que el tiempo le dejara más huellas. Recién amanece, y ya las horas te van latigueando. ¡Mira a ver! (*Se acerca a Trista y le muestra la cara*). Esta arrugada que está aquí (*se toca la frente*), es de cuando mi madre murió y esta otra (*señala otra parte de su rostro*) apareció cuando tu padre se fue a los quintos infiernos y regresó cojo. Si miras bien, hay una que salió cuando naciste chillando, y esta otra quebrada, cuando rechazaste a Teodoro, ¿lo ves? La cara es como un mapa de sufrimientos y errores... cuando una es feliz, tiene el rostro liso. ¿Has visto alguna reina con arrugas? Son viejas, pero la cara les parece nalga de niño.

Trista

Estoy pensando si sería posible algún día irnos lejos, donde toda la gente ahora se va: España, los Yonis... De cocineras, cuidando viejos enfermos, de niñeras; hasta la putas se van, pero se van... Deberían escribir un leyenda en el aeropuerto: *El que salga último, que cierre la puerta*. Hasta el presidente quiere irse, pero no puede... Los ministros ya se fueron, cargados; los curas, las beatas, los honorables diputados, o sea en disputa, o simplemente hijos de puta. ¡Cierra!

La Mina

¡Mujer! Qué boca es ésa. Después dices que nos oyen los vecinos, podrían demandarnos, ahora sí, condenarnos a las dos, a ti y a mí. Yo, con mis huesos, iré a la cárcel, al frío, a la muerte.

Trista

¡Abran! Mejor acéptalo, volvámonos locas como ya dije antes. Así estaremos mejor, viviremos más libres. Ve, madre ve, hoy no has encontrado nada ni siquiera una línea que diga que necesitan a nadie. Espera (*Señala uno de los diarios desordenados sobre la mesa*). Fábrica de telas requiere estampadoras si aquí está. ¿Que estás ciega? Anda busca los lentes... Iré, sí señor, iré, les voy a decir que sé estampar tatuajes, que tengo uno tatuado en el alma, un escorpión, pájaros malagüeros, gusanos, les encantará: Señorita Trista, está contratada. Firme.

La Mina

(*Leyendo el diario*)

Estampas de santos. ¿Acaso no sabes leer? El manto sagrado: San Jacinto, el de los espinos; San Sebastián, el de las fechas; San Jorge, el del dragón. Eso es...

Trista

(*Desalentada*)

¿También? Pero es que nunca nada, nadie... nunca, nada nunca (*se pone de pie y camina por el escenario, divagando. La calle se ha tornado sombría. Aparece sentada frente al espejo, maquillándose*). Madre, ¿tú sabes cuál es la corona de las mujeres pobres? Bueno, de las pobres mujeres solas como nosotras. ¿No lo sabes? ¿Dónde naciste, que no lo sabes? Es simple, tócate la cabeza y hallarás tu corona: ¡Los rulos, mujer, los rulos! Esa es la única corona que no se puede heredar, una corona sin reino que todas las noches, en la soledad de tu cuarto, te vas ciñendo. En eso hasta eres mejor que las reinas de verdad porque a ellas tienen un paje que se las quita para que sueñen con otro reino. Ah, son tan hermosas las historias de reinas (*sigue maquillándose como los ojos entornados*). ¿Recuerdas cuando en el colegio recité el cuento de la reina enamorada del bufón? A ver si la recuerdo, mientras tú terminas de buscar. Decía que en la corte vivía una reina soltera, un príncipe, un bufón y una bruja maligna. El príncipe era jorobado y feo, mientras que el bufón era hermoso y esbelto; todo a causa de un maleficio de la bruja malvada. La reina le había dado promesa de boda al príncipe, entonces, un día, lleno de celos, el bufón mató a la bruja con un golpe certero, y todo volvió a ser como antes. Fiel a su promesa, la reina desposó con el príncipe, volviéndolo rey, pero en secreto siguió amando al bufón. ¿Ves? Entonces es verdad eso de la suerte de los feos...

La Mina

Es verdad, pero ya no recuerdo de dónde sacaste eso, porque tu padre no lo pudo inventar; eso sí que no...

Trista

No creas. Alguna vez, él me contó que había caminado *lenguas* para llegar a ti. ¿Es verdad eso?

La Mina

Mentiras. Fui yo quien caminó. Tatué en la ruta todos mis pasos hasta llegar a él, que después nunca más pudo andar, así nomás, como lo oyes... Se hizo cojo de pura mala suerte, como si la suerte existiera. La suerte no existe; es el destino...

Trista

Lo he pensado, madre, pero ¿no será acaso que las dos estamos muertas? Mira: vivimos solas, apenas nos alimentamos, nos falta abrigo, todo. Tú y yo somos mejor que las beatas porque somos verdaderas sufridas... tatuadas... parecemos calzón de güisa; ése que te miran, te sacan, rasgan. Por eso, en el sueño, oía rasgados...

La Mina

(Se ha puesto de pie y va a sentarse frente al espejo.

Solamente contempla su rostro, se toca la cara, habla despacio.)

Solo maldigo la soledad. Se parece tanto a la muerte...

Trista

(Sobresaltada)

¡Madre, escucha esto: lavanderas, buena paga! Se necesita lavanderas para ropa blanca y para ropa negra. Extranjeros *(Interrumpiéndose)*. ¿Quiénes, las lavanderas o los dueños de la ropa? ¿Para qué querrán dos lavanderas? ¿Pensarán que las manos destiñen y manchan la tela? Es raro, ¿verdad, mamá? No te preocupes. A la vela, la veladora, como dicen los viejos. Pero, madre, no has probado bocado hoy, ni un sorbo del café que tanto te gusta...

La Mina

Nada. Qué podrá pasarme si todo ya me ha pasado. A ti debería preguntarte qué tienes, ahora que estás tan seria; ni loca te veo, parece que te volvió la razón.

Trista

Mi razón nunca se fue. Fui yo quien se fue y la dejó abandonada. Yo caminé por ahí, sin razón, entre la gente que deambula por el malecón, en el parque de los cien años, frente al Palacio de Justicia y el correo central. Sin razón, caminando como ese loco descamisado que escribe mensajes en el suelo con las hojas de peregrina. Se llama Ablador y perdió la razón por una mujer. Se quedó colgado de la nube, así mismo que quedé yo; pero no por amor, sino por odio al amor que me dejó sola contigo. Pero me salvaré, te lo puedo jurar. Buscaré la razón en la cabeza o en el corazón, no sé, y buscaré empleo a Zacarías para matarlo, a ti...

Trista

(Ha vuelto a sentarse a la mesa, visiblemente alterada.

Toma una de las hojas del diario, ríe.)

Escucha esto: recompensa por hallar marido perdido. Se dará buena gratificación por encontrar un marido que salió a comprar el diario y nunca más regresó. Absoluta reserva. ¡Te imaginas! ¿Y si el pobre hombre todavía no puede encontrar el diario, o se fue cansado de todo o tatuado? Pero ése es trabajo para detectives, no para nosotros, que también los perdimos: El tuyo se fue, y bajó a cojo y brujo. El mío ni siquiera alcanzó a ser marido. También se largó a buscar fortuna, abriendo el cuerpo de los muertos...

La Mina

Te quisiera preguntar algo. Cuando en tu sueño te apresaron, tú dices que te llevaron, arrastrándote, ¿verdad? Yo quisiera saber qué sentiste. ¿Te rebelaste? ¿Gritaste? ¿Quiénes te atraparon?

Trista

Eran ellos, madre. Vinieron a mi cuarto, donde soñaba, y me levantaron. Dijeron que alguien me había acusado de soñar mentiras y me ataron las manos. Fui encerrada como un perro, en esa cárcel que es mi cuarto de soñar sueños. Allí me desnudaron para buscar los tatuajes y fui condenada veinticuatro horas de prisión perpetua sin soñar sueños. ¿Lo crees?

La Mina

Lo creo. Ahora, más que nunca, lo creo. Lo creeré siempre, porque todo lo que vivimos es una pura pesadilla que las dos soñamos. Pronto, muy pronto, muy pronto terminará. Las cárceles y los burdeles, los monasterios, están llenos de historias extrañas, increíbles como la tuya, tengo que aceptarlo...

Trista

(De un salto se pone de pie. Vuelve a bailar sin música. Gira, gira.

De pronto, se detiene.)

Sí, increíble. *(Señalando los diarios)* Por aquí ofrecen un tratamiento para obtener abundante cabello, cejas, vellos; atraen, excitan. También, que se puede cambiar el color de los ojos: verdes, pardos, miel, ojos dulces, mirada dulce. Esto también es increíble, ¿no? Además, es increíble saber que la gente aquí se desprecia unos a otros, porque son incapaces de perdonarse los pecados cometidos.

La Mina

Tal vez. Pero ahora se puede todo. Aumentarse, quitarse, estirarse, todo. Si te cuidas bien, te aumenta la vida. Si sufres, te la puedes quitar. Si te enfermas, te curan.

Te estiran los años, ¿lo ves? Lo veo todo...

Trista

(Mirándola desde el centro de la calle/escenario)

Estás cansada, madre. Sigues sin probar bocado; no te irás a morir. Dicen que cuando la muerte está cerca, una pierde el apetito, el peso, da sueño, muchas ganas de dormir. ¿Sientes sueño, mamaMina? ¿Se te cierran los ojitos como si una mano de Dios te los cubriera?

La Mina

No, no. Ni sueño ni hambre. Solo trato de saber cómo iré a terminar todo eso...

Trista

¡Terminaré! ¿Acaso no seguiremos así toda la vida? Buscando. Recuerdo que la beata rica decía que ella jamás buscaba nada, que todo lo encontraba, hasta sus dolores. Después los volvía a perder, en las calles, las iglesias, las plazas, la ciudad perdida como si fuera un objeto. ¿Lo ves? Y la otra mujer, pobre, debía conformarse con lo que perdía... Zaguanes, portales, cantinas, burdeles...

La Mina

Lejura. ¿Te gusta esa palabra? Lejura, la leí, la encontré hoy mismo, hace un momento, mientras hojeabas los diarios. Pero, entérate, nunca encontramos nada porque estos son diarios viejos, siempre hemos vuelto sobre los mismos avisos. Lejuras, no hemos cambiado porque el tiempo está lejos, se quedó muerto en las páginas de esos diarios que hemos leído durante tantos años...

Trista

(Levantándose)

¡Te equivocas, mamá! Hoy, por fin encontré algo, después de todo este tiempo de buscar. Zacarías se alegrará y tu marido también, aunque allá en la quinta debe estar bailando una rumba y no podrán saberlo. Aguarda, te lo mostraré *(Busca afanosamente entre los diarios, los deja caer, los desordena más)*. ¿Dónde está? ¿Dónde lo puse? Por Dios, aparece. Nos queda muy poco tiempo; suenan las campanas.

La Mina

¿Pero qué cosa es, hija?

Trista

Ya verás, ya verás. Eah, aquí está *(Levanta el diario, lo abraza, lo besa. La Mina está de pie frente a ella, desespera)*. Escucha bien, madre. Se necesitan dos mujeres

solas, con experiencia en soledades. De preferencia, algo enloquecidas y pobres. Deberán pasar pruebas y sufrimientos, ayunar, llorar, rezar. Una será la madre y la otra será la hija, trajes sangrantes. Excelente sueldo. Lugar de trabajo: la ciudad... Presentarse hoy mismo.

La Mina

(Animadísima)

¡Lo ves! ¡Al fin podré dejar las esquinas! ¡Te lo dije! Eso está hecho para nosotras. Somos precisamente así. Nadie, nadie nos puede quitar ese empleo. ¡Es nuestro! ¡Es tuyo! ¡Es mío! *(Trista ha traído los trajes que llevaban beata Uno y Beata Dos. Los sacude, desempolvándolos, los acaricia, los levanta a la luz.)*

La Mina

¡Este es el tuyo! ¡No, éste! *(Se lo coloca en el pecho, camina balanceándose)*

Trista

¡Ya salgamos! ¡A escena!

La Mina

¡Aguarda, debemos vestirnos!

Trista

¡Sí, sí! *(Se pone el traje, va hacia el espejo y se arregla, desgredándose el cabello. La Mina ya se ha vestido, se vuelve...)*

La Mina

¡Estás divina, Trista! ¿Y yo?

Trista

¡Sufrida, sufridísima! ¡No puedes estar mejor!

La Mina

¡Salgamos! ¡Cierra la puerta!

(Ruido fuerte de una puerta cerrándose con violencia, pasos en la calle, otra vez el sonido de rasgar, voces de ellas alejándose, discutiendo. Música suave. Apagón.)



ENT
REV
ISTA



CUESTIONARIO

Proust-Pivot

RESPONDE

Raúl Vallejo

El novelista francés Marcel Proust (1871-1922), autor de la monumental saga *En busca del tiempo perdido*, respondió con apenas trece años a un juego de preguntas y respuestas titulado *Confesiones*. Un álbum para documentar pensamientos, sentimientos, etc. Las interrogantes estaban hechas en inglés, pero el escritor respondió en francés.

El cuestionario, como parte de un popular juego de salón, le fue dado a Proust por su amiga Antoinette Faure, hija del presidente de Francia, Félix Faure. Años después, entre 1891 y 1892, un veinteañero Proust respondió en francés a un juego titulado *Las confidencias de salón*. Esta segunda versión traducía algunas preguntas de la versión inglesa e incorporaba otras. El manuscrito original, que se llegó a conocer como *Proust* por sí mismo, fue subastado en 2003.

Las preguntas proustianas siempre fueron recordadas como la versión victoriana de los tests de personalidad actuales, y fueron usadas por el conductor televisivo Bernard Pivot entre 1975 y 1990, en su programa *Apostrophes*, por el cual pasaron Mitterrand, Polanski, Bordieu, Eco, Yourcenar, Nabokov, Kundera, y otros tantos. En 1993 la revista *Vanity Fair* lo usó con mucho éxito, llegando inclusive a publicar una antología con las respuestas de las celebridades escogidas.

Una variación del cuestionario de Pivot ha sido reciclado por James Lipton desde 1994 en su programa de entrevistas *Inside the Actors Studios*, aunque eliminó las preguntas 40 y 41 por considerarlas inapropiadas para la sociedad norteamericana.

Pixeltras ha retomado el cuestionario original Proust y, a partir de la pregunta 31, inserta las utilizadas por Pivot y Lipton.

01. ¿Principal rasgo de su carácter?

Paciencia de orfebre de taller de la Colonia, y perseverancia de cantante de karaoke para lograr afinación.

02. ¿Qué cualidad aprecia más en un hombre?

La sencillez y la transparencia de una gota de agua.

03. ¿Y en una mujer?

La lucidez y la fuerza moral de Rosa Luxemburgo.

04. ¿Qué espera de sus amigos?

Que sean solidarios de manera cotidiana, que tengan inteligencia sin arrogancia, que me señalen mis errores, y que disfruten la vida con humor.

05. ¿Su principal defecto?

Existen rencores que permanecen, por mucho tiempo, latentes en mí.

06. ¿Su ocupación favorita?

La docencia de literatura.

07. ¿Su ideal de felicidad?

Ser escritor a tiempo completo.

08. ¿Cuál sería su mayor desgracia?

Quedarme ciego de espíritu frente a mis mezquindades, sordo frente a la palabra del prójimo, y ser incapaz de darme cuenta de mis errores.

09. ¿Qué le gustaría ser?

Cantante de boleros y tangos que dé con-

ciertos en bares, desde La Habana hasta ese último puerto del Caribe que es Guayaquil.

10. ¿En qué país desearía vivir?

En España, en uno de los pueblos blancos, cerca de Sevilla.

11. ¿Su color favorito?

El del cielo cuando el sol se hunde en el mar, frente a la playa de Olón.

12. La flor que más le gusta?

La orquídea blanca.

13. ¿El pájaro que prefiere?

El blackbird de la canción de The Beatles.

14. ¿Sus autores favoritos en prosa?

Cervantes de *El Quijote*; Mary Shelley, de *Frankenstein*; Joaquín Gallegos Lara de *Las cruces sobre el agua*; García Márquez, de *Cien años de soledad*; Margaret Atwood, de *Se El cuento de la criada...* ¡y esto recién comienza!

15. ¿Sus poetas?

José Martí, Juan Ramón Jiménez, Gabriela Mistral, Alejandra Pizarnik, Ileana Espinel, Jorge Enrique Adoum... y otros más que caben en un soneto con estrambote.

16. ¿Un héroe de ficción?

Don Quijote, en todo momento.

17. ¿Una heroína?

Úrsula Iguarán, sobre todo cuando, ya ciega, pasa revista al espíritu de los Buendía.

18. ¿Su compositor favorito?

Pergolèse en su *Stabat Mater*; Beethoven en el coral de la Novena Sinfonía; Stravinsky en *La consagración de la primavera*.

19. ¿Su pintor preferido?

Frida Kahlo para mis sueños y pesadillas; Guayasamín, en tiempos de ira y ternura; y Jorge Velarde para mis silencios de solitario.

20. ¿Su héroe de la vida real?

Manuela Sáenz: por ilustrada, por su espíritu libre y por patriota.

21. ¿Su nombre favorito?

De mujer, Daniela; de hombre, Sebastián, como se llaman mis hijos.

22. ¿Qué hábito ajeno no soporta?

No soporto que la gente hable en voz alta por el móvil en lugares públicos.

23. ¿Qué es lo que más detesta?

La falta de consecuencia en materia de principios, el fanatismo religioso, y el abuso del poder.

24. ¿Una figura histórica que le ponga mal cuerpo?

Tomás de Torquemada, por el dolor que causó al ser humano en nombre de Dios.

25. ¿Un hecho de armas que admire?

La defensa de Playa Girón, en abril de 1961, en Cuba, que derrotó la invasión organizada por la CIA y grupos de anticastristas y mercenarios.

26. ¿Qué don de la naturaleza desearía poseer?

Oído de músico.

27. ¿Cómo le gustaría morir?

Lúcido, sin miedo y sin causar molestias.

28. ¿Cuál es el estado más típico de su ánimo?

En paz con la vida y en lucha permanente contra los prejuicios.

29. ¿Qué defectos le inspiran más indulgencia?

La cobardía, la vanidad y la apatía.

30. ¿Tiene un lema?

“El diablo no es el príncipe de la materia, el diablo es la arrogancia del espíritu, la fe sin sonrisa, la verdad jamás tocada por la duda”. Lo dice Guillermo de Baskerville, en *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco.

31. ¿Cuál es su palabra favorita?

Tengo algunas: transeúnte, rayuela, perinola, pizarra, arcoíris...

32. ¿Cuál es la palabra que menos le gusta?

Varias: coyuntura, conversatorio, burócrata...

33. ¿Qué es lo que más le causa placer?

Escuchar música clásica reproducida, preferentemente, en discos de vinilo.

34. ¿Qué es lo que más le desagrada?

Los mensajes de odio de algunos tuiteros y también aquellos que contienen un lenguaje soez gratuito.

35. ¿Cuál es el sonido o ruido que más placer le produce?

El reventar de las olas.

36. ¿Cuál es el sonido o ruido que le aborrece escuchar?

La musiquilla del camión recogedor de basura del centro de Guayaquil.

37. ¿Cuál es su mala palabra favorita?

“La hideputa puta que os parió”. Lo dice el Quijote.

38. Aparte de tu profesión ¿qué otra profesión le hubiese gustado ejercer?

Médico de urgencias.

39. ¿Qué profesión nunca ejercería?

Corredor de la bolsa de valores.

40. ¿Su droga favorita?

El whisky single malt.

41. Si reencarnaras en planta o animal, ¿qué serías?

Un gran danés con el carácter de mi perro Aengus.

42. Si el Cielo existiera y se encontrara con Dios en la puerta, ¿qué le gustaría que Dios le dijera al llegar?

A pesar de tus faltas contra el prójimo, hiciste lo posible por vivir con amor.

CUE
NTIO

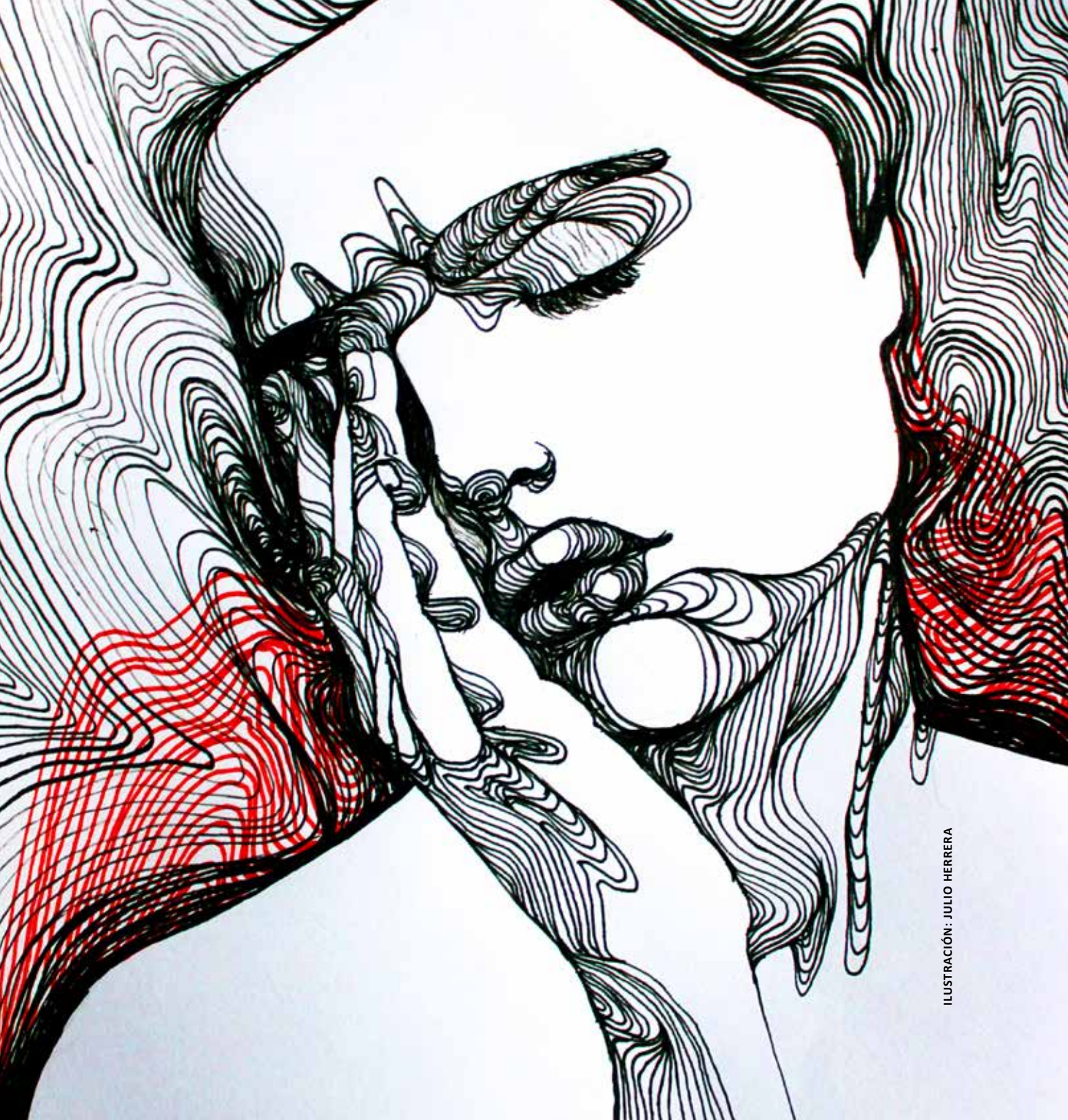


ILUSTRACIÓN: JULIO HERRERA

MUJERES A DOS TIEMPOS

Cuento

Fernando Naranjo

Me siento oficialmente loca pero sólo mi padre me defiende.

Esta aseveración, que lleva implícito que padezco de alguna suerte de castigo social, habla bien de mi padre que deplora en mi sufragio la desfachatez de cierta gente que asume como irrefutable mi chifladura... Pero, la verdad sea dicha, él es el culpable de mi drama.

A mis catorce años

Cuando te conectabas al internet, la computadora sonaba como fax (esa retahíla insoportable de chillidos desafinados...) y pasabas obligadamente por unos segundos de “nieve” que, según mi padre, era el “eco de radiación de fondo negro de la creación...” Poco tiempo después apareció un iluminado que sugirió que en esa nieve de tu PC podían anidarse mensajes de extraterrestres, ¡y que tú podrías detectarlos!

¿Quién se dio por aludido? Papá, desde luego.

Como las computadoras me eran indiferentes (mal síntoma 1),

a él naturalmente le pareció muy didáctico introducirme al mundo de los ordenadores mediante esa argucia que habrá considerado genial. Para mi desgracia hice contacto (mal síntoma 2), pero no con ET sino con una de mis remotas descendientes.

¡Quedé paralizada de espanto cuando aquello sucedió!

“Aquello” se anunció de este modo: la nieve del monitor se aclara, los gránulos se calman, se ordenan y decantan hasta que surge un rostro: el rostro afable y tristón de una rubia de cabello cortísimo; luego el rostro se desvanece y queda un texto... ¡Para mí!

Y cuando le conté de esto a mi mejor amiga (mal síntoma 3), la infeliz de Priscilla Suárez dejó de serlo (como una semana) porque fue con el chisme al resto de la clase que comenzó, ipso facto, a joderme la vida. ¿Y papá? Pues él me creyó a su modo... El problema es que no había modo de guardar esos mensajes de... ¡mi súper tataranieta!, que aparecían justo antes de que la máquina comenzara a correr sus rutinas; solo cuando llegaron los celulares con cámara fotográfica me pude salvar de ese tipo de escenario donde terminas creyendo que son los demás quienes tienen la razón.

La señal

Ese día menstruaba, figúrense qué puntería la de mi nieta.

El Contenido

Tengo muchas dudas; pero supongo que te escribo para entenderme. No soy una mujer sola, pero como si lo fuera. Soy oriunda de Evalith, una colonia populosa que rota grácil sobre Titán, y mi opción —hoy por hoy— es la de abandonar a todos mis amores; este es el siglo XXVI. Sé que provengo de ti... Me hicieron pruebas del ADN mitocondrial y rastreamos los genes hasta tus años en la vieja Tierra.”

Primeras reacciones

Llamé a Priscilla. Por esos días yo aseguraba que debía ser ella quien se mereciera un loco de padre como el mío.

—¿Priscilla, me escuchas? ¡Me dejás ya de joder con esos mensajes! ¿Sí? —Le pedí vía telefónica y con falsete de mujer decidida a todo.

—¿Pero, de qué hablás, piba? ¿Te dormiste “al calor de las masas”? —Cantó, argentinizada.

Vino a casa y, maldita la cosa: ¡el mensaje ya no estaba!

—“Sólo así yo te veré” —alegó musicalmente—: “a través de mi persiana americana”. Apagó el aparato, niña, y volvé a prenderlo.

La piba tuvo razón.

—¡Que estás reloca, niña! —dictaminó después de examinar una y otra vez el contenido—. O sos bipolar, o son cosas de tu viejo.

Más Mensajes

Concluí que mi súper nieta tenía extrañas limitaciones para sus envíos: el siguiente mensaje llegó al mes, en realidad 32 días después (mis reglas siempre fueron irregulares).

Acá —te cuento— no parimos como vosotras... Sé cómo se administra el crecimiento poblacional y todo ese asunto de las gestaciones planificadas en los laboratorios de “Concepta”, pero en realidad no sé cómo vine al mundo. De mi infancia sólo guardo memoria desde mis cinco años y de los paternos de la Comuna Makarenko, Toroide Gamma de Evalith”.

—¿Y por qué tiene que hablar de su infancia? —me pregunté en voz alta—. Y allí mismo sucedió algo increíble: el texto de súper nieta se desplazó hacia abajo y apareció este otro:

Me documenté de los métodos que usan en tu tiempo para entender los mecanismos de conducta derivados de la represión consciente de impulsos... Desde la infancia... Supuse que os haríais una visión más adecuada de cómo somos si te enterabas de cómo era nuestra niñez.

—Si toda esta payasada —Priscilla dijo “pashasada”— resulta ser cierta, me alegra que en el futuro aún se hable en cristiano... y castizo.

—¿Has oído de alguien a quien le suceda algo como esto? —le pregunté.

—Para nada, piba. ¿Hablaste con tu padre?

—¡Cree que fantaseo! “¡Al fin, una escritora en la familia! ¡Y de SciFi!”, dijo hecho el chistoso.

—¡Ja! ¡Este es otro caso más para “La Araña”! —opinó Priscilla, cuyas evocaciones de la Pequeña Lulú eran tan copiosas como las de Cerati—. Bueno, pelada, “hoy las páginas se mezclan y es curioso estar aquí”; no puedo menos que admitir que esto es lindo pero que está raro.

¡Mi súper nieta no volvió a asomar sino un año después!

Ya casi habíamos olvidado el asunto y había perdido la cuenta de cuántas menstruaciones mediaban entre el presente y su último mensaje. Personalmente, yo creía que todo era verdad, lo disimulaba, no lo comentaba, pero también me negaba a cambiar de computadora. Priscilla se encargó de trasladar todos mis cachivaches virtuales a la nueva ordenadora que papá me impuso como de uso cotidiano. La “viejita” quedó, en exclusiva, para las misivas de Súper nieta... que estaba pasando por una crisis amorosa: ¡con qué denuedo se esforzaba por querer a un solo hombre! El suyo era un rostro inmerso en la duda, que era lo último en desvanecerse antes de que surgieran los textos.

El hombre ese

No sé cómo desactivar el silencio ni cómo volverlo a mí.

Hace poco tuve que salir de la residencia de la Gobernación Metropolitana,

donde viví tres años con Bergman y otra gente; así que ahora vivo con ÉL, que ha permitido que traiga mis cosas a su casa, ha consentido que haga un lugar en su lugar, me autorizó que reordene los espacios, que administre (que invada) segmentos de su tiempo y que disponga de sus créditos a discreción. Cuando no está y cuando no estoy de guardia en la Escuela Náutica, discorro por su casa tocándolo todo, jugando a estar ciega, impregnándome de ÉL y de sus cosas... Pero no da resultado: nada cambia. Hasta he probado con un sensor de feromonas para saber cuándo está sexualmente dispuesto, y ahora hasta percibo sus secreciones más íntimas en su ropa (y me encanta pensar —te cuento— cómo va a lucir, aunque dudo en dar ese paso, para mí crucial, de escoger su atuendo). Y, entonces, ahora que hay nuevos sudores en mi olfato, he comenzado a lavar su ropa. Sé que le ofende, pero no lo hago por servilismo. Aunque me pregunto si no será una táctica urdida solo por mis afanes y que abandonaré en un mes, por ejemplo, y todo para serle necesaria. Lo cierto es que no quiere saber de mí, aunque haya aprendido a cocer verduras, o a freír el maíz que traigo desde las granjas del anillo externo.

—¡Ah! —chilló Priscilla, simulando un brutal atragantamiento—. ¿Qué se creen? ¡La una servil y el otro bien servido! ¡ÉL, ÉL, ÉL! ¡Qué manera de permanecer inmutables los machos de esta especie, por Dios! ¡Allí hay un claro ejemplo de sojuzgamiento social por parte de una falócrata insoportable! ¡Ay, Dios! ¡Yo no resistiría un futuro así! ¿Y qué va a decir ÉL, (con mayúsculas)? ¡Pero —rezongó malhumorada—, cómo tarda tu pariente en responder!

—¿Por qué las granjas deben estar en el anillo externo? —pregunté, por mi parte, pugnando por saber cómo vivía... si realmente vivía...

Priscilla no se dejó arredrar por mi pregunta ni por el giro que le conferí a la curiosidad.

—Esto es como ir de coles a nabos, ¿no? No importa, pelada. Como decía el poeta: Sé bucear en silencio. —Se tomó el mentón un buen rato y luego soltó—: Hay mayor gravedad... Hay más superficie de cultivo... Pueden controlar mejor el crecimiento de los vegetales con gravedad inducida.

—¿Y no habrá hidropónicos, o esos sistemas de goteo de fabricación israelí que anuncian por las revistas?

—Tal vez prefieran —dijo convencida— caminar por una granja, espantar pollitos, pescar chames en una poza, despertar con el canto del gallo...

—¿Hablas en serio? —le pregunté casi indignada de su lógica montubia—. ¿Por qué nos escribe?

—Ubícate, pelada: los mensajes llegan a tu buzón...

—Pero cómo me ubica y, bueno, suponiendo que aquello no fuese un problema, ¿qué gana?

—Entenderse. Eso dijo desde el comienzo, ¿no? Nada más que eso, que, dadas sus circunstancias, me parece bastante.

Mis 18

Nuestro tema de conversación favorito: los chicos.

—¡Cómo! —reclamó Priscilla, divertida—. ¿No has abandonado a todos tus amores?

—¿Como Súpernieta?

—¿Te has puesto a pensar que tal vez no seas tú la destinataria de sus mensajes?

Nunca nos ha dicho cómo se llama.

—No se lo hemos preguntado...

—¿Y crees en todo eso del ADN mitocondrial?

—Para nada, pero suena formidable.

—¿Y si fuera una broma de tu padre?

—¿Qué dijo La Araña, al respecto?

Priscilla se rió a carcajadas.

—Ha pasado tanto tiempo...

—Lo vigilo —le confesé—. La última vez que recibimos un mensaje estuvo celebrando su cumpleaños por una semana... ¿Cómo iba a hilvanar toda esa historia de la colonia de Titán con sus toroides especializados, de un día para otro, y así de borracho?

—¡Y si se trata de una historia escrita de antemano? —preguntó Priscilla, cautamente—. Una historia que te la van pasando de a poco. ¿Te das cuenta de que la secuencia de hechos es cotidiana, pero los recibes de mes en mes?

No me gustaba esa posibilidad, pero la había considerado. Mi objetividad cedía y anhelaba que todo fuera cierto. Le apreté la mano con afecto porque ella dudaba de todos, sistemáticamente, menos de mí.

De pronto hablábamos otra vez de hombres. Yo le comentaba de lo atrevido que era Javier... De lo mucho que me agradaba. Ella se puso circunspecta.

—¿Vas a contarle lo de Súpernieta? ¿Se lo vas a decir antes o después de un beso, o de algo más? ¡No, no! Escucha: te conozco, vos sos patética, le vas a decir que, a una amiga, que podría ser yo (“sho”), le sucede esto y lo otro, que qué opina...

—¡Qué te pasa! —le reclamé—. ¿No haces lo mismo con tu Fabiancito?

—¿Qué hago?

—Tú me contaste, “quiere ser el descubridor de todos tus misterios.”

—¡Los hombres son hombres! —dijo desalentada—. No hay forma de mejorarlos. De súbito, una luminosidad extraña del monitor de “la viejita” nos distrajo...

—¿Menstrúas? —preguntó Priscilla. Yo asentí, conteniendo la respiración.

—¡Es ella, Priscilla!

Simplemente sucede que tengo más tiempo y que encuentro más placer en dar que el que hallo en recibir. Lo ideal sería que renunciara al cuerpo, como decía el maestro Akira Govinda, allá en Ganimedes, pero aún no estoy lista. Y ha sido penoso: no es fácil renunciar a los encuentros casuales, a seducir a esos chicos guapos que de manera tan atolondrada te dejan en cueros, o echarse una buena corrida en el interior

de una burbuja; pero si he optado porque ÉL sea el escogido, el elegido, mi ungido particular, el objeto de todo mi amor, simplemente debo ser paciente.

Hicimos un grave y prolongado silencio.

—¡Esa mujer habla como vulgar cristiana! —concluyó Priscilla con desdén.

—¿Y qué con eso? Aunque la verdad es que jamás imaginé que “el futuro” nos aguardara con iglesias y santos.

—¿Seguís atea? Como tu padre, ¿verdad?

—¡Priscilla, si te oyeras!

Un mes después Súper nieta volvió. Su cabello había crecido mucho. Llamé a Priscilla que vino, a toda carrera.

Ayer sus amigos zarparon hacia el sistema Joviano. ÉL se quedó “transido de dolor”, así que fue a las torres de ataque. ÉL tiene acceso a esos lugares: no lo vi en el muelle donde, pensé, comenzaríamos compartiendo juntos nuestras primeras penas. Te comento: yo juzgo eso como de primera importancia: poseer juntos una mentira o un secreto o un dolor. Seguramente se estremeció de pena cuando las toberas de la “Solentiname” expulsaron su aullido de plasma. No he visto a nadie que odie tanto la soledad y que sea tan inepto para expulsarla de su vida. Pero ÉL jamás lo admitirá. Y ahora, ¿con quién va a disputar por mí? Ahora que se fue ese chico Sanpedro, ¿a quién aconsejará cómo tratar con las chicas?

Lo que me aterra es que cada día que pasa se endurece más. Es como si anduviera buscando heridas que lo curtan, que le sofoquen la sensibilidad o ese humor que yo creía perpetuo e imperecedero. Bergman (mi anterior hombre, como te comenté) cree que hoy por hoy Klaus sólo ríe cuando está ebrio; y eso me consta. Sólo entonces vuelve a surgir en él ese hombre que me poseyó de primera vez y que aún no me perdona que lo haya cambiado por quien después sería su mejor amigo.

—“Él”. ¿Se llama Klaus? —preguntó Priscilla, incrédula. Yo estaba, igualmente, fascinada.

—¡Ah, Priscilla, Priscilla!... ¡Mira lo que tenemos! ¡Pero qué sofocante ese Klaus!

—¡Normal! —intervino Priscilla con un falsete de enfado—. Pero es ella quien va a vencer, es una mujer de fe.

—Me refiero al nombre. Si no existe la familia, ¿qué provoca que alguien se llame Sanpedro, Klaus, Bergman? ¿O Akira Govinda?

—¿No crees que el camino de la santidad está plagado de tentaciones?

—Priscilla, “¡te hacen falta vitaminas!” —contraataqué—. ¡Qué santidad ni qué ocho cuartos, yo creo que es una calzón flojo!

Me causó extrañeza la nueva actitud de Priscilla. Lo cierto es que la broma — si era broma— llevaba demasiado tiempo activando nuestros pensamientos, nuestras simpatías, muchos rechazos, y usurpaba demasiada simbología de nuestra ideología cotidiana.

Para no abrumarla suscitó el asunto de cómo haría Súper nieta para enviar sus mensajes a través del tiempo.

—¡Deben ser taquiones! —dijo Priscilla sin pensarlo dos veces.
—¡No! Pero cómo... Yo me figuro que en una sociedad donde manejan taquiones como si se tratara de un microondas, sus hembras no se las van a pasar pensando en cómo hacer para que se las tiren. Además, debimos interceptar sus mensajes mucho antes, o con más frecuencia.
—Recién contamos con tecnología de recepción.
—¿High-tech, este adefesio de “la viejita”? —cuestioné, mostrando el teclado—. ¿Cómo convierto un taquíon en onda de radio o en fotón?
—Habla con la NASA.

De la muerte y de la vida

Seis meses después de aquel evento sucedió algo insólito y doloroso. Mamá murió... Y no había consuelo posible. De pronto, como un zarpazo brutal, sólo quedó la memoria de cuando vivió con nosotros Laura Antonieta Flores, la radical, como le decía papá. Al releer estas notas donde jamás ha sido nombrada ni aludida, tal vez invito a pensar que entre las dos no hubo diálogo ni contactos... Es todo lo contrario. Lo que sucede es que esta historia es la historia de mi nieta. Aquí no hay testimonios de mis paseos con mamá, de nuestras charlas, de nuestras risotadas, ni de mis otros hermanos... ¡De pronto se va para siempre, de la manera más infame y despiadada!

Y en medio del dolor de aquellos días emerge Súpernieta embutida en ese soliloquio cotidiano e intrascendente de sus amores, cojudos para una época tan exótica.

Pero, ¿será que ÉL realmente no puede entender que amaba al otro, pero que su semilla de ÉL simplemente tardó más de lo usual en germinar en mí? Eso lo descubrí exactamente igual como sucede en el libro del Génesis. Cierta ocasión deambulaba desnuda (hace años de eso), por el jardín del habitáculo que compartía con Bergman, cuando éste pasa del área social a la cocina con una confianza chocante, atrevida, que yo no tenía por qué consentir porque me abochornaba; pero entonces él me vio, sonrió con lujuria, se aproximó y me pellizcó la nalga y yo corrí, literalmente, a cubrirme.

—¿Qué te dio? —preguntó Bergman extrañado.

—Nada —le dije, sinceramente—, que estoy desnuda. ¡Vete!

Pues bien, quise replicar la misma experiencia en casa de Klaus para ver qué pasaba, y entonces desnudé a “su Chica” (oye Chica, ven acá Chica, ¿tienes un minuto, Chica?, así me trata) y la envié a rondar en cueros por los vericuetos de su hogar media hora antes de que él llegara para que “su Chica” se ambientara; pero cuando por fin llegó —sobrio—, me miró sin parpadear por unos cinco segundos, mientras yo me quedaba allí en suspenso, agitada, descolorida, con el tiempo entrecortado. Luego desapareció detrás de un armario de su habitación, uno que tiene una puerta con espejo que, al abatirla, se encargó de regresarme el color de la piel erizada y mi postura, algo ridícula y encogida. Traté de enderezarla: erguí los pechos, sumí el estómago, broté el culo;

pero, enseguida, la imagen se fue en medio de un giro veloz, mientras la puerta se cerraba detrás de una bata que volaba directo hacia mi cabeza.

—¡Está loca por Klaus, pero se da sus escapadas con Bergman! —dije fatigada por los dolores provocados por la ausencia de mamá, que impregnaban a todos y a toda la casa.

—Tú no ves más allá de las apariencias —sentenció Priscilla—. Mater et magistra.

—¿Hablas en latín, ahora? ¿Qué estás comiendo, Priscilla? Debo iniciar contigo una renovación ideológica inminente. ¿Te quedas a dormir esta noche?

Sí, se quedó, pero esa noche, otro mensaje terminó por descolocar a mi amiga:

El caso es que no lo vi triste. Viéndolo bien, jamás lo he visto triste. Me lo imagino triste, que es distinto (por mí, por lo “nuestro”, por sus amigos, por su ropa sucia, por sus frustradas aspiraciones políticas), pero debe tratarse de una de mis idealizaciones de ÉL: sentirlo débil y pobrecito para que me necesite, para consolarlo, para mimarlo. ¿No será que todo cuanto quiero es tener un hijo?

—¡El mundo nos necesita! —concluyó Priscilla angustiada. ¡A mí me asustó lo que le estaba sucediendo! Al filo de un trance: extendió sus manos, echó hacia tras su bella cabeza, entrecerró los párpados y rezó unas letanías por más de un minuto. Yo estaba absorta:

—Priscilla, ¿qué diablos haces? ¿Qué te pasa?

Luego se marchó, sin explicar ni decir palabra, a pesar de lo avanzada de la noche y, desde entonces, dejamos de vernos. No sabría decir qué nos pasó, lo cierto es que ambas encontramos toda suerte de razones y de excusas para apartarnos. Por esos días Cerati entró en coma. Me dolió como debió dolerle a Priscilla. Pero no la busqué. Sus citas, las mías, mi hombre de esos días, que el cine, las cenas... Hasta que otro mensaje, un año después, trajo de vuelta a Súpernieta con una hermosa melena llena de bucles adornada con florcitas primorosas.

La Novicia

Andaba muy oronda con lo de mi paciencia. La ejercía con tanto denuedo que casi era un sustituto del amor, hasta que me enteré ique se iba hacia los Asteroides Troyanos! Los astrónomos de la Escuela Náutica me informaron que la ventana entre Titán y los asteroides Troyanos se abriría como por 8 años y que eran inminentes las operaciones de contrabando entre la Nación de los Coros de Troya y nosotros. ¡Escaramuzas independentistas! ¿Te vas, amor mío? Me pregunté en silencio, para no pasar por el bochorno de su indiferencia. Pero ya en casa continuó simplemente mudo. Como siempre se metió en su cuarto, se dio un baño y puso al día su correspondencia. Pude sentir que se cabeceaba de sueño, cuando bostezó y cuando se metió en la cama. Entonces me desnudé aplicadamente y lo seguí. Sentí sus piernas peludas y entonces le dije, muy claramente.

—Llévame. Llévame a los Coros de Troya.

Y, como nunca, en muchos meses, su “Chica” sintió algo singular y definitivo, muy pero muy parecido a la dicha, ¡porque al fin le habló!

—¡Estás loca, Chica! —me dijo.

Y eso fue todo. ¡Pero era tanto! Detrás de esa frase guasa, de indulgente desprecio, escuché con toda claridad el resumen de lo que es un amor recuperado, su nueva semilla de ternura por mí. No cabía la menor duda: ¡era eso!

—¡Oraré por ella! —dijo Priscilla, que me había ido a visitar, a los tiempos.

—Nadie te lo impide —le dije afectuosamente—, pero, te cuento: YO, yo ni siquiera he parido al hijo o la hija que asegurará la estirpe y la emergencia de esta nieta en el futuro. Pensé que orarías por mí.

—Siempre lo hago —dijo Priscilla, radiante—. Dios no tiene tiempo, él lo abarca todo. ¿Por qué no ha de escuchar mis ruegos por las ovejas del futuro?

—¡Priscilla! —fue todo lo que se me ocurrió decir.

La siguiente ocasión que la vi, algunas semanas después, ya lucía el hábito de novicia.

—¡Oye, Priscilla! —la increpé—. Yo te he visto cómo eres por dentro y por fuera, te he visto hasta desnuda, eres tan hermosa, para Fabián y para todos esos muchachos que alborotas con tu lengua insolente... ¿Y vas a negarte a tener hijos?

—¿Te decepciono? —preguntó apenada—. Tranquila. Como nunca en la vida, estoy en paz conmigo. Disculpa que te haya abandonado todo este tiempo. Pero es que tú no eres precisamente un espíritu estimulante y motivador para la fe... ¿Ha escrito?

—Ayer... Sigue en la misma pendejada.

Debo reconocer que, al menos, Bergman era un hombre civilizado (él no habría soportado el saberme poseída por un hombre rudo y machista, que yo precisaba cierto refinamiento). Klaus, por el contrario, insistía en sus desconfianzas con miras de apocarme: “Y ahora que andas hecha la hacendosa y toda llena de piedades, ¿sabes qué? en los Troyanos te escogerán como fámula”. (Me espera a no dudarlo un lecho de abnegación, pero debo también advertirle que mi renovado voto de lealtad hacia él no sólo pasa por el amor que infunde, sino sobre todo por el temor reverente que me inspira el comparecer cada noche y cada despertar ante Aquel que todo lo ve). A Él las gracias le sean dadas.

¡Yo quedé estupefacta, muda! ¿Y Priscilla? ¡Priscilla aplaudió, Avanti en sus bodas con el Cordero!

Melina, de parto

Naturalmente volví a papá. Y le conté de los mensajes tal como él esperaba escucharlos: como si se tratara de un relato fantástico. Pero, eran tantos los vacíos que Súpernieta dejaba entrever en sus epístolas, que le pareció una historia interesante a la que habría que redondear y darle soporte.

—Es como armar el esqueleto de un pitecantropus sólo a partir de su mandíbula —opinó.

Los meses pasaron y fui a visitar a sor Priscilla, cuyos votos no la habían apartado de sus gracias musicales:

—¡Has vuelto, Melina! ¡Alza tus manos hacia Dios, que Él escuche tu voz... — dudó un instante, luego preguntó—: ¿Volvió?

—Para nada —le mentí—. ¿Qué crees?

—Que estás delgada y tetona... Que estás demacrada. ¡Melina! —dijo, llevándose las manos al rostro—. ¡Melina!, ¿qué has hecho?

—Digamos que estoy asegurando mi estirpe.

Mi amiga, tan bella, sonrió con su encantadora boca negada para siempre a todas las felaciones del Universo.

—¿Has pensado en su nombre y en bautizarlo? ¡Eres una loca!

No le dije quién era el padre, ni que, al embarazarme y dejar de menstruar, lo más seguro era que Súper nieta no volvería a comunicarse conmigo. Pero no fue así.

La noche que se lo conté a mi padre, aterrada pero decidida, ¡él, en cambio, se puso feliz!

—¡Eres fértil, Melina, eres fértil! —exclamó, como debió hacerlo el patriarca Abraham ante la preñez de su vieja Sara.

(Cuando una va dispuesta a que la manden a la mierda, a que le echen en cara los abusos a la confianza, que me salgan con esas expresiones de alegría es exactamente igual a como si me mandaran a la mierda, de verdad.)

Esa noche, pues, contra todo pronóstico Súper nieta volvió... para contar que estaba feliz. Y como esa dicha traía pinta de ser duradera... ¡adiós súper abuela!

Su felicidad inquieta:

Llena de emoción, tracé mis cálculos: Diez meses. Cinco de ida, cinco de vuelta. Añádale unos diez días entre carga y descarga, unos tres más para las tareas de frenado y estará de vuelta. Y yo me ganaré su amor y aprenderá que también puedo serle fiel nuevamente. El asunto es: ¿cuándo será su partida? Y es que no puede irse sin una sola frase hacia su “Chica”.

Hice acopio de todo el valor que me restaba. De cómo recibiera mis palabras dependía nuestro futuro. ¿Es que no lo comprende?, me preguntaba atormentada mientras me colaba en su lecho.

—¿Klaus? ¡Klaus, llévame! —murmuré cuando, de pronto, sentí un temblor, un gemido, un bramido, un meneo brutal, una mano de oso majándome las tetas, otra que me abría de piernas y ya estaba encima mío, jineteándome, como solo Dios manda.

No, no fue el fin. A pesar de que lo parecía.

Yo me las pasaba lidiando con mi barriga y con esa vida que crecía silenciosamente dentro de mí. Ese día decidí que papá debía saber el desenlace, como si se tratara de un cuento, y fui en su busca. ¡Ni saben lo que hallé: que papá no estaba en su estudio y que, detrás de su librero, al abrir la puerta y crearse un ligero vacío, cayó un gran pliego de

papel donde estaba el esquema de Evalith y sus toros concéntricos, y, garrapateadas al apuro, las genealogías de los personajes que mencionaba Súper nieta!...

La verdad es que lloré de pena, de pena por mí, de pena por esa nieta que nunca había existido y a quien amaba... Como pueden suponer, en eso entró papá y me abrazó con ternura...

¿Qué creen ustedes?

Papá me dijo:

—Debe ser la casa, o tal vez el sector, pero he recibido estos mensajes desde que eras una niña; así pues, cuando me hablaste de tu experiencia, preferí que creyeras que no era cierto y que yo lo había inventado todo. ¿Qué crees?

—Eso: que tú lo inventaste.

—Y si fuera cierto...

—Ya no te creo, papá. ¡Yo—no—te—creo!

Y salí de su estudio, muy deprimida y enojada. Tiré con violencia la puerta del dormitorio, apagué la luz y sólo quedó la rutilante pantalla de la compu vieja... Con un mensaje.

¿Puedes imaginar? Él es tan secreto y reservado, pero Klaus se ha comunicado por años con tu padre. Él se las arregló para que me hiciera esas pruebas de rastreo genético, que me llevaron a ti, y que estaban muy de moda cuando las mujeres de Evalith decidieron comenzar a parir... Por cierto, soy Melina Gertrudis Dumont, comuna Makarenko, de Evalith. Y va a ser varón. Ni creas que te voy a decir cómo lo llamarás.



ILUSTRACIÓN: DANIEL YÁNEZ

Funeral

María Leonor Baquerizo

Ayer enterré a mi marido. Lo hice picadillo y lo fui guardando por toda la casa. Tomé cada parte y la fui llevando por varios lados, para que no extrañara nada. Siempre fui muy considerada con él. Era medianamente alto y con el pelo muy lacio. Su pelo siempre fue un tema de conversación en las mesas de los tontos. A veces tomaba un tono castaño claro, pero había días en que se lo veía muy oscuro, casi negro.

Lo que más extrañaré serán sus manos. Afuera llovía muy fuerte. Dicen que es el peor aguacero que ha habido desde el 83; ese fue el año que llegó mi amiga de Alemania. El vuelo estaba confirmado para las 23h50. Dejé a mis mellizos con mi hermana y la empleada, y bajé al ritmo del pito del carro que no dejaba de chillar. Era él, solamente él pitaba de esa forma; este rompecabezas se ha estado armando hace más de veinte años.

Ayer llovía de igual forma. El olor a lluvia me gusta.

Primero, lo planifiqué con tres días de anticipación. No es que sea un genio, sino que lo he deseado mucho. La lluvia me gusta y me seduce, así fue cuando lo vi la primera vez, ya hace más de cuarenta años. Lo veía todos los días caminar frente al aula de canto. Las monjas tenían mucho cuidado. Las señoritas como nosotras no podíamos mirar por la ventana, y mucho menos si había algún joven por ahí, decía Sor Rosita, con su vocecita chillona. Sin embargo, oír la cantar era como la lluvia. Cuando lo hacía en la misa, detenía mi mente. Sólo estaba pendiente de su canto, su voz y sus gestos. Más de una vez, intenté, frente a un espejo, hacer lo mismo. Pero no era cuestión de

gesticular aparatosamente. Era voz, melodía y, tal vez, un poco o bastante de oído musical. Aun cuando canto me hacen callar, pero ya estoy vieja y todo me resbala.

Empecé a quedarme sentada frente a él cuando se quedaba dormido. Lo miraba mucho, miraba la posición de su pierna, y quise encontrarle alguna forma conocida, pero tan solo me pareció la de un viejo. Siempre me gustaron las matemáticas y sobre todo la geometría. Todo tenía una forma geométrica y exacta, y ni se diga del orden de las cosas. De esa manera viví mi vida, encontrando formas en las nubes, en el mar, en el horizonte lejano y aparentemente infinito. Como todos, yo también era parte de un show que debía continuar. Miraba su cara y acercaba mi mano, extraño amor el de los seres humanos. Pasé la yema de mis dedos muy suave por sus pestañas, como me gustaba eso. Primero pasaba los dedos y luego los labios muy lento; sentir ese roce me desquiciaba.

En fin, ayer enterré eso. Tuve mucho cuidado de que no se deformaran los ojos. Muchas veces los busqué con los míos. Muchas veces los pesqué muy lejos de mí. Ah, pero nunca como esa vez en la playa. Era el fin de la temporada, la noche era mía, el cielo aparatosamente iluminado, el ruido que hacía el mar, el trago perfecto y todo en aquella perfección que no existe. Éramos seis, dos parejas con hijos, todos los niños dormían en la casa de la tía Paquita, como la llamábamos, sin ser tía de nadie y la de todos; era el sitio perfecto para los niños.

De pronto algo cambió en el tono de su voz. Hablaba más alto y de vez en cuando miraba hacia la izquierda. En el espacio nuestro, con dos hamacas y los troncos cortados como asientos, retumbaba su voz. Busqué sus ojos, traté de seguir su mirada, su sonrisa bobalicona, observaba cómo a veces te vuelves payaso o tonto para llamar la atención. Realmente no entendí al principio, sino después de un buen rato, cuando al pararme me di cuenta de que, en una hamaca, que estaba unos cuatro metros más allá, estaba acostada una mujer, con un pantalón muy pequeño y que, al cruzar las piernas sobre la hamaca, dejaba escapar unos vellos púbicos.

No sé si era joven o vieja, ni fea o bonita. Yo sólo podía mirar los ojos de él. Lo observaba tanto que, por un momento, solo permaneció este hombre más grande, con una voz diferente y con otra cara que, para mí, era desconocida. Hubiese querido que una ola gigante apareciese y se lo llevara, con su voz, con sus ojos lejanos, con todo; no ocurrió, pero yo supe ese día que esa ola iba a llegar. Así que, enterré, con mucho cuidado, esos ojos.

Sus piernas, a pesar del porte, no me dieron mucho trabajo. No eran tan largas, pero estaban muy anchas y pesadas. Hace mucho que habían dejado de avanzar; se quedaron estancadas al igual que él. Me sirvo otro Campari. Me gusta mucho cómo me refresca ese amargo del Campari, ese es el trago que tomo cuando hace calor. Me preparo el primero con jugo de naranja recién exprimido, y tengo la precaución de dejar más jugo preparado. Disfruto mucho cuando bebo un trago. Me gusta el alcohol. Me gusta tanto como los chocolates. Termino el primero y siempre me tengo que tomar un

segundo y luego, un tercero. De ahí en adelante, depende de donde esté, de con quién esté y de lo que vaya a hacer al día siguiente. Esa es la única diferencia con el chocolate. Podría comerlo todo el día, toda la noche, saborearlo, sentirlo, dejar que se derrita en mi boca, tenerlo en mi cartera, para tomarlo cuando me provoque. Con el chocolate siempre permito que la sensación agradable que produce en mí continúe y continúe, qué placer. Es mi tercer Campari; hoy tomaré los que quiera.

Creo que he cumplido con todo lo que a él le hubiera gustado. Espero que me odie menos y esté muy cómodo. Por respeto he guardado, en un cajón bajo llave, toda su música preferida y sus películas, los afiches de su equipo y su jarro amarillo. Donaré su ropa a la iglesia y pintaré mi cuarto de morado. Hoy podaré el césped hasta gastarlo y pediré al jardinero que me siembre rosas, las más grandes, no importa lo grande de sus espinas. Cavaré junto al mango, sacaré una buena cantidad de tierra para depositar algo y luego lo dejaré como estaba. Nunca he tocado ese árbol.

Camino hacia mi máquina y busco una hoja nueva. Me deleito con el sonido ya casi perdido de la máquina manual, y empiezo a escribir mi sueño. Lo voy a contar como si fuera una historia. Hoy enterré mi grito callado y mis lágrimas invisibles.

Me miro al espejo opaco por el cambio, arreglo mi sonrisa y acomodo mis ojos. Afuera hablan, cantan, lloran; menos en la casa de la esquina, la que tiene el lazo negro. De ahí solamente salen lamentos y gritos. Están velando a un ser querido. Curiosa como siempre, entro por la puerta abierta, me acerco a la caja y me doy cuenta de que está vacía.

Ayer enterré a mi marido y me queda la duda si su caja estará vacía.



ILUSTRACIÓN: JULIO HERRERA

EL MUNDO, ESTARÁ AHÍ AFUERA

Solange Rodríguez

Las molestias severas aparecieron justamente el año en que iba a tomar la pensión por retiro. Que no se hiciera ilusiones porque en salud se le iría casi todo el dinero del finiquito de la escuela, le advirtieron los de la asociación de jubilados, pero ella siempre había sido un junco, una planta fuerte y flexible que gobernaba su cuerpo a voluntad, e imaginó que la gripe estacional que había pescado al inicio del semestre pronto se le pasaría.

La tos persistió con sutil intermitencia. Primero fueron sacudones en el pecho que interferían con sus clases, mientras planeaba representar, en vísperas de la fiesta cívica, una de las batallas más importantes de la independencia nacional. Durante los recesos conversaba con sus compañeros de trabajo sobre la idea que tenía con los muchachos de su curso de fabricar un gigantesco mapa a gran

escala para celebrar el aniversario patrio. Tendría una cordillera de engrudo plateado que representaría un vívido enfrentamiento bélico en las montañas: caballitos pintados del color de la nieve, soldados verdirrojos dramáticamente abaleados y pensaba que la tos que la interrumpía era de emoción por exhibir el trabajo tan inspirado de sus chicos. Era una sensación de alegría tan enorme que tomaba todo el aire que le quedaba dentro.

Cuando los alumnos sacaron la purpurina roja de los tarros y la espolvorearon sobre el foami refulgente donde se había esparcido la sangre de los padres de la nación, Barbarita preguntó, —regándola generosamente por toda la maqueta—, por qué la patria no tenía ninguna madre. Llegó el dolor de garganta, parecido a un rasguño en la mucosa faríngea que a los pocos días ardía como si se hubiera hecho un corte. Con cada trago de saliva iba maltratando su amígdala derecha hasta llenársele los ojos de lágrimas. Ella tan chacharera, paró de hablar y solo asentía con la cabeza para demostrar que casi siempre estaba de acuerdo con las ideas que tenían sus estudiantes, quienes querían añadir a su proyecto corceles despanzurrados, figuritas de pesebre, y muñequitos de Lego desmembrados que iban buscando sus cabezas entre los escombros.

La última semana antes de la feria escolar, ella perdió la voz. Maquetar se volvió aburrido porque debía colocar las instrucciones en la pizarra en lugar de hablarlas. Hubo insistentes peticiones de silencio y la pésima idea de una campanilla para pedir turnos de palabra que los chicos sacudían por molestar, a cada rato. Para ese entonces el proyecto había crecido y tomaba ya la mitad de las baldosas de su aula de primaria. Los niños, a su propio aire, habían pintado ríos enrojecidos con la sangre de próceres; elaboraron ciénagas profundas e inexploradas en la que se hundían incautos, pero también fabricaron jinetes vencedores que iban agitando sus sombreros mientras montaban dinosaurios, en un derroche de creatividad que la conmovió. Su última promoción había creado algo tan bello como un cuadro del Bosco.

La segunda noche en que no pudo dormir, con la garganta prendida en fuego, ya había agotado todos los remedios caseros que recordaba. Desde los jugos de jengibre hasta las cucharadas de rábanos con miel sugeridas por los colegas de oficio, que, como ella, ya hacía rato se habían acostumbrado a sufrir de faringitis crónica. Tomó el tiempo que transcurría entre los accesos violentos de tos seca que la hacían sacudir de pies a cabeza. Le daba uno cada diez minutos. Era una tos angustiante que le impedía coger sueño. Bebiendo manzanilla caliente e hipnotizándose con la estática de la televisión para poder adormecerse sin convulsiones, escuchó cuando alguien del cuarto conjunto le gritó: ¡Ve al hospital de una buena vez, maldita mujer!

Soñó que se cortaba los dedos de los pies con una tijera para terminar de decorar el proyecto de la escuela. Las hojas aceradas estaban apetitosas sobre la mesa, y ella se quitó las sandalias de lana raída con las que entraba al salón para dar sus siete horas de clase, y con velocidad, zas, zas, se cortó la punta de los dedos gordos que siempre le habían molestado porque eran gigantes en comparación con los demás. Dejó las falanges

parejas por primera vez en su vida. Intentó ocultar bajo el papel crepé esos muñoncitos pintados de cereza, pero una de las parvularias más jóvenes los vio y empezó a dar de gritos porque creyó que eran ratones y ella dijo bajito perdón, perdón, me muero de vergüenza, no sé qué me pasó por la cabeza cuando hice eso. Los niños miraban el reguero de sangre fresca con ojos desmesurados y todas las profesoras les dijeron que no teman, que solo se había derramado refresco y se afanaron en distraerlos con las guirnaldas de flores y los globos colorados que pendían del techo del salón arreglado de rojo y blanco. Las maestras corrieron y metieron a toda velocidad los muñoncitos en una funda de sánduches recuperada donde aún había migajas del almuerzo.

Salieron con ella montada en una silla rodante de escritorio rumbo al hospital donde no hacía más que deshacerse en disculpas porque ahora no sabía si eso que se hizo contaba como accidente y si lo iba a cubrir su seguro médico. El enfermero iba con ella, empujándola por salas sin rumbo por donde iban apareciendo gente con caras largas que esperaba el usual desenlace en un hospital del estado. Es aquí y no es aquí y todos esos relojes que jamás daban la hora exacta le decían que llevaba dando vueltas solo diez minutos, sosteniendo dos pedazos extraños de su propio cuerpo que ahora lucían renegridos. ¿Le irían a pegar esos dedos muertos a sus pies, como en las películas? Y volvió a pasar otra vez por donde las compañeras que murmuran a sus espaldas diciendo que por su culpa el departamento de español se iba perder el primer premio de los proyectos cívicos, y otra vez iban a ganarlo las profesoras de historia que tenían un mejor control de las clases.

Al día siguiente fue a ver al médico del instituto, llegó con una base oscura en la voz como si arrastrara cadenas pesadas. Era un hombre mulato y poderoso, con diminutos lunares de carne cerca de los ojos. Olía agradable, a una mezcla de desinfectante y de lavanda. Él le examinó la garganta con una espátula y una linterna minúscula. Le puso cara de mala pinta y le recomendó reposo. ¿Reposo doctor? replicó ella con las cuerdas vocales estrujadas, pero pasado mañana es el concurso de las maquetas y falta ultimar detalles, no están listas las banderitas de los balcones para el desfile del triunfo ni las insignias de los soldados; y la vio interrumpirse para toser completamente hueca. Una tos nerviosa, una tos que provenía, más que de los pulmones, del corazón.

No se preocupe tanto, profesora. Que se encarguen sus alumnos. Cuando usted se recupere de su enfermedad, el mundo todavía estará ahí afuera, sentenció. Descanse esta tarde, descanse mañana y vuelva el viernes cuando ya se haya organizado el concurso. Nada importante habrá cambiado. Entonces le contó la historia de Atlas, el titán que no se cansaba jamás de sostener los cielos. La criatura portentosa que desde el inicio de los tiempos cargaba la bóveda de las estrellas sobre sus hombros, sin mover ni un músculo de su espalda ni quejarse. El doctor, con su barba blanquecina y sus lunares castaños sobre la nariz, le sonreía con amabilidad y ella le replicaba tosiéndole incontenible en la cara porque no había metido ni un pañuelito facial en la cartera. Cuando Atlas se cansa de sostener el horizonte, se desplomará el mundo, pero aún falta

mucho para eso. En cambio, a usted le falta poco para dejarlo caer. Mejor descanse. ¿Pueden permanecer sus alumnos sin usted? No sé doctor, son terribles, Ay, Barbarita es cosa seria. Descárguese de un par de obligaciones y va a estar bien. Descanse, esa es la prescripción. Y se estrecharon las manos en señal de un acuerdo, dejando la suya con un leve olor almizclado que ella olfateó por bastante rato.

En cuanto llegó a casa y su perro protestó por el extraño tufillo del consultorio médico, empezó la fiebre. Era un sopor aguado que levantó su cuerpo por los aires y la dejó desmayada en el sofá junto a la puerta de entrada de su enano departamento. Aplastada por una compresión invisible como cuando en ciertos periodos del mes aún la invadía la nostalgia inexplicable por los amores pasados, cometió el error de hacer un inventario de los últimos años. Recordó o soñó que un novio de su juventud le había escrito una carta que había prometido replicar hacía meses, pero no lo hizo porque entonces le encomendaron el noveno de primaria con todos los conflictos que cargaban los chiquillos de una escuela pública con padres siempre en pie de guerra.

Era una carta triste donde él le decía que estaba empezando sufrir la depresión de su viudez y que para aplacarla iba a empezar a aprender a tocar con la guitarra los acordes suaves de esa cancioncita lastimosa de Alci Acosta de por qué se fue, por qué murió y ella lo recordaba en los momentos dulces de la juventud cantando en coro sobre la querida presencia del comandante argentino en Nicaragua, queriendo hacer juntos la revolución, pero terminaban haciendo todo lo que las parejas hacían juntas a puerta cerrada. Y la calentura le ponía húmeda la frente y le hacía perder la noción de donde estaba el arriba y el abajo.

Se despertaba babosa de fiebre, iba por agua a la cocina, arrastrando los pies y pensaba en sus alumnos construyendo llanuras de engrudo y mazapán sobre las que corrían corceles fantásticos y luego, mientras dormitaba, le pareció escuchar un estruendo y un correteo masivo que le hizo romper algunas de las tazas de la cocina. Pensó que eran cohetes celebrando la independendencia de la ciudad. Calculó que eran las ocho de la noche, pero aún el cielo lucía bastante claro y no alcanzó a ver ningún fuego de artificio. Tenía hambre, pero las flemas que le roncaban en pecho no le habrían permitido tomar ningún bocado. Tomó un libro grueso de la estantería y quiso tenerlo junto a ella, para mayor seguridad. Llamó al perro cariñoso para que durmiera en su pecho, pero él parecía más interesado en husmear lo que pasaba del otro lado de la ventana, que en reposar a su lado. Se puso de lado y sintió como si el universo estuviera aún más inclinado que antes, y con esa sensación extraña se quedó dormida, prometiéndose que contestaría la carta pendiente a la primera hora del día.

Cuando se despertó, luego de haber sentido que sobrevivía algo tan arduo como nadar de noche, era cierto que el mundo seguía ahí afuera, tal y como le había dicho el médico. Estaba fresco y silencioso. Como todas las mañanas abrió las cortinas y, sobre-cogida, vio la rebanada de horizonte pendiente que aún no se había desplomado sobre la tierra. Sostenía de milagro un buen coágulo de estrellas, como una pesada gota de

goma que se balancea, a punto de dejarse vencer por su densidad, hecha de engrudo o de silicón. El ambiente estaba lleno de una bruma harinosa que relucía con la luminosidad de un escenario nebuloso y seco. Recordó ese cuento corto que solía leerle a sus alumnos, ese del último hombre sobre la tierra que se lanza por una ventana y mientras cae, escucha, sin esperanza, sonar un teléfono.

Supo que ese no era el mundo que recordaba. Ya no tendría que pensar en terminar la carta para ese viejo amor para el que ya no hallaba palabras. Ni idear qué hacer con todo el tiempo libre que tenía por delante si tomaba la jubilación. Se colocó la mano en la garganta, con alivio comprobó que hablar le dolía un poco menos. Empezó a caminar y se incrustó en el horizonte cortado con estilete, que el perro iba husmeando con desconfianza. Le pareció ver a la distancia un cielo de purpurina que se desmoronaba en migajas; y entonces apresuró el paso cuando vio atravesar la calle a tres corceles rampantes hechos de papel crepé. Bien sabía ella que un curso escolar que se abandona mínimamente podría terminar involucrado en alguna desgracia.

The background of the cover is a vibrant space scene. On the right side, a large, curved portion of a planet is visible, showing a textured surface with various shades of brown, orange, and red, suggesting a rocky or volcanic terrain. In the center-left, a bright, glowing star or sun emits a strong light, creating a lens flare effect with radiating lines. The surrounding space is dark blue and black, filled with numerous small, distant stars of various colors.

SÍNDROME DECALISTO

Leonardo Wild

- I -

En el instante en que Ray Salvatore sintió que su traje se desinflaba, y comenzó a respirar el aire más caro del Sistema Solar, pensó que moriría. Si su garganta no se cerraba de inmediato, seguramente moriría de un ataque al corazón. El estrés había sido demasiado. Maldito sea el día que había accedido a venir a la Estación Calisto, tan cerca de Júpiter.

Demasiado cerca.

Pero ahora, cuatro horas después de haber entrado en la estación, su garganta todavía estaba intacta; por lo menos dejaba pasar aire, y su corazón aún latía.

Sin embargo, habían pasado cuatro horas, y todo lo que había visto eran los ojos llorosos de Cho Wung, y escuchar sus palabras de voz suave, tratando de calmarlo:

—Estás demasiado tenso para hablar, Ray. Vete a dormir, relájate. Tenemos tiempo.

Vete a dormir, ¿a dormir de verdad?

En su camarote, acostado de espaldas, había tratado de relajarse.

¿Tratado? Demonios, más bien se obligó a un estado que podría llamarse relajación... excepto que no pudo permanecer inactivo por mucho tiempo. Para nada. No había venido de la Tierra, en un viaje de nueve meses, para simplemente tumbarse en una litera, cerrar los ojos, y pensar en lo rápido que latía su corazón.

¿Sesenta latidos por minuto?

Más cerca de ochenta.

¡Al diablo con eso! Decidió no desesperar, con los ojos cerrados.

Por eso estaba allí, ahora, en la Sala de Ejercicios, esperando que ocurriera algo, sabiendo que sucedería, pero lanzando pelotas al aire como si tuviera todo el tiempo del mundo. Malabares, algunas personas lo llamaban.

Pensó, enojado, que tal vez ésta era la forma más ilusoria de parecer tranquilo. Si tu corazón no puede latir más lento, dale una razón para latir más rápido.

Trató de desviar sus pensamientos, mirando a su alrededor (para que sus malabares fuesen más difíciles). La Sala de Ejercicios era una estancia de paredes blancas y piso inclinado hacia arriba, parte del centro centrífugo. Giró sin cesar. Estudió su entorno, fingiendo interés; tratando de decirse a sí mismo que no estaba nervioso, que todo estaría bien, que no pasaría nada, pero sabiendo todo el tiempo que eso no era cierto.

Él estaba allí, en el centro centrífugo. El objetivo principal del centro era ofrecer a la estación una gravedad similar a la de la Tierra, como lo exigía el Reglamento de las Colonias del Estado Libre del Espacio. Después de la epidemia de la Fiebre de Roca, nadie quería lidiar con la exposición innecesaria a la microgravedad. Demasiados colonos habían mutado, irreversiblemente. Todo había ido bien... hasta ahora.

¡Maldición! ¿Que está mal? La Estación Calisto es el “entorno perfecto,” con todo lo que un ser humano necesita para sobrevivir en el espacio, pero...

Algo falta, pensó, y continuó haciendo malabarismos, tal como los había aprendido a hacer a bordo de su propio centro de pseudo-gravedad, en el Unicornio.

El Unicornio, el último navío de la flota del Estado Libre del Espacio —o la FSS, por sus siglas in inglés: Free State of Space—, había visto tres muertes durante su viaje de nueve meses hacia la órbita de Júpiter, en su viaje inaugural. Por lo tanto, no podía tratarse de algo que sucediera en la Estación Calisto, aunque todo parecía haber comenzado allí, en la estación, orbitando la luna de Júpiter. Todo había comenzado con la muerte de quince miembros de la tripulación, incluido su Comandante Wilson.

Ray se estremeció.

Hombres que entraron en coma, como el neuropsicólogo de la nave, Lambert, que se había convertido en un vegetal, dos días atrás. ¿Fue Lambert la siguiente víctima de lo que ya habían apodado El Sueño?

Nadie podía explicar El Sueño. Pero era obvio, y demasiado sangriento: el espacio estaba volviendo a maldecir a la humanidad.

Ray había sobrevivido a la Fiebre de las Rocas —apodada Febris Lapis—, porque no la había contraído (así de simple).

Pero esto... El Sueño... era diferente.

Llegaba sin previo aviso. ¡Bam! Uno se mataba o entraba en coma, para morir poco después, sacudido por la peor de las pesadillas.

Ray repasó todos los hechos conocidos sobre la Estación Calisto, nervioso y casi sin aliento, pero no logró encontrar respuesta.

En nueve meses de repasar los hechos, no había encontrado nada. Había esperado hacerlo tan pronto como llegara, pero... bueno, todo parecía impecable y brillante. La Estación Calisto estaba en buen estado de funcionamiento, excepto...

Excepto que no había visto a ninguno de la tripulación. Sólo a Cho Wung, su viejo amigo. ¿Habían muerto todos?

Sin tripulación, pensó, como si eso pudiera ser la clave del misterio.

Cho Wung nunca había dicho que todos habían muerto, ¿verdad? Entonces, ¿dónde estaban? ¿Todos se fueron? ¿Todos muertos? (¿Muertos, como la tripulación del comandante Wilson?)

—¿Qué estás haciendo?

Ray se dio la vuelta y miró hacia la entrada axial. Ahí estaba Cho, vestido con un kimono suelto, una mano presionada contra la puerta para evitar alejarse, sus ojos sesgados todavía hinchados, tales como Ray los había visto ayer, a su llegada.

Ray se arrodilló para recoger dos de las bolas de malabarismo que había dejado caer, y se las mostró a Cho.

—Malabares —dijo—. ¿Quieres que te muestre?

—¿Has descansado? —Cho Wung no mostró ninguna intención de bajar de su

percha en la ingravidez—. ¿Cuánto tiempo llevas despierto? ¿Por qué no me llamaste apenas despertaste?

¿Tensión en la voz de Cho?

Solo había una forma de averiguarlo.

Volvió a preparar las bolas, y comenzó a tirarlas al aire, una tras otra.

—Es interesante —dijo en voz alta, sin levantar la vista—. Hacer malabarismos con un Efecto Coriolis es muy, pero muy, interesante. Se siente como... hacer malabarismos en una playa, con una fuerte brisa. Una brisa que es más fuerte cuanto más se acercan las bolas a mis manos. Extraño, ¿no?

—Deberías haberme dicho que estabas despierto —dijo Cho—. Tenemos que hablar. Seriamente.

—Entonces habla, Cho. Soy todo oídos. No tenías prisa, ayer.

—Aquí no.

Ray agarró la última pelota antes de que cayera, se metió las tres en su holgado mono, y caminó hacia el ascensor. Se aferró a las agarraderas y, después de meter los pies en las correas, presionó el botón ARRIBA.

—Sabes, Cho —dijo, mientras el ascensor lo llevaba—. Creo que debería poner mis cartas sobre la mesa.

Llegó a donde estaba Cho y flotó muy cerca de él, dentro de la doble cámara de aire.

—¿Por qué no haces lo mismo? Quiero decir, no hay mucho tiempo para jugar, ¿verdad? Los dos sabemos por qué vine. ¿Dónde está tu tripulación? ¿A dónde se han ido todos?

Cho coincidió con su mirada.

Ray se vio obligado a mirar hacia otro lado. Trató de ignorar el mareo provocado por la lenta contra-rotación de la esclusa de aire, cuando llegó al nivel del sector no rotativo, de gravedad cero, de la estación.

Cho no dijo una palabra. Simplemente giró y se empujó para flotar tubo adentro.

Ray lo siguió, preguntándose qué habría hecho si Cho hubiera decidido, repentinamente, matarlo allí mismo.

Sacaría un cuchillo de su manga y me cortaría la garganta.

Era, a fin de cuentas, de ascendencia Samurai.

Pero Cho sólo le dirigió una mirada extraña y pesada, para ver si le seguía, y continuó empujándose por el pasillo tubular, bien iluminado.

¿Qué está pasando por la mente de Cho en este momento?

Ray le habría ofrecido a Dios unos años de su vida para enterarse.

Fueron hacia las recámaras privadas que Cho le había asignado. Una pequeña habitación que parecía grande. Paredes con esquinas redondeadas como el flujo de las olas, pero sin sombras. Dos camas, una encima de la otra, con sacos de dormir, cuyas cremalleras no sonaban cuando se usaban.

Ray se ató a la parte inferior de las dos camas. Apoyó los pies contra el mamparo pulido, y observó a Cho arrimarse contra la puerta, después de cerrarla con un toque de su dedo.

Ni un sonido, ni un silbido. Todo tan silencioso a bordo de la Estación Calisto. Al igual que el Unicornio, todo diseñado para hacer que el espacio fuera lo menos estresante posible. La epidemia de Fiebre de Roca, que comenzó en las comunidades mineras de los asteroides, les había enseñado mucho sobre las necesidades, y los límites, humanos. Cuerpo y alma. Mente y corazón.

Pero no lo suficiente, pensó Ray, no lo suficiente. De lo contrario, no estaría aquí yo. No me habrían pedido que viniera.

Ray y Cho se miraron, por más de un minuto, antes de que Cho hablara:

—Lo siento si te decepciono, pero tu llegada puede ser inútil, para ambos. Veo eso ahora. El Estado Libre del Espacio, en verdad, siente que tiene poder hoy en día, ¿no es así? Poder...

—El Estado Libre del Espacio quiere asegurarse de que el espacio sea apto para los seres humanos. Si crees que quince muertes no son razón suficiente para hablar con claridad, entonces no sé qué esperas de mí. Estoy echando dos años de mi vida por el tubo, simplemente porque tú querías que viniera. ¿No crees que quiero ir al grano de inmediato? ¿Qué le pasa a esta estación, Cho? Dímelo, sin rodeos.

—La estación cumple con todos los estándares para la habitabilidad humana, Ray. Dudo que haya una mejor estación en el Sistema Solar. Este es el puesto más avanzado que se haya construido. Tú lo sabes. Yo lo sé. Todos lo saben. Es más que adecuado para los seres humanos.

—Nunca he dado a entender que no lo sea. Solo quiero saber por qué...

Cho lo detuvo con un gesto.

—No es la estación espacial la que no es apta. Somos nosotros. —Hizo una pausa—. El espacio no es para nosotros. Eso es todo.

—Entonces, ¿por qué dijiste “Exposición a ambientes extremos” en tu informe? Si la Estación Espacial Calisto no es inadecuada... ¿qué es? ¿La locación? ¿La órbita alrededor de Calisto?

—El espacio —su mano dio una vuelta sobre su cabeza, el dedo índice extendido—. El espacio.

Se miraron el uno al otro, sin pestañear, hasta que, finalmente, Cho desvió sus ojos. Mirando hacia el mamparo, dijo:

—Estamos asustados, todos. Aquí está sucediendo algo realmente extraño, en Calisto.

¿En Calisto, la estación, o en Calisto, la luna de Júpiter?

Ray esperó pacientemente a que Cho se explicara mejor.

Cho lo estaba mirando fijamente. Sacudió la cabeza y apoyó las manos contra la cara, por lo que comenzó a flotar en la ingravidez.

—Pensarás que estoy loco —murmuró; su voz amortiguada por entre sus dedos—, pero no hay otra explicación.

—¿Qué explicación? Aún no me has dado ninguna. Ninguna que tenga sentido. ¿El espacio? ¿Todo el espacio?

Cho mantuvo ambas manos sobre su boca, tocando sus labios con las yemas de los dedos, como si tratara de contener un grito. Había lágrimas en sus ojos hinchados. ¿Realmente tenía gripe, como le había dicho a su llegada? ¿O había comenzado a tener síntomas tempranos de El Sueño?

—Hay una presencia, aquí, en Calisto —dijo Cho—. Algo poderoso, algo que nos está volviendo locos a todos. Una fuerza superior de algún tipo.

—¿Una... entidad extraterrestre? —Ray no pudo evitar burlarse—. ¡Vamos, Cho! ¡Sabes mejor que decir ese tipo de sandeces!

—Es algo contra lo cual ninguno de nosotros puede luchar.

—¿Por qué no incluiste eso en tu informe, entonces? Podríamos haber venido a investigar con...

—Estaba en el informe.

Ray lo miró fijamente, y sacudió la cabeza.

—No lo vi, y lo leí diez veces.

—Tal vez porque no la llamé “entidad extraterrestre.” Porque entonces tendríamos a miles de Belters viniendo por aquí, y eso va en contra de los intereses de Spacom. Los mineros de los asteroides solo piensan en perforar y en sacar el agua del interior de Calisto.

—¿Cuáles son los intereses de Spacom, entonces? —preguntó Ray.

—No se me permite decirlo.

—Mira —Ray se sentó, fijó los pies en las cintas para no flotar, y dijo—: Hay demasiado en juego aquí, como para guardar secretos, el uno del otro. Solíamos ser amigos, ¿recuerdas? El hecho de que trabajes para Spacom, y yo para el FSS, no significa que le debemos algo a ellos. Nuestro objetivo es garantizar un lugar seguro para quienes nos dan de comer de verdad, Cho: para el colono espacial común. Ahora sé que Spacom quiere reclamar el Sistema Joviano como suyo, así que es por eso que estás aquí, con tu tripulación: para establecer el derecho de uso de Júpiter y sus lunas. Ya no es un secreto. No hay otro propósito para esta estación, que no sea darle a Spacom el primer asentamiento humano oficial en Calisto, ¿verdad? Pero ahora tienen problemas y, por lo tanto, el Estado Libre del Espacio debe investigar... Ha habido muertes, muertes inexplicables, porque, al parecer, nos enfrentamos a una posible epidemia, como fue la Fiebre de las Rocas. Así que, por favor, hablemos claro. No es tu carrera lo que está en juego aquí. Es tu vida. Mi vida. La vida de todos. Dices que hay una entidad aquí, okay, te voy a tomar en serio. Sea cierto o no. Hay que investigarlo. Ahora tenemos un problema común que debemos resolver. Tú, y yo. Cuéntame sobre esa... fuerza.

—Todavía no me crees, ¿verdad?

—¿Que hay una entidad? No. —Sacudió su cabeza otra vez—. Ninguna de las sondas ha informado nada anormal cuando llegaron acá, por primera vez. Y los datos que se están enviando a Earthside tampoco muestran anomalías.

—Tal vez las sondas no son lo suficientemente sensibles —murmuró Cho.

—Puede ser. Pero mira tus ojos hinchados. ¿Realmente tienes gripe, o es algo de lo que no quieres contarme? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Todos saltaron por las esclusas de aire?

Cho desvió su mirada.

—Cho —dijo Ray, con suavidad—, ¿dónde están todos?

Cho sacudió su cabeza, como para deshacerse de un mal pensamiento. Luego, cansado, dijo:

—Están en el Centro de Recreación, jugando.

—¿En los juegos? ¿Te referes a... a los Simuladores de Asentamiento?

Cho asintió.

—Vamos a ver qué hacen.

—No —dijo Cho, rápidamente—. Primero hablemos.

Pero Ray desabrochó sus pies y se dirigió hacia la puerta. Cho parecía tener la intención de no dejarlo pasar, pero luego se hizo a un lado, y Ray presionó el sensor.

La puerta se abrió sin siquiera un suspiro.

Utilizaron el autograbil para llegar al Centro de Recreación. La estación era más impresionante de lo que Ray había imaginado. Todo estaba tan perfectamente diseñado, que no tuvo que hacer ningún esfuerzo para alcanzar los sensores de las puertas, agarrar los autograbil, o incluso para encontrar el Centro de Recreación. Simplemente, presionó el botón correspondiente, y el autograbil zumbó a través de los pasillos y llegó a la locación deseada.

Una vez en el Centro, Ray casi jadeó de admiración. Era una sala circular llena de máquinas diseñadas, específicamente, para “entretener.” Simuladores de Realidad Virtual para las etapas de asentamiento: un “juego” para ayudar en la preparación para la colonización real, para el momento en que la tripulación aterrizará en la superficie, con sus cúpulas biosféricas y rovers. ¡Y toda la tripulación estaba allí, jugando como adolescentes, conectados a juegos de galería virtual!

Ray miró a Cho con cansancio.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó—. ¿Qué están haciendo todos aquí?

—Jugando.

—¡Eso es obvio!

—Te dije que no vinieras aquí.

—¿Por qué no los detienes? ¿No tienen nada más que hacer?

—Se vuelven locos si no juegan —murmuró Cho—. Es lo único que los mantiene activos, vivos. Tengo que llevarlos, dos veces al día, a sus habitaciones, y darles inyecciones para dormir. Y, por las mañanas, les obligo a hacer sus dos horas de ejercicios.

De lo contrario, no les permito jugar sus juegos diarios. Para eso viven. Para jugar.

—¿Constantemente? ¿Todos los días?

Cho asintió.

Ray miró a la tripulación mixta con incredulidad. Hombres y mujeres, todos jugando, puestos sus cascos de RV, ciegos e insensibles al mundo real que los rodeaba.

—¿Me estás diciendo que esto es lo que han estado haciendo, todo... todo este tiempo?

—Excepto cuando están durmiendo o comiendo.

—¿Y tú? ¿Por qué no juegas con ellos, también?

—Debo cuidarlos. De lo contrario, todos moriremos.

Ray parpadeó.

—¿Qué más haces? ¿Durante el día?

Cho lo miró perplejo.

Ray presionó:

—No me digas que esto es todo lo que haces.

—¿Qué más hay? —Cho se encogió de hombros—. Me han pedido que evite que la tripulación se vuelva loca. Nuestro propósito es permanecer con vida hasta que Spacom esté listo para el acuerdo... el permiso de colonizar. Esta estación se encarga de hacer toda la investigación de datos de superficie. No nos queda nada más que esperar al próximo intercambio de tripulación. Y como sabes, solo queda un año más. ¿Qué más vamos a hacer, sino jugar? Somos sólo carne fresca para hacer un acto de presencia, sin otro propósito en la vida que... jugar.

—Ven. —Ray sacó a Cho del cuarto de simuladores. Tocó el botón de “Sala de Comando” en el menú del autograbil, y el aparato, al cual se aferraban, los llevó allí.

Cuando llegaron, Ray la encontró vacía. Era una sala grande, con una ventana panorámica en el otro extremo, que mostraba a Calisto en toda su majestuosidad, debajo de ellos. Y, más allá, Júpiter.

Júpiter era más que una enorme bola naranja que llenaba la mitad de la ventana panorámica. Tenía una presencia que Ray no podía negar. Algo que hizo a su corazón encogerse.

¡Es tan grande!

Se sentó en una de las sillas, y se abrochó el cinturón. Cho hizo lo mismo.

—Esto es mucho mejor que jugar a cualquiera de los juegos —murmuró Ray, sin mirar a Cho—. Tú mismo has estado aquí un año y medio ya, ¿verdad? ¿Tienes alguna idea de por qué no te has... vuelto loco? ¿Qué hay de esa... entidad... de la que estás hablando? ¿Por qué no te ha afectado?

Cho no respondió. Sólo apreció, por la ventana, una vista como pocas en el Sistema Solar.

Ray también miró por la ventana, atraído por una repentina premonición que comenzó a roerle el estómago. Después de ver el frenesí con el que la tripu-

lación había estado manejando los equipos de RV, casi creyó que algo los estaba manipulando a ellos.

¿Entidades extraterrestres?

Nunca. Todo tiene una explicación lógica.

Volvió a mirar a Cho. Vio esos ojos tristes, medio ocultos por los párpados hinchados, y recordó los días en que solían navegar juntos, navegar alrededor de las islas Yasawa, en Fiji, en uno de los catamaranes de los resorts. Mucho había cambiado desde entonces. Y en tan poco tiempo.

En la luz azul lechosa que provenía de Calisto, mezclada con el resplandor anaranjado de Júpiter, Ray vio que los labios de Cho se tornaban en líneas finas; vio cómo sus mejillas se absorbían.

Cho suspiró, y se miró las manos. Finalmente, dejando que el aire saliera lentamente de sus pulmones, dijo:

—Esta entidad de la que te hablé, no sé cuál es su propósito. Parece no tener ninguno, y no sé por qué me ha excluido de sus ataques. Pero tiene un propósito.

Se detuvo, miró a Ray con cuidado, continuó:

—Spacom planificó tener un puesto avanzado aquí, pero el Estado Libre del Espacio no nos permitía tener uno, a menos que cumpliéramos con los Requisitos de Habitabilidad del Espacio Profundo. Les dije a los Directores de Spacom que construyeran una base con todo lo que los seres humanos pudieran necesitar. El FSS, les dije, no podrá oponerse a tal proyecto, si cumplimos con su burocracia. Y así fue. El FSS aceptó, y aquí estamos —giró para mirar, por la ventana, a Calisto—. Puedo ver que todavía no crees en esa entidad, a pesar de que has visto lo que le ha hecho a mi tripulación. Por eso no escribí “la entidad extraterrestre nos está volviendo locos,” en mi informe. La Tierra está tan lejos de aquí, que palabras como esas podrían haberse leído fuera de contexto, o habrían sido descartadas... como una locura personal. —Suspiró, y buscó en los ojos de Ray—. No estoy enojado, Ray. Contigo ni con nadie. Pero sí me siento muy frustrado, porque nunca sabremos la verdad. Todos moriremos. Estamos en el Espacio Profundo, donde todo es posible, aunque no lo comprendamos.

—¿Estás esperando algún mensaje inteligente? —Ray no pudo evitar sonar burlón.

Cho sólo miró por la ventana.

—Lo siento por ti —dijo Ray, en voz baja, después de una pausa larga—. En cierto modo, creo que te estás volviendo loco, como tu tripulación.

—¡Pero, míralos! —explotó Cho, girando de golpe, arrojando su brazo derecho para señalar a la puerta, en dirección al Centro de Recreación—. ¡Eso es una locura! Pero —levantó un dedo—, ¿realmente lo es? Cualquiera se deprime cuando ve el estado de mi tripulación. No confundas ese estado mental con locura. Y tal vez —murmuró—, tal vez ellos tampoco están locos. Tal vez este tipo de locura está tan lejos de ser una locura como la Fiebre de las Rocas está de ser una enfermedad.

—¿Por qué te molestaste en llamarme, si ya sabes lo que quieres, Cho? —Ray respondió, bruscamente—. ¿Quieres que testifique que no estás loco? ¿Por eso insististe en que fuese yo quien debía venir? ¿Dónde está este ser tuyo? Dime. ¿Por qué no me ha hecho nada? —se golpeó el pecho con rabia—. Cho, el espacio está volviendo loca a tu tripulación, ¡y a ti también! ¡Sólo que no lo sabes!

—¡Cállate! ¿No puedes ver que estás cegado por tus propias creencias? Me están salvando esas entidades... o entidad... De lo contrario, estaría actuando como mi tripulación, ¡metido en los simuladores! ¿No ves que no puedes creer en la entidad? ¿Que esa es, precisamente, la manera en que la entidad te obliga a darle la espalda a lo obvio? ¡Te quiere fuera de aquí! ¡Los quiere a todos fuera de aquí! ¡Al menos hasta que hayamos alcanzado el contacto completo, y podamos entendernos! Entenderla. Me ha aceptado, no sé por qué, pero creo que es porque creo en... ella, y puedo convertirme en un puente entre ella... y la humanidad. ¿No puedes ver lo que está pasando? No ves la imagen completa, eso es lo que ocurre; sólo ves un pixel. Estamos tratando con una fuerza superior que vive... existe... aquí. No hay forma de negar eso. Y si le damos la espalda, no habrá un solo colono que se salve. No podemos comenzar a colonizar Calisto, hasta que sepamos qué es... y cómo comunicarnos con lo que está... allí abajo —señaló, con su dedo índice, la luna color crema.

Ray miró hacia otro lado, se desabrochó el cinturón, y se acercó a la ventana. Apoyó la frente contra ella y miró hacia afuera, con la nariz presionada contra el cristal. De alguna manera, las palabras de Cho tenían sentido, pero era demasiado difícil creer que pudiera tener razón.

Lo peor es que ya había muertes. ¿Víctimas de una guerra silenciosa? ¿Con una entidad extraterrestre?

No vayas por ese camino. Todo tiene una explicación lógica.

- II -

Al día siguiente, Ray Salvatore se paró en la sala rotatoria y volvió a hacer ma-labarismos con las tres esferas. Se las había arreglado para superar la dificultad traída por el nuevo grado de balanceo del Coriolis de la estación, y las esferas parecían flotar de una mano a la otra, y volver a caer en una mano, luego en la otra. Se había puesto en contacto con el comandante Darion Martínez, del Unicornio, en órbita cercana a la estación, a una distancia prudente, y le había dicho que todo estaba bien.

No dio más detalles. Los misterios tienen que deshilacharse como un ovillo de lana: con lentitud y con mucha paciencia.

—¡Ray!

Ray agarró las esferas antes de mirar hacia arriba. Cho estaba allí, flotando en la entrada axial.

—Ven. Quiero mostrarte algo.

—¿Mostrarme qué?

—Ven y míralo tú mismo.

Ray asintió, y fue hacia la escalera, se ató al ascensor. Cuando llegó al lado de Cho, el hombre le mostró un cuaderno con entradas escritas a mano.

—El diario de uno de mis fallecidos —explicó Cho—. Pensé que te gustaría leerlo.

Ray lo tomó de manos de Cho y lo miró.

—Esto no es tinta.

—Sigmund Rabenhauer era un coleccionista de antigüedades, así como un místico de algún tipo —dijo Cho—. Siempre hablaba de tanques de privación sensorial y sincronizadores cerebrales y esas máquinas de crecimiento mental, lo que me pareció extraño sobre él. Era un amante de la naturaleza, y afirmó que el mar era un potenciador del cerebro natural. Estaba investigando el efecto del espacio en las mentes humanas.

—¿Qué usó Sigmund para escribir esto?

—Sigmund me dijo que los viejos marineros, en realidad, escribían sus diarios a lápiz. Si el papel se moja, el lápiz no mancha como la tinta. Al menos, esto es lo que dijo Sigmund. Por alguna extraña razón, sentía que era algo que valía la pena recordar.

—¿Por qué?

—Yo que sé —Cho se encogió de hombros—. Pero léelo. Puede ayudarte a juzgar qué pasó con aquellos que saltaron por la esclusa de aire, sin sus trajes espaciales puestos. Te darás cuenta de que no era una locura normal. Creo que puedo encontrar la respuesta a por qué esta entidad me ha salvado de su... Bueno, lo cierto es que necesito otro año o dos, aquí, para demostrar su existencia, y ver si podemos comunicarnos.

—¿Quieres decir que tú quieres quedarte aquí por otros dos años?

—Sí. Si envían a alguien más, estoy seguro de que se suicidarán o se volverán locos... como el comandante Wilson y su gente.

Wilson y su tripulación habían muerto sin enviar un mensaje a la Tierra. No le habían dicho a la sede de la Base Lunar II del Estado Libre del Espacio que algo andaba mal. Fue entonces cuando estalló el escándalo, y el FSS decidió intervenir. Spacom y sus secretismos los tenían hartos.

—¿Qué dice este diario? —Ray lo miró—. ¿Lo leíste?

—No. Está en alemán. Recordé que sabes alemán, así que lo busqué.

Ray miró las palabras con más cuidado, y descubrió que podía descifrar la mayor parte de la letra chueca de Sigmund, aunque algunas palabras estaban garabateadas, como en un frenesí.

—Gracias —murmuró—. Lo leeré con cuidado. ¿Cómo murió Sigmund? Por lo que leí, él no era uno de los que saltaron de la esclusa de aire. No fuiste muy claro en tu informe.

—Un día, de repente, Sigmund comenzó a destrozar las cosas —explicó Cho—. Se volvió completamente loco, derribando autograbrails, abriendo las paredes para acceder al sistema de iluminación indirecta, hasta que dos de sus compañeros lo atraparón. Lo golpearon en la cabeza con una llave inglesa, que no sé de dónde la sacaron, para noquearlo, pero deben haberlo golpeado demasiado fuerte, porque le rompieron el cráneo.

—Nunca mencionaste eso en tu informe.

—El FSS los habría acusado de inmediato, a pesar de que fue un accidente. Sigmund murió días después, en coma.

—¿Así que no saltó por la esclusa... como lo mencionaste en tu informe?

—No.

¿Cho mintió deliberadamente en su informe? ¿Por qué?

—Y los dos, los que lo mataron accidentalmente, ¿fueron ellos quienes saltaron por la esclusa de aire?

La idea de repente cruzó por la mente de Ray de que, tal vez, igual que Sigmund, no habían saltado. Que todo esto era un invento de Cho. Quizás habían sido expulsados. Quizás Cho...

—No —dijo Cho—, no saltaron. Se sintieron tan mal por la muerte de Sigmund, que comenzaron a caer en un estado de depresión extrema. Pronto dejaron de comer, y una mañana los encontramos catatónicos, acostados en sus literas, con los ojos abiertos. El resto es historia. Tú leíste el informe.

Un informe lleno de mentiras.

—Entonces, ¿Por qué saltaron los otros dos? ¿Por qué se suicidaron? ¿O es que eso no es cierto tampoco?

—Al principio, creíamos que se habían suicidado, como escribí en el informe, pero luego me di cuenta de que habían salido de la esclusa inferior, la que apunta directamente a Calisto. Ahora estoy seguro de que la entidad los llamó.

Ray no respondió. Simplemente agarró el diario con fuerza, y dijo:

—Déjame leer esto, y hablaremos más tarde. Gracias por tu inmensa ayuda en comenzar a aclarar este problema.

Ray fue a sus habitaciones.

- III -

Ray golpeó la puerta de Cho. Siguió golpeando, hasta que Cho la abrió.
Cho había estado durmiendo y estaba desnudo. Esto no perturbó a Ray. Sin previo aviso, golpeó a Cho en la cara, mientras sostenía el alféizar de la puerta para que su

propia fuerza no lo echara hacia atrás. Inmediatamente, se impulsó hacia las habitaciones de Cho, siguiendo el cuerpo ingrávido, listo para golpearlo nuevamente.

Cho voló y se estrelló contra el mamparo, se recuperó, y Ray lo golpeó en la mandíbula, nuevamente.

La cabeza de Cho voló hacia atrás.

Ray agarró la pierna del hombre, tiró de ella, y estaba a punto de golpearlo nuevamente, cuando vio sus ojos en blanco. Satisfecho, lo dejó flotando y cerró la puerta, cuando salió.

Con el soldador láser que había encontrado en el Banco de Trabajo —ubicado en el centro de la estación, en uno de los habitáculos tubulares ingrávidos—, cortó el sensor y cortocircuitó los cables para que la puerta de Cho no se abriera. Al menos, no sin mucho esfuerzo e ingenio.

Sin usar los autograbrails, Ray inmediatamente se apresuró a flotar por los pasillos, hacia el Centro de Recreación. Estaba vacío, y todas las luces estaban apagadas. Todos en la base estaban durmiendo.

Comenzó arrancando todas las conexiones alámbricas de los simuladores de Realidad Virtual. Luego, las mini-pantallas, que quemó con el láser, así como las cámaras de retina, hasta que quedaran completamente inútiles, irreparables, al igual que los trajes senso-motrices. Tan pronto como terminó la carga de su láser de soldadura, salió del Centro de Recreación.

Jadeando, regresó a la Bahía EVA, desde donde se salía para las Extra Vehicular Activities. Buscó, de nuevo, en el Banco de Trabajo, hasta encontrar una pistola de soldar, más grande. Comenzó a arrancar el sistema de autograbil de las paredes, y las luces. Se abrió camino a través de la estación, hasta llegar a la Sala de Comando. Llamó al Unicornio.

El Comandante fue convocado (había estado durmiendo), y su rostro apareció en la pantalla.

—¿Cómo te va, Ray? ¿Novedades?

—¿Pueden desplegar el túnel de ataque? Voy a ir, en breve.

El comandante frunció el ceño.

—¿Qué está pasando? ¿Solucionaste ya todo? —entrecerró los ojos—. Te veo agitado.

—Te lo explicaré más tarde. Tengo algunas cosas que debo hacer antes de irme de aquí. Creo que el rompecabezas está resuelto.

Cerró la comunicación con un gesto su dedo, captado por el sensor de movimiento.

* * * * *

- IV -

Dos horas más tarde, Ray viajaba en el autograbil a través del corredor umbilical que conectaba la Estación Espacial Calisto con el Unicornio. El Unicornio, la nave más nueva de la flota del FSS, tenía dos ruedas de centrifugación centrales contrarotativas para la tripulación.

El comandante Darion Martínez lo estaba esperando en las esclusas de aire de Cero G, con el rostro grave, los ojos entrecerrados. Líneas profundas surcaban su frente.

—¿Qué encontraste? —preguntó.

—Más tarde —dijo Ray—. Primero, necesito dormir un poco. No he dormido en los últimos dos días. Comiencen con el despliegue de suministros. La Estación Calisto volverá a funcionar con normalidad.

—¿Qué le pasó a tu nariz?

Ray frunció el ceño, se tocó la nariz, y vio sangre en la yema de sus dedos.

—¿Estás bien? —preguntó el Comandante, de pelo canoso, a pesar de su temprana edad.

—Sí, déjame descansar un poco. Caí de bruces tratando de ponerme este maldito traje.

—¿Nadie te ayudó?

—Ya te lo explicaré todo. Continúen con la transferencia de suministros. Necesito descansar. Cuando todo esté listo, larguémonos de aquí.

—¿Qué pasa con la tripulación de Cho?

—Despiértame una vez que estemos en camino de regreso. Estoy muerto del sueño.

—¿Por qué irnos tan pronto?

—Cuanto antes, mejor, Darion. Cho puede volver a sus sentidos y decidir apoderarse del Unicornio.

—¿Cómo? Pero ...

—¿No quieres irte de aquí? ¡Todos queremos irnos de aquí! ¡Entonces, vámonos! No esperemos más de lo necesario.

—Pero, ¿qué pasa, Ray? No puedo, simplemente...

—¡Ahora no! —Ray interrumpió—. Luego. Cuando estemos de regreso. Confía en lo que digo, iy, por favor, no hagas más preguntas!

En lugar de ir a su camarote, Ray fue a la enfermería, ubicada en el núcleo centrífugo, donde la gravedad era la mitad que la de la Tierra.

Adriana, la neuropsicóloga que había caído con El Sueño en el viaje de venida a Calisto, estaba en su capullo de rehabilitación, con forma de ataúd, con los ojos cerrados, y las luces atenuadas. Ray sabía que la temperatura interior sería constante. Comenzó a programar los controles hasta que vio satisfecho cómo la temperatura interna comenzaba a aumentar. Iría a noventa y cinco grados Fahrenheit, como él lo había establecido. Entonces comenzaría a caer, luego volvería a subir, luego bajaría. Bueno. Eso es justo lo que Adriana necesitaba.

Ray jugó un poco con la mezcla de aire, hizo que fuera de un lado a otro. Más oxígeno, menos oxígeno, más oxígeno...

—¡Oye! ¿Qué estás haciendo?

Ray Salvatore se volvió.

—Solo estoy viendo cómo está Adriana —dijo, tratando de parecer tranquilo. No sabía cómo reaccionaría la Doctora Rusmore si le contaba la verdad, sin rodeos—. Parece estar bien, ¿cierto?

—Aún está en coma, si a eso te refieres —la doctora Rusmore lo miró con suspicacia—. ¿Qué pasó con tu nariz? ¿Acabas de llegar de la Estación Calisto?

—Me golpeé de manera estúpida; no es nada.

La doctora Rusmore se acercó, su cabellera negra flotando como tentáculos de medusa en agua, en la media gravedad centrífuga de la nave.

—Parece haber dejado de sangrar —dijo.

Dejó que sus gruesas cejas en forma de oruga se alzaran sobre sus ojos, mientras intentaba mirar la nariz de Ray.

—¿Cómo te fue en la Estación...? —Se detuvo. Había visto los diales del monitor en el capullo de rehabilitación de Adriana, y se volvió, bruscamente. —¡Qué diablos has...!

Ray la detuvo, agarrándole la muñeca.

—Déjela, doctora. Adriana saldrá de su coma, en poco tiempo.

—Pero la temperatura... y el oxígeno...

—Esperemos a ver qué sucede, ¿okay?

Ray comenzó a explicarle a la doctora Rusmore su teoría.

—Creo que debemos llamarlo el Síndrome de Calisto.

* * * * *



- VI -

Seis horas después, alguien llamó a la puerta del camarote de Ray Salvatore.

—Adelante —dijo Ray, y siguió trabajando en su terminal de computadora.

Era el comandante.

Darion Martínez abrió la puerta e, inmediatamente, se detuvo cuando vio el desorden dentro de las habitaciones de Ray.

—¿Qué pasó aquí?

—Sólo unos pocos arreglos —dijo Ray, rápidamente, mirando a su alrededor, tratando de sonar casual. Había sacado todos los estantes de sus espacios y los había esparcido por el suelo. La luz era tenue, y se sentía un frío en el aire. Probablemente, cuarenta y cinco Fahrenheit.

El comandante frunció el ceño.

—Pensé que querías dormir, Ray.

—No pude.

—¿Qué te dijo Cho Wung? ¿Qué pasó a bordo de la estación? —El comandante parecía cansado, con los ánimos por los suelos. Se agarró de una manija para no flotar sin control—. No quiero preocuparte, pero algo se ha apoderado de esta nave, y está alterando nuestros sistemas de soporte vital... la razón del repentino aire frío en toda la nave.... Vine a advertirte que tengas tu traje espacial a mano en caso de que...

—Cho Wung dijo que había una entidad extraterrestre que vivía en Calisto —interrumpió Ray—. ¿Crees que eso es posible? ¿Realmente posible?

—Ah... no... —el comandante lo miró con ojos bien abiertos—. ¿Estás insinuando que el Unicornio está siendo capturado por un...?

—Relájate —dijo Ray, con una media sonrisa—. Ven y siéntate. Déjame contarte una pequeña historia.

—Ray, ¿qué te está pasando? Estás raro. Solo vine a advertirte que... Pero lo que me dices... —parecía preocupado de verdad. Asustado—. ¿Me estás diciendo que es Cho quien está haciendo esto? ¿Qué, de alguna manera, consiguió acceder a los controles del Unicornio? ¿Cómo, si no tiene forma de interferir con nuestras computadoras?

—Solo escúchame por un momento —dijo Ray—. Sé lo que está mal con nuestros Sistemas de Soporte de Vida, porque... mira esto —hizo un gesto al comandante para que se acercara al escritorio de su computadora—. ¿Ves esto? Estoy en el Programa Madre de la nave. Yo soy el que está jugando con nuestro clima. —Ray sonrió—. ¿Quieres saber por qué?

Darion Martínez abrió su boca para decir algo, pero la cerró de golpe cuando una mirada de preocupación apareció en sus ojos.

—¿Tú?

Ray parpadeó.

—Estamos haciendo que el espacio sea inadecuado para los seres humanos, al hacerlo demasiado adecuado —dijo—. Hiperergonometría, Darion, hiperergonometría. A medida que perdemos interés en el medio ambiente, nos convertimos en nosotros mismos. Eso es lo que está haciendo que la tripulación de Calisto se vuelva “loca” y salte de las esclusas de aire... o simplemente se vaya a dormir. No hay suficientes cambios en nuestro entorno para mantener nuestro interés en el mundo físico. Ven, siéntate un momento. Déjame explicártelo. Dime, ¿Cuál fue el propósito original de la ergonometría? —pausó—. Crear máquinas y estaciones de trabajo lo más accesibles y ajustadas posible a nuestros cuerpos físicos. ¿Estarías de acuerdo con esto?

Darion se sentó sin responder. Parecía querer asegurarse de no estar muy cercano a Ray.

Ray hizo caso omiso de lenguaje corporal del Comandante Darion.

—El dedo promedio se mueve de aquí para acá —dijo—. Tu mano gira tantos grados. Tu antebrazo se balancea hasta... acá. Todo calculado para ayudarnos a hacer el menor esfuerzo posible. La antropometría se convirtió en ergonometría, y la ergonometría se convirtió en hiperergonometría: estaciones completas diseñadas para que los seres humanos encajen perfectamente con el mínimo esfuerzo, porque se creía que el estrés ambiental fue lo que causó la Fiebre de las Rocas. ¿Correcto? Los ingenieros nos dejaron poco para hacer, Darion. Por supuesto, siempre podemos encontrar algo más que hacer, pero la tripulación en la Estación Espacial Calisto no tiene otro propósito que... —pestañeó, se dio la vuelta, sacó un gráfico a su pantalla, y se lo mostró al Comandante—. Mira esto. Tablas de medidas humanas, todas físicas. ¡Físico, físico, físico! ¿Y notas algo? Todas las medidas promedio. Estudios de visibilidad, tamaño, color de equipos, corredores, esquinas redondeadas, todo ajustado a nosotros. Todo para facilitarnos la vida desde el punto de vista físico ¿Me explico? Hemos sido lo suficientemente inteligentes como para incluir variantes de espacios cerrados para evitar riesgos psicológicos, y antropométricos, pero dime, ¿no es un peligro no tener riesgo alguno, ni la incomodidad mínima?

—¡Espera, espera un minuto! ¿Me estás diciendo que eres tú quien ha estado manipulando la central...?

—Eso es lo que te he estado diciendo todo este tiempo. No es Cho. No es una entidad que se apodera del Unicornio. Soy yo. ¡Y no me mires así! No me he vuelto loco, no. Solo estoy programando el Sistema de Soporte de Vida para que cambie algunos pequeños detalles y parámetros como temperatura, iluminación, sobretensiones centrífugas, para que sintamos incomodidad.

—No sabemos qué le hará eso al Unicornio.

—¿Qué le va a hacer? ¿Romper la nave?

—Los rotores centrífugos...

—Van a estar bien. Me aseguré de verificar los límites de estrés.

—¿Para qué meterse con la iluminación?

—Dime, ¿Cuál es la luminosidad promedio para el ojo humano? ¿Recuerdas a nuestros alumnos? Durante miles de años, han estado acostumbrados a cambiar los patrones de luz. Ahora mantenemos los niveles de luz constantes, sin cambios. Y si cambian, como en los períodos de sueño, sabemos que estos cambios vendrán, y exactamente cuándo. Nuestro entorno está controlado de tal manera, que sabemos de antemano lo que sucederá. Nos adormece. Perdemos el interés, nuestro estado natural de alerta y, por lo tanto, las conexiones neuronales. ¡Eso es lo que está mal con la Estación Espacial Calisto! Es demasiado perfecto todo el entorno físico. Demasiado aburrido para los seres humanos. Así que el cerebro busca algo para hacer. O se raya, o quiere irse a dormir.

—¿Qué hiciste en la Estación?

—Generé algunas molestias para que Cho y su tripulación tengan algo que hacer. Tardarán un tiempo en encontrar los problemas. Problemas reales, aunque nada que ponga en peligro sus vidas. No de verdad, pero lo suficientemente desagradables como para mantenerlos alertas durante unos meses, hasta que se pueda organizar el próximo intercambio de personal... que debería ser lo antes posible.

Una llamada los interrumpió.

Ray la tomó. Era la doctora Rusmore.

—Funcionó —dijo ella—. Adriana está saliendo de su sueño. ¿Qué hago ahora?

—Agregue las secuencias de sonido de las que hablamos.

Darion intervino, se inclinó para entrar en pantalla.

—¿De qué está hablando, doctora? ¿Qué pasa con Adriana?

—Ah, comandante —dijo la doctora Rusmore—. ¡Parece que vamos a ganar el premio Nobel de Medicina Espacial! Ray se lo puede contar, yo voy a seguir con mi paciente.

—¿Contarme qué? —el Comandante se volvió para mirar a Ray. La pantalla holofónica parpadeó y la doctora Rusmore se desmaterializó.

—Convertimos el Capullo de Rehabilitación en una máquina de... ¿mejora mental? —Ray miró fijamente al comandante—. Diferentes estímulos para sacar a Adriana de su coma. En realidad, estamos volviendo a cablear sus vías neuronales para parecerse a las de un ser humano normal, con entorno artificialmente enriquecido, lo que es natural en nuestra Tierra. Aumentaremos la neuroprogramación natural básica, y el crecimiento de las dendritas. Sigmund Rabenhauer, uno de los miembros de la tripulación de Cho, lo puso en su diario. Sabía lo que estaba pasando, al menos tenía un presentimiento.

Ray se volvió hacia el holófono. Vio que la doctora Rusmore había cerrado la comunicación y en el espacio que estuvo ocupado por su imagen tridimensional, ahora solo había aire, con olor a ozono.

—Creo que tenemos este pequeño misterio resuelto, Darion —dijo.

Y en tiempo récord. Por eso me pagan lo que me pagan.

- VII -

Para celebrar, cenaron con la tripulación que aún seguía en pie. La doctora Rusmore no estuvo presente porque estaba cuidando a Adriana, dándole masajes en los pies para activar sus puntos de acupresura. Adriana estaba progresando rápidamente. Aparentemente, había pasado un cierto umbral, y logró recuperar su conciencia, casi de forma milagrosa, pero aún no estaba en condiciones de permanecer desatendida.

—Adriana pasó por lo que podríamos llamar un “efecto de tanque de aislamiento” —dijo Ray a los que estaban sentados alrededor de la mesa—. Debido al entorno sin incidentes, sus patrones de activación neuronal desaceleraron su metabolismo. Su cerebro simplemente perdió interés en lo que estaba sucediendo a su alrededor, como habría sucedido con el resto de nosotros si no hubiéramos cambiado algo a bordo del Unicornio: como el “clima.”

Rió entre dientes.

La tripulación, siete en total, estaba sentada alrededor de la mesa colocada en uno de los pasillos del sector rotatorio frontal. Habían estado escuchando su pequeña aventura a bordo de la Estación Calisto, sin decir palabra. Pero ahora Ray frunció el ceño ante su silencio. Algo no era como debía ser.

La sintió. Una cierta animosidad hacia él.

—Ray —dijo el Comandante—. ¿Qué pasó con la tripulación de Cho? ¿Qué te dijo Cho que estaba pasando? Eso no nos has contando. ¿Quieres decir que todo lo que hicieron era jugar con los simuladores, comer, dormir, y hacer un poco de ejercicio?

Ray sonrió con precaución. ¿Qué les estaba pasando a sus compañeros de viaje? ¿A la tripulación del Unicornio?

—No hay mucho que elaborar. Sí, juegan sus juegos porque es la única actividad que ha mantenido sus cerebros activos, vivos. Cho afirma que hay una entidad en Calisto la que les está haciendo esto, pero la realidad es, después de todo, creada por la mente de cada uno, para sobrevivir. ¿Acaso no lo ven? Percibimos el mundo de la manera como nuestro cerebro es capaz de interpretar el medio ambiente.

El silencio alrededor de la mesa se hizo más pesado.

Ray frunció el ceño, miró más de cerca a cada uno de la tripulación:

A Greg y Lorena, a Yom Chi. Los tres le devolvieron la mirada, muy serios.

A Natasha y Gemina, que estaban tratando de no mirarlo.

A Roberto y Shi-Tsan-Lu, que intentaban enfocar sus ojos en sus platos, fingiendo estar a un millón de millas de distancia.

Ray miró al Comandante, y descubrió que Darion todavía le estaba dando esa mirada burlona que había visto en su cara desde que comenzó la cena.

—¿No será peligroso? —preguntó el Comandante, dejando caer su tenedor—.

Quiero decir, la tripulación de Cho tiene algo que hacer ahora, y sus mentes estarán ocupadas, pero ¿qué pasa con Cho? ¿Es confiable? Parece que algo en él no está bien.

—Cada uno de nosotros tiene su propio grado de locura —dijo Ray, cuidadoso—. Míranos. Viniendo todo este camino, impulsados por deseos tan subjetivos y extraños como los de Cho. La realidad es subjetiva. ¿Qué importa si Cho cree en su pequeño monstruo extraterrestre, cuando es eso precisamente lo que le permitirá continuar haciendo su trabajo? La única razón por la que no se volvió loco fue porque necesitaba evitar que su gente muriera. Encontró una manera: mantenerlos en sus máquinas de juego, en los Simuladores de Colonización. Esa es su realidad, ahora. Su mundo. Su meta.

—¿Entonces crees que Cho hará el trabajo que debe hacer?

Ray asintió, pero sintió una duda que no pudo ubicar.

—¿Quieres decir que no se volverá loco? ¿No difundirá las noticias de su contacto por todo el Sistema Solar?

Ray frunció el ceño.

—¿A qué estás tratando de llegar, Darion? ¿Qué está pasando con todos ustedes esta noche?

Miró a los que estaban sentados a la mesa, y en sus miradas encontró sombras de miedo que no logró comprender.

—Hablé con Cho —dijo Darion, finalmente, después de un largo momento de silencio. Sus ojos estuvieron fijos en la cara de Ray, todo el tiempo—. Cho me llamó, así que pensé que era necesario aceptar su llamada. Está enfurecido por lo que le hiciste a su Estación. Prácticamente, la destruiste. Me mostró algunos detalles. Trabajo de demolición bastante desagradable el que hiciste, Ray. ¿Por qué? ¿Era realmente necesario? Y es todo propiedad de Spacom. No creo que saldrás de esto, sin enfrentarte a un lío legal. Y nosotros, por asociación.

—Dile que su entidad me obligó a hacerlo —respondió Ray—. También tomé eso en cuenta. Todo tiene una razón de ser, Darion, incluso mis acciones, aún más en la mente de Cho. Cho dijo que su entidad no quiere que estemos aquí, que solo él ha sido aceptado, y que ésta es sólo una forma de...

El Comandante levantó su mano derecha, de golpe.

—Espera. Cho me dijo que has destruido todo el trabajo que ha hecho desde que llegó aquí. Cho no me pareció, para nada, loco, cuando dijo que estaba haciendo contacto con esta entidad. Tenía sentido lo que me dijo, sentido de verdad, aunque murmuraba algo acerca de que éste era el verdadero interés de Spacom en Calisto, algún tipo de proyecto secreto. Hacer contacto con una entidad extraterrestre. Deberías hablar con él de nuevo. Dijo que no le diste tiempo suficiente para mostrarte algo, que esperaba el momento correcto. Al principio, sólo te estaba escuchando para saber cuál era tu posición en el asunto.

Ray entrecerró los ojos.

—El argumento que presenta Cho, parece real, Ray —presionó el Comandante,

inclinándose hacia delante—. Lo siento, pero después de hablar con él, estoy casi convencido de que él está en lo correcto. Creo que exageraste. Es extraño que alguien te diga que se está comunicando con una inteligencia extraterrestre, sin embargo...

—Darion. Por el amor de Dios. ¡Cho está loco! Un tipo de locura útil e inofensiva, sí, pero locura...

—Quiere volver a hablar contigo. Habla con él, por favor, y, esta vez, escucha. Es una orden. No nos iremos, sin saber realmente lo que está pasando. Si realmente existe una entidad extraterrestre...

—Mira. —Ray resopló dejando a sus pulmones sin aire, luego respiró profundo—. Si me hubiera equivocado, ¿crees que Adriana se habría despertado? Dime. Sigmund Rabenhauer siguió los fenómenos, paso a paso. Su diario nos cuenta cómo el Efecto del Tanque de Aislamiento se apoderó de la tripulación desde el primer día. Nosotros, mientras estábamos cercanos a la Tierra, lo vimos como algo más difícil de explicar, como otra epidemia tipo *febris lapis*. Lo vimos como la euforia de estar en la estación, la tripulación contenta con las perspectivas de ser futuros héroes, y pioneros de la tan esperada colonización de Calisto. Sentimientos humanos normales, pensamos, llevados a un extremo, convertidos en síndrome.

“Pero Sigmund reconoció la verdad. Además de la leve euforia, observó claridad mental, agudeza sensorial, todos los síntomas encontrados en personas que se sometieron a lo que cierto psicólogo de fines del siglo pasado llamó Comportamiento Desautomatizado. Cuando se han limpiado las puertas de la percepción, la sensibilidad al medio ambiente crece a cada minuto, con cada día. ¿Sabías que un minuto de oscuridad total aumenta la sensibilidad del ojo diez veces? Veinte minutos de oscuridad total, la aumentan seis mil veces. Y cuarenta minutos hace que tu ojo alcance el límite de cerca de veinticinco mil veces su sensibilidad normal. La mente también se vuelve receptiva a la información externa. El aislamiento hace que nuestra mente quiera información. El cuerpo también actúa de esta manera. Pero dime, ¿qué sucede si obtienes demasiado de esto? ¿Qué sucede si no hay nada en el ambiente que mantenga alerta a su mente y cuerpo? Sencillo. Empiezas a inventar tus propias imaginaciones, sonidos y olores; procesas viejas experiencias, solucionas cosas, te sometes al típico Síndrome de Calisto, como ya lo he comenzado a llamar.

“La Doctora Rusmore está de acuerdo conmigo. Con nada que hacer, con nada que esperar, tu imaginación comienza a rodar, y luego, ¿qué más, Darion? ¡Pues pierdes el interés! Te vuelves catatónico, como lo harías con una sobredosis de estimulación. Vas a los bunkers. Te vuelves loco. Te lanzas por las esclusas. Y comienzas a usar cualquier cosa a mano para mantenerte ocupado... como jugar con simuladores hasta que eso se convierta en realidad, con el único propósito de seguir con vida. Cho se dio cuenta de esto, aunque tal vez no por las mismas razones que Sigmund lo hizo, y que yo, ahora, propongo.

—Habla con Cho —murmuró Darion—. Él lo ve de otra manera.

Ray miró alrededor de la mesa, hacia la tripulación del Unicornio. Todos sus ojos estaban sobre él.

—Cho no saldrá de su locura. Pero mientras podamos usarlo, les aconsejo que lo dejemos como está. Al menos, hasta que Spacom pueda permitirse cambiar de personal y revisar el caso, y hacer los cambios necesarios en la Estación Espacial Calisto para que los humanos vivamos en ella, sin irnos a dormir o lanzarnos por las escotillas.

Pero Darion sacudió su cabeza.

—Por favor, Ray. Habla primero con Cho, antes de enviar más mensajes a Spacom, o al Estado Libre del Espacio, con tus conclusiones. Creo que esto es realmente importante.

- VIII -

Cho respondió a la llamada de Ray casi de inmediato.

—¿Estás bien? —Fue lo primero que Cho le preguntó.

Ray asintió con la cabeza.

—Destruiste más de diez años de trabajo —dijo Cho—. ¿Te das cuenta de eso?

Ray miró la pantalla, sin hablar. Se había prometido a sí mismo no discutir con Cho.

—Ray —presionó Cho—. ¿Sabes lo que hiciste? Sacaste a mis hombres de su... estado receptivo. Estábamos haciendo contacto con la entidad. El primer contacto con una Inteligencia Extraterrestre, ¡y lo arruinaste! Spacom había recibido resultados extraños cuando envió sus primeros animales experimentales a orbitar Calisto hace doce años. Luego, nos dimos cuenta de que algo extraño estaba sucediendo aquí, que había algo viviendo aquí. Así que decidimos enviar personas, nosotros... —se detuvo, luego dijo—: Tenía una misión que cumplir, Ray. No deberías haber interferido como lo hiciste. No me diste tiempo de explicártelo todo.

—Lo siento —Ray se encogió de hombros. Se prometió seguir el hilo, no entrar en argumentaciones lógicas con Cho—. Pero también tenía que cumplir mi misión. No quería que murieran tus hombres.

—No morían, ¡vivían! Me estaba asegurando de eso. Ahora están todos...

—¿Despiertos?

—No, maldita sea. ¡Ya estaban despiertos! Ahora entiendo qué es lo que quiere esta entidad. Quiere ponernos en el estado correcto para hacer contacto. Eso es todo. Es benevolente. No quiere matarnos. Tuvo que cometer algunos errores antes de poder saber lo que somos, lo que podemos manejar. Somos los emisarios de Gaia, Ray. ¿Te das cuenta? Los emisarios de nuestra Tierra, Gaia, que es un ser vivo. Sé que la gente

creo que esto no es científico, pero es realmente cierto. Nuestras culturas antiguas lo sabían, incluso lo daban por sentado. Madre Tierra, Gaia, un ser vivo. Como es Calisto. Calisto, Ray, el planeta entero, es la entidad. Y solo somos fracciones de Gaia...

—Cho —Ray lo interrumpió—. Te creo. Acabo de llamar para decir adiós y buena suerte. Entonces... adiós, y buena suerte.

Cho lo fulminó con la mirada, miró hacia otro lado, luego hacia atrás, su cabeza tridimensional dentro de la pantalla del holófono.

—Ray —pronunció el nombre con lentitud; sus pequeños labios moviéndose, sus fosas nasales dilatadas por ira mal contenida—. Por el amor de Dios, ¡créeme! Darion me contó lo que crees que nos está pasando. Y tienes razón, ¡pero eso no es todo! Lo que tú llamas Síndrome de Calisto no es más que nuestro viejo malentendido de lo que nuestros cuerpos quieren decirnos. Sé lo que Sigmund Rabenhauer escribió en su diario. Escribió que la Estación Calisto es como un tanque de privación sensorial, que cambia nuestras vías y conexiones neuronales, y finalmente nos pone a dormir. Es cierto, lo hace, ¿pero con qué propósito, pregunto? Debemos cambiar la estructura de nuestro cerebro para...

—Cho —interrumpió Ray—. Dije que te creo, ¿no? Ahora, ¿por qué no lo dejamos así? Tienes trabajo que hacer. El Unicornio se va. Debemos partir para hacer el cambio a tiempo, traer el nuevo personal.

Cho abrió la boca para decir algo, pero luego la volvió a cerrar, y asintió.

Como en los viejos tiempos. Cuando no estaban de acuerdo en cierto punto, dejaban de discutir. Al menos, todavía tenemos eso en común.

Sin embargo, sintió una tristeza insoportable.

Hubiera sido bueno que Cho tuviera razón. Pero toda esa idea de que Spacom había estado preparando la Estación Espacial Calisto con el propósito de comunicarse con una entidad alienígena, había surgido de su imaginación. La mente de Cho había estado tratando de encontrar una razón lógica para su sufrimiento y, a falta de una, había inventado una, y ahora creía en ella. ¿Hasta dónde puede viajar la ilusión humana?

- IX -

Ya estaban en marcha. El Unicornio se estaba preparando para pasar por Júpiter y usar su campo gravitatorio para ser lanzado en dirección a la Tierra. La Estación Espacial Calisto pronto quedaría relegada a los recuerdos de Ray. Había perdido un amigo. Cho había tenido fe en su pasado común cuando decidió llamarlo, y Ray, en ojos de Cho, lo había defraudado.

Incluso el pasado falla, a veces, pensó Ray.

Sin embargo, al contrario de lo que Ray había esperado, Cho no había hecho alusión alguna sobre los problemas que enfrentaría con el colapso parcial de los sistemas y ambientes de la estación. Quizás Cho pensaba que no todo estaba perdido.

Uno nunca sabe con Cho.

Mucho había cambiado a bordo del Unicornio. Aunque Darion no había hecho alusión sobre el asunto de lo ocurrido en la Estación Calisto, la relación entre la tripulación del Unicornio y Ray se había deteriorado. La tripulación se había puesto del lado de Darion (lo que también incluía a Cho), y solo la doctora Rusmore parecía creer que él, Ray, había hecho lo correcto.

Adriana, la neuropsicóloga, aunque todavía no podía hablar, parecía amable con él. Por alguna razón, Ray sintió que esto era muy importante. Importante para él, y para el bienestar de toda la tripulación.

Quizás Sigmund tenía razón cuando escribió que no existía nave sin algún tipo de choque y roces humanos. Había dicho que “los enfrentamientos les dan personalidad a las naves.” Tal vez la tensión social era parte de la forma en que la naturaleza mantenía a los seres humanos mentalmente activos, especialmente, durante los viajes muy largos.

Ray sacudió la cabeza, y volvió al presente. Miró a su alrededor, y luego a Adriana, sentada en su cama.

Hacía frío en la enfermería, más frío que en los demás sectores.

Adriana estaba pálida y temblorosa en aquel momento, pero Ray decidió hablar con ella, de todos modos.

—¿Cómo te sientes?

Adriana asintió, pero no respondió. Su cuello fue hundiéndose entre sus hombros; temblaba como si estuviese con malaria.

Ray volvió a mirar a su alrededor, inquieto. ¿Qué podía decir?

—¿Tuviste algún sueño? —preguntó, mirando a la neuropsicóloga, tratando de hacer contacto visual, pero los ojos de ella evadían los suyos.

Adriana parpadeó dos veces, respiró hondo, abrió la boca, pero volvió a cerrarla como si no estuviera segura de hablar. Se miró las rodillas, las rodillas azules por el frío.

—¿Qué querías decirme?

Ray se inclinó más cerca, tocó uno de los frágiles hombros de Adriana. Ella nunca había sido una mujer grande y fuerte, pero siempre había parecido como si lo fuera, debido a su personalidad. Una mente fuerte mantenía el cuerpo erecto.

Adriana abrió la boca y dijo algo, pero demasiado bajo para que Ray la oyera.

—Más fuerte, por favor —dijo Ray.

Adriana asintió, respiró hondo y habló:

—Los sueños no expresados continúan con voluntad propia. Sin tocar, desconocidos, silenciosos dentro de nuestro cráneo. Soñé que estaba sola, flotando en el

espacio, gritando en todas direcciones que estaba viva. Pero nadie escuchó, nadie pudo escuchar. Todo estaba oscuro y frío. Hasta que presencié algo increíble, Ray. Me estaba mirando a través de ojos que no eran míos. Ray, yo era Calisto, y estaba mirando mi cuerpo flotar en el oscuro infinito.

Sus palabras las hubiese interpretado como un mero sueño, pero lo que dijo Adriana, a continuación, lo dejó helado:

—Luego me vi en Calisto —continuó Adriana—, caminando por su superficie, cantándola. Como lo hacen los aborígenes de Australia.

Ray sacudió la cabeza, tratando de mantener un semblante neutro.

—¿Los aborígenes de Australia?

¿Qué tienen que ver ellos con todo esto?

—Ellos cantan cada arroyo, cada planicie, cada árbol viejo y roca milenaria. Mapean su territorio con líneas de canto; toda Australia tejida por una red de canciones.

—No entiendo. ¿Es lo que soñaste?

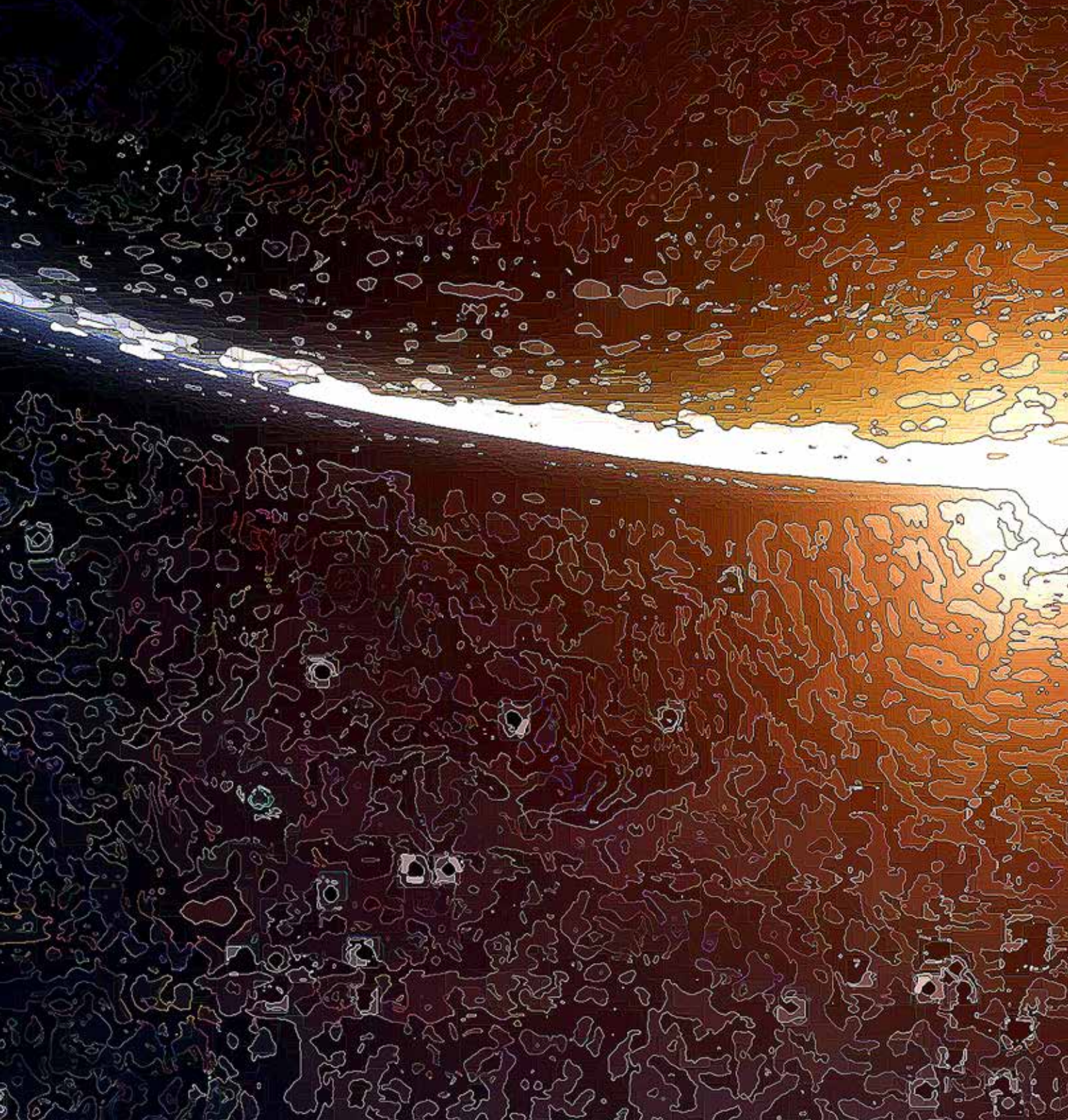
—No era un sueño, Ray. Es lo que estuve haciendo, mapeando los cráteres de Calisto, sus escarpados, con líneas de canto, mis pensamientos resonando con el océano de agua en su interior, y me dijo Calisto que diera una advertencia, para que tú se la comuniques al resto, a todos.

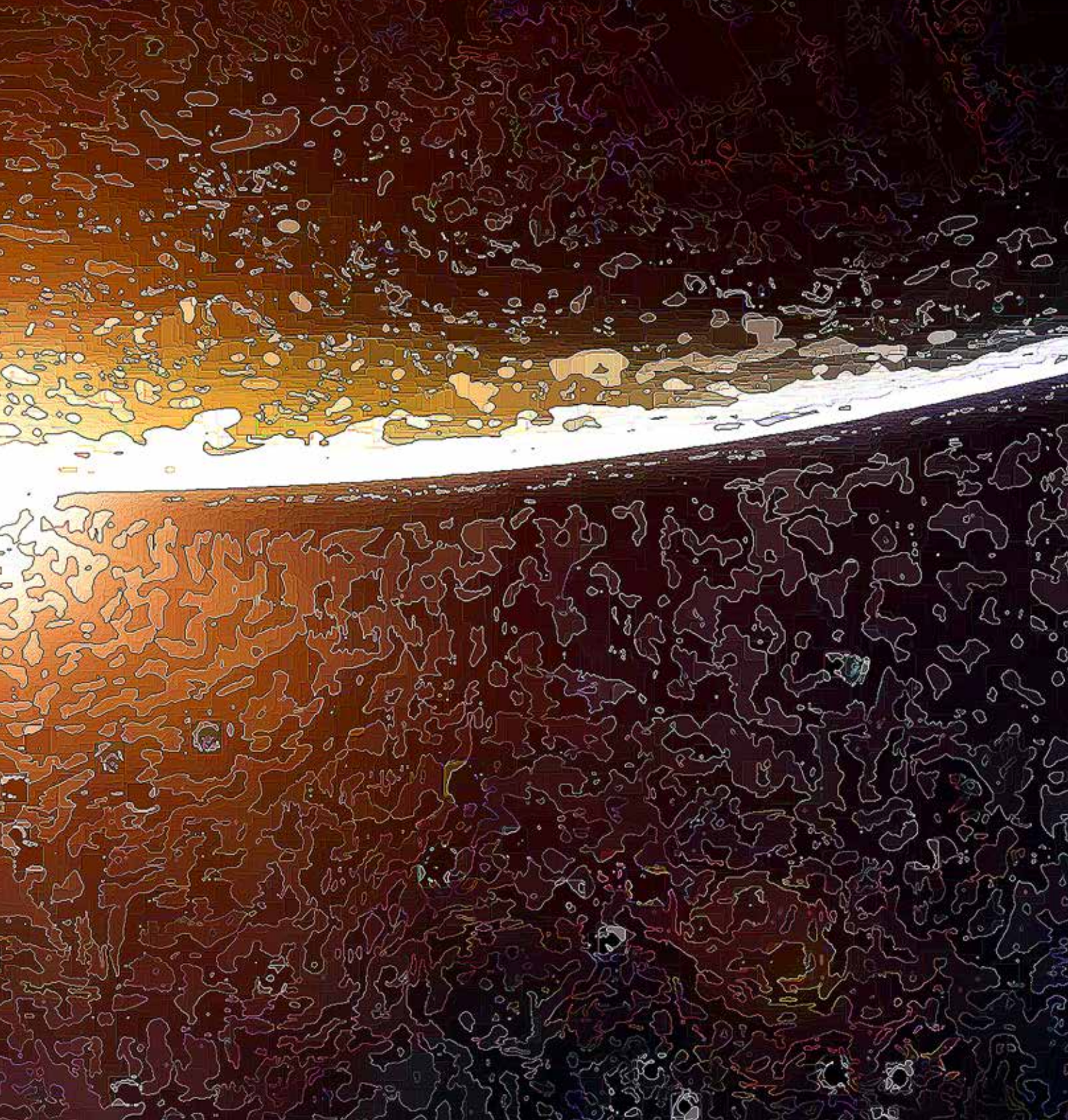
Ray parpadeó.

—Calisto... ¿me mencionó?

Adriana asintió como si fuese de lo más natural.

—Dijo que estábamos todos bienvenidos para cantar su cuerpo con nuestras canciones, pero que tú digas a todos que no podemos dejar que los Belters, los mineros, perforen su superficie. Que si hacemos eso... —Adriana sacudió su cabeza, sus ojos aun extremadamente abiertos, como si estuviese viendo imágenes del futuro—. Todos acabaríamos en el mundo de los sueños, viviendo nuestras peores pesadillas... para morir como moscas.





Amanda Pazmiño

(Quito, 1993). Obtuvo el primer premio en el *Festival Internacional de Poesía Ileana Espinel Cedeno*. Ha publicado poemas en el periódico *El Ciudadano*, las antologías *8 Poetas Ahorita (Amaru, Dadaif y Camareta Cartonera, 2014)*, *Mujeres y disidencias al frente: nueva poesía ecuatoriana y Alma Adentro (El Conejo, 2018)*.

Zully Ordóñez

(Guayaquil, 1986). Estudiante de la Escuela de Literatura de la Universidad de las Artes. Ha participado como ponente en el I Coloquio Internacional *El Devenir Animal: la filosofía de Gilles Deleuze y Félix Guattari*, organizado por la Universidad Central de Quito; y ha obtenido Mención de Honor en el concurso de Poesía Libre *Libro 2019* organizado por la Universidad de las Artes del Ecuador.

Fernando Nieto Cadena

(1947 - 2007). Trabajó como profesor de literatura y eventualmente como decano en la Universidad Técnica de Babahoyo. En los 70 ayudó a formar en Guayaquil el grupo literario Sicoseo, tomando como referente los talleres que dictaba Miguel Donoso Pareja, en México. En 1989 ganó el Premio Jorge Carrera Andrade, entregado por el municipio de Quito al mejor libro de poesía del año, por el poemario *Los des(en)terros del Caminante*.

Jorge Velasco Mackenzie

(Guayaquil, 1949) Narrador, catedrático y ensayista. Coordinó los Talleres Literarios del Banco Central. Ha ejercido el periodismo. Entre sus novelas: *El rincón de los justos (1983)*, *Tambores para una canción perdida (1986)*, *El ladrón de Levita (1990)*.

Fernando Naranjo

(Guayaquil, 1954). Arquitecto, ilustrador, pintor y escritor. Autor de novelas como *Guasmo Sur (2012)*,

La Era del asombro (1994), *Cuídate de las Coriolis de Agosto (2005)*. Coordinador, por dos ocasiones, de la Feria Internacional del Libro de Guayaquil. Director de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas.

María Leonor Baquerizo

(Guayaquil, 1960). Ha publicado libros de cuentos como *Sólo quería entender (1999)* y *Las grandes cosas se pierden en la niebla (2005)*. También ha participado en varias antologías sudamericanas. Es profesora de Literatura y Lenguaje en algunas instituciones educativas.

Solange Rodríguez

(Guayaquil, 1976). Gestora cultural, cronista y docente universitaria. Ha publicado cuatro libros de cuentos de tono fantástico y extraño: *Tinta sangre (2000)*; *El lugar de las apariciones (2007)* y *Balas perdidas (2010)*. También, tiene estudios en Literatura posmoderna y micro relato, siendo antologadora del tomo de minificción *Ciudad Mínima (2011)*.

Leonardo Wild

(Stanford, 1966). Novelista, ensayista y guionista. Ha escrito más de 200 artículos para varias revistas del Ecuador y España. Ha publicado 3 libros de ensayo y 7 novelas. Prolífico al máximo, vive en una sociedad utópica.

Raúl Vallejo

(Manta, 1959). Escritor y político ecuatoriano. Ha sido galardonado con premios nacionales e internacionales, tales como el *Premio Real Academia Española*, *Premio de Poesía José Lezama Lima*, el *Premio Nacional de Literatura Aurelio Espinosa Pólit* y el *Premio Joaquín Gallegos Lara*.





espol
Escuela Superior
Politécnica del Litoral

Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual